

Selección RNR



*Bailando
con el demonio*

ABRAZANDO LA OSCURIDAD 1



ALINA COVALSCHI



Romance Paranormal

Bailando con el demonio

UN ÁNGEL QUE MATA Y UN DEMONIO QUE
SIENTE

Alina Covalschi



1.ª edición: noviembre, 2017

© 2017, Alina Covalschi

© 2017, Sipan Barcelona Network S.L.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Sipan Barcelona Network S.L. es una empresa

del grupo Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

ISBN DIGITAL: 9788490699188

Gracias por comprar este ebook.

Visita www.edicionesb.com para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales



Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Contenido

Portadilla

Créditos

BAILAR ES VIVIR

LUCES EN LA OSCURIDAD

PACTO CON EL DEMONIO

LLAMAS Y FUEGO

UN ESPEJO OSCURO

VOCES

RABIA ENJAULADA

¿ANGEL O DEMONIO?

UN BESO PASIONAL

MI ALMA TIENE DUEÑO

UN LIBRO QUE HABLA

MIEDO

LABIOS FRÍOS

SONRÍE PARA MÍ

DANTALIAN

UN VESTIDO MÁGICO

MENTIRAS

VENGANZA

LA BELLA Y LA BESTIA

UNA SONRISA DEMONÍACA
LÁGRIMAS
VUELVE CONMIGO
MI VERDADERA IDENTIDAD
SUEÑOS ATORMENTADOS
OLOR A MUERTE
INVENCIBLES
JUNTOS DE NUEVO
UN ANILLO MÁGICO
ESPÍRITU INQUIETO
ESCALOFRÍOS
MARCAS
UN DIBUJO Y UNA VERDAD
AL OTRO LADO DEL ESPEJO
EL INFIERNO
TODO TERMINÓ
UNA CANCIÓN ESPECIAL
EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS
Promoción

BAILAR ES VIVIR

—Quiero ver sensualidad, Evelyn —exigió *Madame Janice*—. Esas manos tienen que flotar en el aire.

Llevaba más de tres horas de entrenamiento y, por más que intentaba estar concentrada, mi cuerpo se resistía. Me dolían los huesos, y estaba cansada. Me gustaba bailar porque mi alma lo necesitaba. Soñaba con mis pies en pleno movimiento y me sentía libre. La mente y mi corazón acompañaban el ritmo, lo que hacía conmovedora la danza. Sentir la música era el secreto para mi felicidad.

—Es suficiente por hoy —dijo ella al ver que mis piernas empezaban a fallarme—. Seguiremos mañana, Evelyn. Descansa, quiero verte con fuerzas. Estarán aquí muchos directores y es posible que alguno ponga sus ojos en ti.

—Eso espero. —Desenredé mi pelo sudado—. Llevo toda una vida luchando para conseguir esto.

—Lo conseguirás, seguro, eres perfecta. —Me dio una botella de agua—. Hay muchos musicales que necesitan buenos bailarines.

—Sí, pero algunos son mejores que yo.

—Confío en ti. —Me dio un apretón de manos—. Necesitas descansar.

Ella abandonó el salón de baile y, al verme sola, me senté en el suelo y apoyé la espalda contra el espejo. Recordé la primera vez que mis pies habían tocado el suelo de un estudio y la primera vez que el baile me había llamado la atención.

—*Aquí están los bailarines, niños —dijo nuestra cuidadora Janine—. Este Conservatorio es uno de los mejores y, si estudian bien, podéis obtener una plaza aquí. —Nos miró a todos.*

—*¿Y podemos bailar como ellos? —Señalé una pareja que se movía de una manera indescriptible.*

—*Claro que sí, Evelyn. El orfanato paga vuestros estudios, pero tenéis*

que poner mucho empeño.

—Lo haré —dije para mí misma.

Y eso hice... empecé a estudiar y a estudiar hasta conseguir una beca. Con esa beca me habían dado una plaza para el conservatorio y luego me había esforzado mucho para aprender todos los tipos de baile de salón. Mi vida no había sido fácil: no tener padres ni familia me había mantenido en un amargo silencio durante años. Tuve suerte de que mis abuelos pagaran el orfanato antes de quedarme sin nada. Estuve viviendo dos años allí hasta que una familia se interesó por mí. Todo pasó muy rápido y, en menos de unas horas, ya estaba viviendo con ellos.

Mi padre adoptivo tenía más de cinco empresas de construcción y habíamos tenido mucho dinero. Perdimos todo en tan solo un mes, y eso lo volvió loco: los encontré a los dos muertos en la cama.

Había sido el día más horrible de mi vida, y ver tanta sangre junto a los cuerpos de esas personas sin vida me había marcado para siempre. Los policías habían dicho que mi padre adoptivo había matado a su mujer y luego se había disparado en la cabeza. No llegué a encariñarme con ellos y estaba acostumbrada a verlos siempre lejos de donde yo me encontraba, física y psicológicamente.

Mucho no recordaba porque era muy pequeña, pero nunca los había visto besarse o abrazarse y, por supuesto, tampoco lo hacían conmigo. De cría había tenido pesadillas al respeto y en todas ellas los rodeaba un aura extraña, tanto como eran ellos.

Cuando me vi sola de nuevo un lugar extraño y lleno de personas desconocidas, quise desaparecer para siempre. El orfanato era un edificio cuadrado, rodeado por una verja alta. Estaba muy descuidado, pero limpio y las cuidadoras me hablaban con indiferencia. Tuve la suerte de que ese día había visto a una pareja bailando en el parque del orfanato y había recordado lo que me había prometido: seguir estudiando y llegar a cumplir mi mayor deseo. Conseguir bailar en un escenario había sido lo único que me había mantenido con vida.

—Vamos a cerrar —avisó el portero.

—Ahora salgo. —Me levanté del suelo y estiré mis brazos.

Tomé la mochila y salí del conservatorio bastante confiada. Estaba segura de que tantos años de clases intensivas no habían sido inútiles y de que pronto iba recibir los merecidos resultados.

LUCES EN LA OSCURIDAD

—Mucha suerte Evelyn —dijo mi compañera de piso, Carmen.

—Gracias. —La abracé y salí por la puerta.

Había pasado una noche horrible; no había conseguido pegar ojo por los nervios que habían estado recorriendo mi cuerpo entero. No quería perder la oportunidad de conseguir un puesto libre en la nueva obra teatral “Olvida que me amas”. Había aprendido una coreografía y tenía que bailar con mucha precisión para conseguir mi tan ansiado sueño.

Llegué al conservatorio un poco antes, pero tuve tiempo de echar un vistazo a las aulas llenas. Mientras paseaba por los pasillos, recordaba con nostalgia mis primeros días de entrenamiento. Habían sido difíciles, pero me habían ayudado a olvidar el duro pasado que había enterrado muy adentro de mi corazón.

Había muchos bailarines esperando, y eso empezaba a preocuparme. Estiré mi cuerpo para liberar la tensión y me senté en una silla. Con los nervios revoloteando en mi estómago, esperé a que me llamaran.

Después de una larga hora de espera, llegó mi turno. Me puse de pie enseguida cuando escuché mi nombre. Estaba nerviosa: mi corazón martilleaba en mi pecho con fuerza mientras enviaba un escalofrío por todo mi cuerpo, y mis mejillas empezaron a arder.

Me llevaron por un pasillo oscuro y luego abrieron una puerta de metal. Lo que había tras ella era una cortina roja de terciopelo y un silencio inquietante. La aparté con mis manos temblorosas y pisé despacio el suelo de madera. Me encaminaba hacia un escenario y sabía que esa era una oportunidad única.

Había solo una luz encendida, y el resto estaba a oscuras, de forma que era imposible saber cuántas personas había mirándome.

—Puedes empezar —dijo alguien, y giré la cabeza.

Su voz sonó fuerte, y el poder de sus palabras se apoderó de mí. Mi corazón se deslizó hacia mi estómago. No podía pensar y me estremecí. Froté mis brazos para entrar en calor y asentí con detenimiento. Estaba acostumbrada a bailar con música, pero no me atreví a decir nada.

Cuando hice una reverencia, vi en la oscuridad de la sala dos luces rojas pequeñas. Parecían dos puntos pero, al ver que se movían y se apagaban al ritmo de mi parpadeo, empecé a retroceder. Un pánico asfixiante se instaló en mí y, cuando sentí la cortina tocando mi espalda, la voz habló de nuevo:

—No tengo todo el día. Hay más personas esperando.

Con torpeza tiré de mi cuerpo y empecé a bailar. Susurraba una canción mientras movía mis piernas en un triste baile de *ballet*. Mis movimientos se basaban en control total del cuerpo, y cada paso parecía codificado.

Participaban las manos, los brazos, el tronco, la cabeza: todo mi cuerpo en una conjunción simultánea de dinámica muscular y mental, expresándose en total armonía de movimientos.

Cuando terminé, hice una reverencia, inclinando mi cuerpo hacia delante con lentitud. Luego levanté la mirada, y busqué reacciones, pero solo vi unos ojos oscuros que me miraban de arriba abajo. Retrocedí. Su figura alta me asustó.

—Lo hiciste muy bien —dijo, y una vibración recorrió el escenario.

Era como si su voz traspasara por completo la madera que tenía debajo de mis pies.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó, y vi un cierto brillo en sus ojos.

—Evelyn —contesté mirando a mi alrededor—. ¿No hay nadie más?

—¿Aparte de mí?

—Sí...

—Solo yo —pronunció deliberadamente—. Estoy buscando una compañera de baile —explicó.

—Ah, pensé que esto era para una coreografía...

—No, pensaste mal. —Recorrió con la mirada mi cuerpo—. Eres perfecta,

tu cuerpo encajaría a la perfección con el mío. ¿Puedo levantarte?

—¿Qué?

—Quiero ver si pesas mucho. —Se acercó, y sentí una ligera subida de temperatura.

Su cuerpo desprendía calor, como si estuviera en llamas.

—No peso mucho. —Aseguré y retrocedí un poco más.

—Ven aquí —dijo serio—. El puesto es tuyo, pero quiero comprobar una cosa.

Me acerqué a él, y mi corazón empezó a bombear con fuerza. El brillo de sus ojos me tenía hipnotizada, y cuando su cuerpo rozó el mío dejé de respirar.

—Respira, Evelyn —susurró y me agarró por la cintura—. Haz un esfuerzo —dijo, y mi vista se nubló al instante.

Él siguió hablando, pero mis oídos parecían no hacerle caso. Todo se volvió borroso, y mi cuerpo se debilitó.

—Respira, por favor. —Escuché su voz grave—. No te mueras tú también.

Cuando cerré los ojos, él me tomó en brazos y me depositó con cuidado en el suelo.

—Abre los ojos, Evelyn —ordenó—. Te mereces vivir. Eres joven y hermosa.

Los abrí de golpe y lo miré. Sus dedos estaban aferrados a mis brazos con tanta fuerza que se estaban poniendo blancos.

—Eres la única que ha sobrevivido. —Su mirada me atravesó.

—No entiendo nada.

—Con el tiempo lo entenderás. Ahora ven conmigo. —Sus dedos se aflojaron.

—¿Quién eres? —Me incliné hacia delante—. ¿Cuál es tu nombre?

Su cálido aliento se deslizó sobre mi piel cuando habló:

—Tengo varios nombres. —Me guiñó un ojo—. Pero puedes llamarme Colton.

—¿Varios nombres? —Mi cabeza se movió hacia atrás de repente, sorprendida por sus palabras.

—Sí, y te los diré otro día. Ahora es muy pronto. No estás preparada para saber la verdad.

Me ayudó a levantarme del suelo y dio un paso hacia atrás. Demasiada aturrida para comprender lo que estaba sucediendo, sentí que necesitaba conocer su identidad.

Él no se movió. Me miraba con irritable calma haciéndome sentir una explosión de calor en mi cara.

—Me cuesta entenderte. —Lo miré a los ojos y sentí un escalofrío.

—¿Tienes frío?

—Eh, no... estoy bien.

Tomó mi mano y me llevó por un pasillo. Luego se paró delante de una puerta de madera.

—¿Preparada para ir al Infierno? —preguntó riendo.

—Nunca...

—Eso hay que verlo. —Abrió la puerta—. Te sorprenderás cuando llegues allí. Nada es lo que parece.

—Sigo sin entenderte —dije observando con atención las cicatrices que cubrían sus brazos.

Parecían marcas de cadenas, y su piel tenía un ligero color marrón. Nunca había visto a un hombre tan alto y fuerte. Su fisonomía parecía esculpida a mano, y cada línea que definía su rostro tenía una precisión envidiable. Era perfecto, y su belleza, inexplicable.

—No soy perfecto, Evelyn —dijo mirándome intensamente—. Pero te gustarán mis imperfecciones.

—¿Estamos hablando de baile?

Sonrió y cerró la puerta detrás de mí.

—Por supuesto. Para esto has venido aquí, ¿no es así?

—Eh, sí.

—Entonces, toma asiento. Tienes que leer bien el contrato antes de firmarlo.

—¿Contrato?

—Sin contrato no podrás bailar conmigo.

—Firmaré —declare con intensidad.

—No tan rápido. —Tomó asiento—. Pactar con un demonio puede cambiarte la vida.

—Estás bromeando, ¿verdad?

—No bromeo, Evelyn. Estoy hablando en serio.

Me senté a su lado, y él se reclinó en su silla.

—Supongo que este es otro de tus nombres —dije riendo.

—Supones bien —dijo en un tono burlón, casi como si estuviera intentando ahuyentar la incertidumbre. Sus ojos cambiaron de color, y el rojo sangre que mostraban aumentó el pulso de mi corazón.

—Mejor me voy —susurre frenéticamente.

La situación era muy extraña, y él me estaba asustando.

—Eres libre para irte, pero quiero que leas antes el contrato. —Se levantó y dejó encima de la mesa una carpeta de color rojo.

—Muy bien. —Estiré la mano y sentí un escalofrío al tocarla.

PACTO CON EL DEMONIO

—¿Esto es una broma? —pregunté después de haber leído el contrato con atención.

—No, ¿te parece gracioso? —Estiró las manos encima de la mesa.

—¿Quién pagaría cinco millones de euros solo por bailar una noche? —
Cerré la carpeta.

—Yo —sonrió, mostrando unos dientes perfectos.

—Debes de tener mucho dinero.

—El dinero no importa. Solo importa la conexión y la forma de dominar cada músculo. El baile es una forma de llegar a la belleza. No hay que esperar a que pase la tormenta, sino aprender a bailar bajo la lluvia. Solo necesito a alguien que lo haga junto a mí.

Su forma de hablar me puso nerviosa y cada palabra hacía música con mi cuerpo.

—¿Por qué yo? Supongo que has visto a muchas chicas bailando.

—Fuiste la única que sobrevivió.

—¿Qué quieres decir? —pregunté bajito, y él se puso de pie.

Cuando llegó a mi lado, colocó sus manos encima de mis hombros y agachó la cabeza.

—Nadie sobrevive a mis toques... —susurró y apretó los dedos con ligereza—. Tengo una mirada que mata, puedes perderte y no encontrar el camino de vuelta.

Respiraba con dificultad y mi corazón parecía una bomba a punto de explotar.

—Sigues respirando —dijo con asombro y se alejó—. Perfecto.

—Lo único que quiero es bailar. Llevo años entrenando, no estoy buscando dinero...

—Bailar a mi lado te abrirá las puertas hacia la fama —aseguró—. Pero también... —Levantó mi barbilla con sus dedos largos—. Abriré las puertas del Infierno.

Me levanté asustada; sus ojos desprendían un brillo extraño.

—Todo esto... —Sentí un ligero mareo y me senté de nuevo—. Solo quiero bailar.

—Esto es lo que yo también deseo. —Cerró los ojos—. Solo te pido dos semanas de entrenamiento y una noche de baile.

—¿Qué ganas con todo esto? —Toqué mi frente y sentí humedad.

—Me gusta bailar. —Abrió los ojos—. Pero hasta ahora no tuve la oportunidad de tener una compañera. Este mundo es extraño para mí, es demasiado débil...

—¿De dónde vienes? —Intenté secar el sudor que cubría mi frente con el dorso de mi mano.

—Desde muy lejos. —Me miró y sonrió—. Desde el Infierno.

—Con esto tengo suficiente. —Me puse de pie y me agarré a la mesa cuando sentí otro mareo—. Me voy.

—¿Qué puedo hacer para convencerte? —Con un movimiento rápido me tomó en brazos justo antes de caer al suelo.

No entendía porque me sentía tan débil. Estar a su lado era como gastar energía extra. El corazón parecía latir con dificultad, y mi cerebro dejó pensar.

—Solo quiero... irme —dije y cerré los ojos.

Esperaba escuchar latidos de corazón, mi cabeza estaba pegada a su pecho y mis brazos agarrando con fuerza su cuello. Parecía un cuerpo gigante y sin vida. Cuando reaccioné ante ese descubrimiento, me alejé, asustada.

—Tú... —dije—. Tú no... no...

—Ahora me odiarás —dijo con voz apagada—. Todos lo hacen. —Caminó conmigo en sus brazos y me depositó con cuidado encima del sofá.

Cuando dejé de tocarle, sentí un vacío en mi pecho. Era como si hubiera

arrancado la mitad de mi corazón y dejó mi cuerpo sin vida. Por un instante sentí que su vida dependía de los latidos de mi corazón.

—Mi vida depende de la tuya ahora. —Se arrodilló delante de mí—. Robaste mi alma sin darte cuenta —murmuró y estiró una mano—. Eres la única quién puede matarme ahora. —Acarició mi mejilla y mi piel se calentó ante su toque.

—¿Por qué querría matarte? —Mi voz temblaba. No podía evitarlo.

—Porque soy un demonio —respondió, algo aturdido.

—Nadie es perfecto —murmuré, y él sonrió amargamente. Su expresión era ilegible.

—Tan inocente... —Se puso de pie—. En este mundo hay mucha maldad, y yo soy la razón de esta. La provoqué y la disfruté; me ayuda sobrevivir aquí.

—No entiendo nada.

—Lo entenderás si decides venir conmigo.

—¿A dónde?

—De momento, a mi casa —contestó tranquilamente.

—¿Qué harás conmigo? —Humedecí mis labios.

—Bailar es lo único que me gusta —contestó y estiró una mano—. ¿Me harías feliz?

—¿A cambio de qué? —miré su mano con estupor, deseando tocarla.

—A cambio de tu propia felicidad. Te vi contenta bailando, te vi feliz... — Se sorprendió cuando deposité mi mano en su palma.

—Si puedes hacerme feliz... intentaré hacerte feliz a ti también —dijo. Suspiré cuando cerró su mano.

—Si quieres firmar el contrato...

—No quiero el dinero. —Lo interrumpí—. La felicidad no tiene precio: se gana con actos de cariño.

—Entonces lo tomamos como un trato —dijo con una sonrisa lenta, enviando una sacudida a mis pies. Mi felicidad a cambio de la tuya.

—Perfecto —contesté, sonriéndole.

Tiro de mi mano con suavidad y consiguió ponerme de pie. Me tensé ante su toque, pero intenté no demostrar mi incomodidad. Colton inclinó la cabeza, estudiándome.

—El coche nos espera. —Lo pensó un poco—. Estarás dos semanas sin comunicarte con nadie. ¿Tienes amigos?

—No, no tengo a nadie. —Lo miré fijamente, completamente sería. Era triste recordar el pasado y el hecho de que no tenía padres.

—Entonces, vamos.

Como embrujada por un conjuro mágico, salí con él de esa habitación. No lo conocía, no sabía nada de su vida y, por una extraña razón, confiaba más en él que en mi vida.

LLAMAS Y FUEGO

—Abre los ojos...

Sentí una suave caricia en mi mejilla izquierda y, cuando abrí los ojos, parpadeé varias veces al ver que estaba sola.

Estaba tumbada en una cama, entre sábanas de color rojo carmesí. Mi piel se erizó al instante: desprendían un frescor escalofriante. La luz estaba apagada, pero en el techo había unos focos de color rojo que iluminaban bastante.

Toda la habitación estaba decorada con objetos de color rojo. Parecía que estaba en llamas.

La puerta se abrió y me levanté asustada.

—Te quedaste dormida en el coche —dijo él, y tragué saliva.

Llevaba puesta una camiseta blanca que se ajustaba como un guante a su cuerpo musculoso y, en sus brazos, las marcas empezaron a brillar de una forma extraña.

—¿Qué tienes en los brazos? —Froté mis ojos—. ¿Son tatuajes?

—No, son marcas de maldad —contestó y, al bajar los brazos, las marcas desaparecieron al instante.

—Han desaparecido. —Coloqué las manos encima de mis rodillas—. ¿Cómo es posible?

Necesitaba encontrar una postura que ocultara mi nerviosismo.

—Solo aparecen cuando mi cuerpo se vuelve débil. —Llegó delante de mí y se agachó para mirarme a los ojos—. Te doy miedo —susurró mirándome fijamente—. Ahora mismo quieres salir corriendo. —Alargó una mano y agarró un mechón rebelde de mi cabello—. Tus pensamientos son accesibles... —Colocó el mechón detrás de mi oreja y, cuando retiró la mano, sus dedos rozaron mi mejilla.

—Queman... —Me toqué enseguida la mejilla—. Estás ardiendo.

—Esto pasa cuando estoy a tu lado. —Se levantó—. Intentaré tocarte lo menos posible. Puedo hacerte daño.

—¿Quién eres? —Me puse yo también de pie—. O, mejor dicho, ¿qué eres?

—La respuesta la tienes, solo hay que creerla. —Metió las manos en los bolsillos de sus pantalones.

Parecía relajado, y su rostro mostraba tranquilidad. Me atreví mirarle de arriba abajo, estudiando con atención cada músculo, cada curva. Era hermoso, algo que nunca había visto en persona.

—Deja de hacer eso —sonrió—. Lo que piensas... —Se acercó—. Me enciende aún más —susurró en mi oído, y luché para estabilizar mi respiración.

—Lo siento... es que... —Agaché la cabeza avergonzada—. Tu cuerpo es... es...

—Es normal que pienses así. Todos los humanos lo hacéis, y eso os hace débiles. Es extraño como tus pensamientos me desarman, nunca había sentido eso —dijo despacio—. Tienes el poder de debilitar a un demonio, y esto podría servirme. Con tu ayuda podré volver y llevar a cabo mi venganza.

—Me asustas —confesé—. Eso es lo que pienso ahora mismo. ¿Puedes sentirlo?

—Tu miedo huele de maravilla.

—Pues deja de asustarme, no me gusta. —Cruce los brazos intentando parecer enfadada.

—Eres tan graciosa...

—No veo la gracia —interrumpí—. Yo no me divierto.

—Lo siento —dijo serio—. Vamos. —Estiró una mano.

—Prefiero no tocarte —dije mirando su mano.

—No podrás aguantar por mucho tiempo. Tu cuerpo pedirá a gritos mis toques —sonrió.

—Eres... eres imposible. Demasiado confiado. —Empecé a caminar.

—Por algo soy así —dijo, y sus ojos se volvieron rojos por unos segundos.

—¿Llevas lentillas de contacto? —Intenté pasar por su lado sin tocarle.

—Deja de hacer preguntas sin sentido. Sabes que no llevo lentillas. —
Abrió la puerta y me dejó pasar.

—Deja de meterte en mi cabeza —gruñí—. Yo no me metí en la tuya.

—No podrás hacerlo. —Rio.

—Deja de reír. —Di la vuelta molesta, y su cuerpo chocó con el mío.

Me agarró enseguida por la cintura, y sentí que mis piernas dejaban de sostenerme. Un fuego empezó a recorrer mi cuerpo, y las marcas aparecieron de nuevo en sus brazos. Esa vez pude verlas perfectamente: eran marcas de cadenas, alguien lo había atado.

—Eso es Evelyn. Me han atado y torturado...

—¿Quién lo hizo? —murmuré con dificultad, el calor era abrasador.

—Los humanos... hace muchos años —contestó haciendo una mueca.

Las marcas desaparecieron y su mirada se volvió seria.

—Tengo que mantenerme alejado de ti. Cada vez que te toco, tú vida corre peligro.

—¿Y cómo se supone que bailarás conmigo? —pregunté. Mi tono bordeaba el enojo.

—Con mucho cuidado. El entrenamiento te hará más fuerte —dijo con seguridad—. Ahora vamos. Te enseñaré mi casa.

UN ESPEJO OSCURO

—Me gusta la casa. —Miré alrededor del salón mientras me sentaba en el pequeño sofá de color rojo—. Solo que me parece un poco extraña.

—¿A qué te refieres? —Se sentó a mi lado, y sentí una fuerte oleada de calor.

—Todos los muebles y todas las paredes son de color rojo, como si estuvieran en llamas —comenté—. Hace mucho calor aquí... —Aireé mi rostro, y él sonrió.

—Intento hacerla lo más parecida a mi verdadero hogar, solo que el calor allí es más abrasador. —Me miró intensamente.

Sus ojos se encendieron y parecían dos luciérnagas en la oscuridad.

—Aquí tiene, señor —dijo un hombrecillo calvo que entró con pasos sigilosos en la habitación.

Los ojos de Colton se apagaron, y estiró las manos.

—Gracias, Alaber —dijo y tomó la bandeja con unos movimientos rápidos.

—Es limonada, puedes refrescarte un poco. —Miró mi escote, y la piel se me erizó al instante—. Tu corazón va a mil por hora y necesitas tranquilizarte.

Bebí la limonada de un trago y él dejó el vaso vacío encima de la bandeja.

—Gracias —dije sin dejar de mirar sus brazos.

Las marcas empezaron a tomar forma y, cuando se dio cuenta, se alejó enseguida.

—Mejor te dejo un poco sola. Estarás cansada —dijo, apretando su mandíbula—. Te veré en la cena. Es dentro de... —Miró su reloj de pulsera — tres horas.

—Tienes razón, estoy cansada. Me siento débil y sin fuerzas.

—Es normal. —Abrió la puerta—. Y aún sigues viva...

Me miró con ojos brillantes y luego cerró la puerta. Aunque mis sospechas eran claras, no quería creer nada. Me negaba a hacerlo porque tenía mucho miedo. Nadie quería estar cerca de un demonio. Por un instante pensé que era un sueño, que me despertaría sin que nada de eso hubiera pasado.

Era un hombre increíble, si se podía decir eso, porque en los cuentos y en las películas, los demonios tenían otro rostro: un rostro feo que asustaba mucho, un rostro en el que podías ver el propio Infierno.

Abrí el armario y me extrañé mucho al ver que había ropa de mujer. La mayoría eran vestidos de baile, de varios tamaños y modelos.

Todos eran de color rojo, de una elegancia exquisita y, cuando toqué la tela, sentí un ligero escalofrío. La seda predominaba en todas, y el encaje parecía bordado a mano.

Elegí un camisón rojo y cerré las puertas del armario.

Entré en el baño y, cuando encendí la luz, el espejo cambió de color, se volvió negro y dejó de reflejar mi rostro. Lo toqué con mis dedos y sentí cómo entraban despacio en una especie de líquido frío. Retiré las manos asustada y me senté en el borde de la bañera. Todo era extraño y escalofriante; me sentía observada y vigilada.

No me atrevía quitarme la ropa así que dejé el camisón en el baño y salí por la puerta. Me estiré en la cama y me tapé con las sábanas intentando ahuyentar los pensamientos que atormentaban mi cabeza. Había salido de casa para presentarme a un castin y había terminado en la casa de un demonio. Mi sueño era bailar, y el suyo era bailar con alguien, tener una pareja de baile. Cuando dijo que yo era la única que había sobrevivido a sus toques, pensé que era una mentira para engañarme. Pero, al ver que cada vez que estaba cerca mi cuerpo se debilitaba y mi corazón latía despacio, me di cuenta de que me estaba equivocando.

Debía tenerle miedo, debía salir huyendo de su casa, pero sentía que ese era mi lugar. Él me necesitaba, y no podía abandonarlo solo porque tenía miedo.

Cerré los ojos y agarré con fuerza las sábanas. Necesitaba recobrar fuerzas para enfrentarme de nuevo a él.

VOCES

Abrí los ojos y me estiré en la cama. Me había quedado dormida y había soñado con él. Estábamos en un lugar lejano, desierto y rocoso, solo yo y él, intentado derrotar a unos seres malvados.

No entendí nada de ese sueño, pero me asustó bastante.

—¿Puedo pasar? —preguntó Colton, y escuché sus golpes suaves en la puerta.

—Sí... —Me tapé con la sábana y levanté la mirada justo en el momento en que él abría la puerta.

Entró con pasos lentos y sin dejar de mirarme a los ojos.

—¿Dormiste bien? —Se sentó en el borde del colchón.

—Más o menos. Echo de menos mi cama.

—Si quieres, puedo traerla aquí —comentó, y mis ojos viajaron a sus labios—. Quiero que te sientas cómoda en mi casa.

—Gracias, no hace falta —dije, y se puso de pie—. He visto los vestidos, son muy hermosos.

—Nadie los ha estrenado. Eres la primera chica que viene a mi casa. —Abrió el armario.

—¿Cómo es posible eso? —Miré con atención sus movimientos.

—Te dije que eres la única que ha sobrevivido a mis toques. —Agarró una percha—. Quiero que te pongas este vestido. —Me lo enseñó.

Era largo, con poco escote, pero cuando le dio la vuelta, tragué saliva.

—No pienso ponerme ese vestido...

—¿Por qué? —Frunció el ceño—. ¿Qué le pasa?

—Deja al descubierto la espalda entera y puede que algo de...de...

—¿De? —Enarcó una ceja.

Sentí vergüenza y escondí mi rostro con la sábana. Escuché sus pasos

acercándose y, cuando la cama se movió, quité la sabana. Lo tenía delante mirándome con una sonrisa traviesa en sus labios.

—Supongo que querías decir culo. —Rio, y agaché la mirada—. Recuerda que puedo escuchar lo que piensas. —Miró mis labios—. Sé que quieres besarme, Evelyn. Créeme que yo también quiero hacerlo. —Alargó una mano y agarro mi barbilla con sus dedos. Esperó hasta que hubiera encontrado su mirada. Eres muy hermosa, pero no quiero perderte. —Acarició mi boca y sus marcas empezaron a brillar—. No puede pasar nada entre nosotros.

—¿Por qué? —Mi pulso me dio una patada y mi estomago dio un vuelco inesperado.

—Me lo tienen prohibido —dijo y bajó la mano dejándome con ganas de más.

—¿Quién? —Toqué mis labios y su mirada observaba con atención mis movimientos—. Dímelo.

—Lo haré, pero no esta noche. —Se levantó—. Hoy quiero que pases un buen rato a mi lado. Te espero en la sala de estar. Ponte el vestido, por favor. —Llegó delante de la puerta—. Déjate el pelo suelto.

Abrió la puerta y salió.

Tapé mi rostro con la sábana mientras intentaba apagar la llama que él había encendió en mi interior. Deseaba un beso suyo, pero tenía que tener cuidado y no pensar tan abiertamente. Tenía que dejar de hacerlo: me avergonzaba saber que él podía escuchar todo lo que sentía y deseaba.

Me levanté de la cama y examiné el vestido. Era precioso, y el encaje parecía tener vida propia. Tomé la percha y me fui al baño.

Miré el espejo y suspiré, seguía sin mostrar mi rostro. Empecé a quitarme la ropa y, cuando me quedé desnuda, sentí como alguien acariciaba mi espalda. Di la vuelta asustada, intentando calmar mi respiración y pensar que solo había sido mi imaginación. Me puse con torpeza el vestido y, efectivamente, una parte del culo estaba al aire. Tiré del vestido y conseguí taparlo un poquito, de manera que solo quedaba descubierta mi espalda.

Regresé a la habitación y abrí el armario.

Había varias cajas de zapatos y me agaché para abrirlas. No me extrañé al ver que todos eran de color rojo, así que elegí unos que tenían poco tacón.

—Aléjate de él —dijo una voz gruesa, y dejé de respirar.

Sentí miedo: sentí como alguien estaba detrás de mí, pero el espejo no mostraba nada. Cuando tocó mi cuello, di un paso hacia delante y empecé a correr. Abrí la puerta y salí rápidamente. Esa casa empezaba asustarme, y eso no me gustaba.

RABIA ENJAULADA

—¿Pasa algo, Evelyn? —preguntó Colton y me agarró por la cintura—. ¿Por qué corres?

—Me voy... esta casa... —Alcé la mirada y me quedé sin habla.

Sus ojos brillaban de una manera muy hermosa y extraña; me cautivaron.

—Sigue hablando —susurró y empezó a subir las manos por mi espalda en calientes caricias. Quemaban, y quería alejarme, pero sus ojos me tenían atrapada—. Estás a mi merced ahora mismo. Puedo hacer lo que quiera contigo. —Siguió hablando—. Puedo controlarte, Evelyn —aseguró, pero luego bajó las manos—. Perdóname... —Agachó la cabeza y se alejó—. Es difícil controlarme y, cuando estoy a tu lado, parece que pierdo el razonamiento. No quiero hacerte daño, no quiero utilizarte como a los demás.

Dejó de mirarme y sentí un gran alivio.

Podía pensar de nuevo y recordé la voz que había escuchado en la habitación.

—Tu casa está maldita —grité, y él levantó la mirada sorprendido.

—Por supuesto que sí. Esta casa pertenece a un demonio —bramó secamente, mientras se acercaba a mí sus rasgos se endurecieron y sus ojos rojos brillaron—. Al peor de todos.

—Esto no me gusta, Colton. Tengo miedo, me siento vigilada, observada... —Dejé de hablar porque sus marcas empezaron a brillar—. Y eso... —Señalé las marcas—, me asusta aún más. Me quiero ir.

—No te vayas, por favor. —Escondió los brazos detrás de su espalda—. Esto mejorará, solo tengo que aprender a controlarme.

—¿Vives solo? —pregunté un poco más calmada.

—Sí, ¿por qué? —Se giró para mirarme.

—Alguien me está hablando.

—Seguro que es mi mayordomo —comentó despacio.

—No es él. Yo estaba sola en la habitación cuando escuché su voz.

Colton se aproximó y me agarró por los hombros. La inquietud que se había apoderado de mí desembocó en un terror incontenible. Su mirada fría me atravesó como un cuchillo afilado.

Me quedé de piedra, pero solo por un momento.

—¿Qué voz? —preguntó tenso y enfurecido.

—Seguro que es otro demonio...

—Nadie más tiene permiso entrar aquí —gritó. Permanecí inmóvil como una piedra, con la mirada clavada en su rostro.

—Deja de gritar, me asustas —admití, y él suavizó su agarre.

—Perdóname —musitó, y asentí ligeramente, se veía arrepentido—. ¿Qué dijo la voz?

—Dijo que me aleje de ti.

—Lo saben —murmuró—. Tendrás que quedarte a vivir en mi casa. Tu vida está en peligro. Saben quién eres y vendrán a por ti.

—Para un poco, ¿quieres? Yo aquí no me quedo. —Negué con la cabeza—. Oh, no... esto es demasiado para mí.

—Tendrás que quedarte. Solo yo puedo protegerte —pronunció las palabras sin apenas aliento, con la mirada extraviada.

—¿Protegerme de quién? —Enfoqué la vista.

—Del Infierno, Evelyn.

—Pensé que ese era tu hogar —dije con sarcasmo.

—Lo fue. —Se pasó las manos por el pelo nervioso—. Solo confía en mí.

—¿Me estás pidiendo que confíe en un demonio? —Reí con amargura—. Esto es de locos.

—Prometo explicarte todo. —Se acercó y agarró mis manos—. El vestido te queda perfecto, eres preciosa. Baila conmigo, por favor.

—Colton...

—Por favor, Evelyn. Quiero tenerte en mis brazos.

—Tus manos queman y tus ojos dan miedo —susurré.

—Intentaré controlarme. Solo te pido un baile esta noche. No quiero poner en peligro tu vida. —Alargó una mano y la depositó al lado de mi corazón—. Es hermoso sentir la vida. Daría cualquier cosa para sentir un corazón latiendo en mi pecho.

—¿No tienes corazón? —pregunté con voz trémula.

—Tengo, pero no late, Evelyn. Este cuerpo funciona con unos conjuros mágicos. Es una especie de hechizo que controla casi todo a base de unas invocaciones hechas por una fuerza sobrenatural.

—¿Este no es tu cuerpo? —Me estremecí y retrocedí—. ¿Eres como en las películas?

—Tan feo no. —Rio—. Ven conmigo. —Estiró una mano—. En la habitación de al lado hay un espejo mágico. Allí verás mi rostro. Solo si quieres.

—¿Voy a salir corriendo? —pregunté y esperé, ansiosa, la respuesta con la mirada clavada en sus labios.

—Depende... Puede que no.

—Lo haré, pero con una condición —dije, y él dejó de sonreír—. Quiero que me contestes a una pregunta.

—Entonces pregunta.

—¿Por qué el espejo del baño no refleja mi rostro?

—Ningún espejo de esta casa reflejará tu rostro porque, si lo hiciera, estarías perdida —contestó serio.

—¿Qué significa eso? —pregunté y empecé a caminar a su lado.

—Robarán tu alma y quedarás atrapada en el otro mundo.

—Esta respuesta no me vale. ¿Quién quiere hacer eso y cuál es el otro mundo? —pregunté molesta.

—Pronto tendrás todas las respuestas que quieres. —Se paró delante de una puerta—. ¿Preparada para conocer al verdadero yo?

—No lo sé...

¿ANGEL O DEMONIO?

—Es extraño —dije cuando cerró la puerta—. Aquí no hay nada de color rojo.

—Así es. —Se acercó hasta donde había algo alto y tapado con una manta negra—. Odio este lugar.

—¿Por qué? —Miré con intriga ese objeto.

—Porque aquí me siento débil, descubierto. —Agarró la manta y la tiró hacia abajo—. Aquí me pueden ver.

—¿Quién? —Me acerqué despacio.

—Los demás demonios —Se giró y encontró mis ojos con impaciencia—. Los que me quieren llevar de vuelta.

—No entiendo nada. —gemí derrotada. Miré el espejo y podía verme reflejada en el—. ¿Por qué quieren hacer eso?

—Lo entenderás más tarde. —Estiró una mano—. Ven aquí.

Tomé su mano y, cuando me estrechó los dedos y tiró suavemente, sentí un ligero calor corporal. Sus marcas no brillaban y sus ojos tampoco, parecía normal.

—Aquí me puedes derrotar —murmuró y acarició mi mano—. Si algún día quieres matarme, ya sabes cómo hacerlo.

—No quiero hacer eso... —dije sin aliento, mi tono perdiendo su potencia—. No quiero matar a nadie.

—Cuando me conozcas mejor, puede que sí. No olvides lo que soy. —Dejó caer mi mano y se colocó detrás de mí.

Me empujó hasta que mi cuerpo entero se reflejó en el espejo. Estaba sola y no entendía por qué.

—No puede verte.

Dijo una palabra rara y el espejo se iluminó.

Poco a poco su cuerpo tomó forma y, cuando vi su rostro, me quedé sin aire. El rostro que yo esperaba ver no estaba allí. Mi corazón dio un brinco a toda marcha y un sudor frío se desató en mi frente. No había ninguna razón para el pánico. No entendía nada.

Era un ángel: un ángel de ojos azules que brillaban, muy hermoso. Tenía el pelo rubio y largo.

Me giré y levanté la mirada con sorpresa.

Los dos eran guapos, el que miraba y tocaba tenía el pelo negro y ojos negros, y el que mostraba el espejo era justo lo contrario.

Miré de nuevo el espejo analizando los detalles; tenía detrás a un demonio y miraba a un ángel.

—¿Te doy miedo? —Una sonrisa tiró de sus labios mientras mis ojos lo admiraban. Mi rostro es hermoso, pero es así por algo...

—Colton...

—Puede engañar y mostrar seguridad. Entonces los humanos dejan al descubierto sus almas, y yo puedo derrotarlos con facilidad. Este rostro lo odio porque está creado para matar.

—Un ángel que mata y un demonio que siente...

—Eso es justo lo que quiero que recuerdas en los días negros —susurró en mi oído—. Me siento débil, vámonos de aquí. Quiero bailar contigo.

—Eh, sí.

—¿Te quedarás conmigo? —Me giró para mirarme, y sus ojos negros recorrieron mi rostro—. Eres la única que puede ayudarme, la única que no puedo matar... —Estiró la mano y rozó mis labios con los nudillos de sus dedos finos y largos—. Eres la única que deseo tocar, besar... —Acarició mis labios despacio—. Eres la única que me hace sentir vivo, aunque no tenga un corazón.

—Me quedaré. —Miré sus labios y suspiré cuando retiró los dedos.

Me gustaba cuando me tocaba, me hacía vibrar y desear tenerlo cerca todo el tiempo. Era como si mi cuerpo le perteneciera.

—Me alegro mucho. —Apagó la luz y abrió la puerta.

Cuando cerró la puerta con llave, dio la vuelta y tomó mi mano.

—Esta llave es tuya, Evelyn. Mi destino está en tus manos, tú decides.

—No... no quiero...

—Por favor. —Cerró mi puño.

—El salón está preparado —avisó su mayordomo, y se inclinó con una sonrisa.

—Gracias Alaber, justo a tiempo. —Tomó mi mano y me llevó con él.

Mis tacones retumbaban en la casa de la misma manera que mi corazón pulsaba en mi pecho. En ese momento deseaba besarlo.

—Puedo escuchar tu corazón Evelyn, y eso es hermoso —Su voz tembló mientras hablaba—. Y puedo escuchar lo que piensas. Yo también deseo besarte y puede que lo haga esta noche.

Llegamos delante del salón y quedé impresionada. Me sentía nerviosa y contenta al mismo tiempo.

UN BESO PASIONAL

—El salón es precioso —susurré bajito; la sequedad en mi garganta bloqueaba cualquier aparición de voz—. Mis flores preferidas... ¿cómo lo sabías? —pregunté, y él se acercó a un equipo de música que había encima de una mesa de cristal de color rojo.

Me encantaban las margaritas porque en el orfanato las cuidadoras siempre nos regalaban un ramo a las chicas cuando era nuestro cumpleaños. Lo que nadie sabía era que yo había colocado una cruz hecha con ramas secas en el jardín, muy bien escondida detrás de unos arbustos. Para mí esa cruz representaba la tumba de mis verdaderos padres y cada año les dejaba un ramo de margaritas frescas para hacerles saber que nunca los había olvidado.

—Recuerda que tengo poderes y, cuando te vi ese día bailando, tu vida entera pasó por delante de mis ojos. —Cuando una canción triste empezó a sonar, se acercó con pasos lentos y me agarró por la cintura—. La muerte de tus padres fue inevitable —susurró y cerré los ojos.

—Era muy pequeña y me dejaron sola.

—Lo sé, pero la muerte es inevitable. —Empezó a moverse lentamente—. Me gusta tenerte en mis brazos. Me siento feliz, me siento vivo. —Inclinó mi cuerpo con delicadeza y su cabeza se posó en mi pecho—. Hueles tan bien. —Su confesión se sintió como una suave caricia.

Giró mi cuerpo y me agarró por detrás, luego posó las manos en mi vientre y las bajó lentamente. El calor era abrasador, y cuando llegaron delante de mí sexo, cerré los ojos con fuerza y gemí.

—Eso te excita —murmuró—. Mis caricias te excitan, mi calor te enciende... déjate llevar. Me giró de nuevo y pegó su cuerpo al mío, tanto que no había ni un afilar entre nosotros—. Abre los ojos —dijo y me levantó en el aire.

Cuando los abrí, di un grito de susto. Colton me tenía levantada con una

mano en el aire y me giraba con la otra mano.

—Bájame —dije asustada.

Me agarró con la otra mano y me dejó en el suelo. Las marcas empezaron a brillar y sus ojos se tornaron de color rojo. En ese momento sentí miedo, me tenía atrapada y mis fuerzas se debilitaron.

—Colton... para —susurré—. Me haces daño.

Al ver que no reaccionaba, levanté las manos y las coloqué en su pecho. Su piel ardía, pero apreté la mandíbula y empecé a empujarlo.

Nada funcionaba, y eso empezaba a asustarme aún más.

—Colton, reacciona por favor. —Tomé su rostro en mis manos y empecé a darle suaves caricias—. No quieres hacerme daño... —susurré y sentí como sus manos dejaron de sostenerme.

—Aléjate de mí —dijo levantando el tono—. Puedo hacerte daño.

—No, no lo harás. —Me aferré a su cuello—. Dijiste que aprenderás a controlarte y quiero ayudarte.

—Evelyn, es peligroso. En cualquier momento puedo romper tu cuello. Temblando, traté de controlarme.

—¿Harías eso?

—No lo haré, pero mis impulsos son difíciles de controlar. Siento una fuerza que me es imposible de resistir cada vez que te toco.

Tratando de parecer calmada, dije:

—Entonces será mejor que vuelva a la habitación.

—Siento estropear esta noche. —Ocultó sus brazos y acercó su rostro—. Pero pienso recompensarte. —Sus palabras fueron habladas tan bajito, como si estuviera avergonzado.

—Espero que lo hagas pronto.

—Más pronto de lo que te imaginas —susurró un poco indeciso. Entonces su voz se calentó—. Ahora quiero probar una cosa.

—¿Probar?

—Sí, cierra los ojos —dijo y lo miré incrédula.

—¿En serio piensas que haré eso? Después de lo que vi y sentí, no creo...

—Hazlo, por favor.

—Está bien. —Cerré los ojos y me quedé esperando.

—¿Sientes esto? —Rozó mi cuello con sus dedos.

—Sí.

—¿Y esto? —Sentí una ligera caricia, pero nada más.

—No mucho —contesté—. ¿Por qué?

—Mis toques pierden intensidad cuando te veo. Si cierro los ojos, ellos no te pueden ver. Solo puedo tocarte con los ojos cerrados.

—Aja...

—Y si quiero besarte, tendré que cerrar los ojos —dijo antes de colocar sus labios encima de los míos.

Eran fríos pero suaves, y cuando moví mis labios, él profundizó el beso aún más. Sentí su lengua entrando en mi boca y sus labios moverse frenéticamente. Era un beso pasional, algo que no había sentido nunca.

Sentí frío, sentí calor, dejé de respirar, y mi corazón se volvió loco. Rompió el beso y abrí los ojos aturdida.

—Por un instante sentí mi corazón. —Tocó su pecho con la mano derecha—. Fue un beso maravilloso, tenía sabor a vida.

—Mm... —murmuré.

No podía hablar, el beso me había tomado por sorpresa y me había gustado, me había hecho sentir especial.

—Nos vemos mañana, Evelyn. —Hizo una reverencia—. Que descanses y, si escuchas otra vez voces, quiero que me lo digas.

Dio la vuelta y me dejó sola en el medio del salón. La música dejó de sonar y las luces se apagaron solas. Caminé de puntillas y corrí hasta la habitación. Abrí la puerta y cuando la cerré me apoyé en ella y respiré profundamente. Ese beso me había excitado, me había encendido por dentro como un árbol de Navidad.

Deseaba más, deseaba todo.

—Muy pronto, Evelyn —escuché la voz de Colton y me tapé los ojos.

Había escuchado mis pensamientos y eso me avergonzó. Necesitaba meterme en la cama y dormir un rato.

MI ALMA TIENE DUEÑO

—Tengo mucha hambre —dije mientras me sentaba en la silla—. Este desayuno tiene buena pinta y es justo lo que me gusta. —Miré con ojos grandes todo—. Empieza a gustarme eso de que sabes todo...—Levanté la mirada extrañada—. ¿Pasa algo? Estás muy callado.

—Y tú muy habladora. —Se levantó—. Tengo que ir a visitar un viejo amigo y no me gusta dejarte sola.

—Iré contigo entonces —dije y di un mordisco a una tostada con mermelada de fresas.

—No —dijo, y dejé de masticar—. Es peligroso, no puedes acercarte a él.

—¿Y por qué no? —dejé la tostada en el plato—. ¿Es como tú? Quiero decir si es...

—Sí, es un demonio. —Llegó a mi lado y me miró a los ojos—. Puede leer tu mente, puede saber todo lo que piensas en cada minuto. Puede hacerte daño.

—Tú no me hiciste daño...

—No aún, pero puedo hacerlo en cualquier momento. —Colocó las manos encima de la mesa y sus marcas empezaron a brillar—. Cada vez que estoy a tú alrededor siento la necesidad de tomar tu alma. —Agachó la cabeza—. Esto es algo nuevo para mí y no sé cómo controlarlo. Por eso tengo que hablar con él. Tengo que ir solo. —Levantó la mirada—. ¿Lo entiendes?

—Sí, pero tengo miedo de quedarme sola aquí. ¿Y si las voces empiezan a asustarme?

—Nadie puede hacerte daño en esta casa —aseguró—. Pueden asustarte, pero nada más.

—¿Lo prometes? —Me levanté y me acerqué despacio.

—No puedo hacer promesas porque casi nunca las cumplo. —Enderezó los hombros—. Soy lo que soy por algo...

—Solo prométemelo y estaré más tranquila. Estoy segura de que está promesa podrás cumplirla. —Llegué a su lado y estiré una mano—. ¿Puedo tocarte? —pregunté dudando con la mano en el aire.

—Solo si me prometes una cosa —dijo y dejé caer la mano.

—Yo siempre cumplo mis promesas.

—Me alegro porque esta quiero que la cumplas. —Se apoyó en el borde de la mesa—. Quiero que me prometas que no te vas a enamorar de mí.

—¿Qué promesa es esta? —Lo miré a los ojos y no vi nada reflejado en ellos—. Esta es una petición.

—Tómala como quieras, pero quiero que la cumplas.

—¿Por qué? —Lo miré desafiante—. No me enamoraría de ti nunca —mentí.

—Evelyn, estás mintiendo.

—Deja de escuchar lo que pienso —grité—. Mis pensamientos son personales y...

—Necesito saber todo. Necesito protegerte...

—No te entiendo. No entiendo nada. —Me alejé—. Dices que lo único que quieres es bailar; luego me dices que tu alma me pertenece y ahora me pides que no me enamore de ti. —Lo miré a los ojos otra vez y me perdí en un lugar extraño—. No voy a prometer nada...

—Vuelve, Evelyn... —susurró él y me tomó por los hombros—. No vayas allí. —Me sacudió—. Deja de mirar mis ojos —ordenó y me sacudió otra vez—. ¡Evelyn! —gritó fuerte, y los cristales de las ventanas estallaron—. ¡Vuelve! —gritó otra vez y cerré los ojos con fuerza.

—Lo que vi... —Estaba temblando y apenas podía hablar—. Lo que estaban haciendo...

—Shhh. —Me abrazó—. Lo siento mucho.

—Ellos hacían cosas horribles. Tenía tanto miedo... intenté esconderme, pero me veían... y...

—Para, Evelyn, por favor. —Frotó mi espalda con sus manos—. Sé lo que

viste.

—Tú también... —Me alejé un poco para mirarle—. ¿Tú también lo hiciste?

Agachó la cabeza y me abrazó con fuerza.

—Soy peor que ellos —admitió en voz baja—. Y por eso quieren que vuelva.

—¿Cómo llegaste aquí? —pregunté en un susurro—. ¿Por qué huiste? ¿Por qué quieres bailar?

—Cuando vuelva hablaremos. Te contaré todo, y si después quieres irte, lo entenderé. —Acarició mi rostro pálido—. Eres un ser muy hermoso. —Acarició mis labios—. Eres la única que no me odia.

—No te odio porque...

—Pero lo harás, Evelyn, y eso me duele mucho.

—No, no podría odiarte. —Cerré los ojos y dejé que sus dedos acariciaran mi cuello.

—Tu alma es tan pura... —susurró y tomó mi mano derecha.

La colocó en su pecho y suspiró.

—Eres la dueña de mi alma, de este corazón inútil —dijo triste—. Todo lo que hago es para sentir lo mismo que tú. Para volver a ser el de antes.

Dejó de tocar mi mano y se alejó.

—Tengo que irme —dijo con tristeza—. Tienes en la casa todo lo que necesitas —aseguró— Intenta no salir a la calle, por favor.

—No voy a salir. Te esperaré aquí —sonreí.

—Recuerda que puedo escuchar lo que piensas. —Me guiñó un ojo y se dio la vuelta silbando—. Y créeme que todo lo que tú deseas yo también deseo.

Me senté avergonzada en la silla y respiré hondo cuando salió de la cocina. Cuando había tocado su pecho, había imaginado su cuerpo desnudo encima del mío. El pensamiento me hizo mirar a mi alrededor. Me sentía vigilada y estaba dividida entre sentirme como si estuviera secuestrada y

sentirme como si estuviera libre. No había duda de lo mucho que significaba para él, pero todo me aterrorizaba. Tenía que aceptarlo, no tenía otra opción.

Lo deseaba de una manera prohibida, y eso significaba que él también me deseaba.

UN LIBRO QUE HABLA

Colton se había ido, y no encontraba nada interesante para entretenerme. Los empleados se habían ido a comprar y me habían dejado sola. Habían venido por la mañana, habían preparado el desayuno y algo de comer para la cena. Tuve tiempo de recorrer la casa, de leer un libro y de bañarme en la piscina de atrás. Estaba aburrida, y mi mente solo se empeñaba en mostrar el rostro de Colton. Era extraño, pero lo echaba de menos y temía que le pasara algo.

Decidí entrar de nuevo en la biblioteca y buscar otro libro para leer.

Me gustaba el olor a papel antiguo. Ese olor siempre había estado presente en mi vida. En el orfanato había una pequeña biblioteca y me pasaba el tiempo leyendo para intentar escapar de ese mundo tan insólito. Viajaba a lugares nunca imaginados y vivía aventuras de ensueño. Para mí los libros eran mágicos.

Colton tenía muchos libros, era como si quisiera saber la historia de todos los países. Mi mano tocó un libro forrado en una especie de cuero negro, y sentí un pequeño calambre. Me asusté y miré el libro con intriga. No había ninguna letra grabada, y eso hizo que mi curiosidad se disparara enseguida. Tomé el libro con cuidado y, cuando lo dejé encima de la mesa, vi como una luz blanca se encendía y aparecían cuatro letras grabadas.

Me agaché para ver las letras: una C, una A una L y una I. La palabra que formaban no tenía ningún sentido y, cuando la leí en voz alta, las ventanas temblaron.

—Ábreme —susurró una voz extraña de mujer.

Miré el libro y vi como empezaba a dar pequeños saltos encima de la mesa. Retrocedí, y la puerta se cerró por sí sola haciendo ruido.

—Oh, por Dios —suspiré—. ¿Qué hice?

—Ábreme —susurró otra vez la voz—. Soy tu salvación.

Me giré y, cuando quise abrir la puerta, grité al ver que estaba cerrada.

Tiré con fuerza, pero no quería abrirse y, cuando di la vuelta, una manta de niebla empezó a cubrir la habitación. El libro se movía sin parar, y yo no sabía qué hacer. Empecé a rezar y escuché como alguien empezaba a reír.

—Este es un santuario del Diablo...—siguió riendo—. Aquí Dios no puede ayudarte.

—¿Quién eres? —pregunté con el corazón latiendo a martillazos.

—Soy tu salvación. Si no abres el libro, él te matará —contestó y miré el libro.

—No confío en ti.

—Pero confías en un diablo... —rio—. Él te matará. Necesita tu alma pura, por eso estás aquí.

—Eso no es verdad —grité.

—Lo echaron de su hogar y, para volver, necesita un alma como la tuya. Abre el libro si quieres vivir.

Por un instante quise hacerlo, pero recordé las palabras de Colton y apreté los puños con fuerza. Él me había dicho que había huido y que lo querían atrapar para llevarlo de vuelta al Infierno. Confiaba en él. Me había enamorado como una tonta, pero sentía que él también me amaba. Sabía que eso no era posible, los demonios no tenían corazón, pero Colton parecía tenerlo.

—Eres una tonta... y vas a morir —dijo la voz, y me acerqué con pasos rápidos a la mesa.

Tomé el libro en mis manos y dejó de moverse. Las letras desaparecieron y aproveché para dejarlo donde estaba.

La niebla desapareció al instante y la puerta hizo un clic.

Corrí hasta allí mientras sacudía la cabeza, negándome a creer lo que esa voz me decía. Abrí la puerta y salí corriendo, tratando de recordar respirar. Alguien había intentado engañarme, alguien había intentado acercarse a Colton a través de mí. Esperaba tener bastante fuerza para no caer en ninguna

trampa.

Cuando entré en la habitación, me senté en la cama y miré el espejo.

No mostraba mi rostro y esa era la primera vez que sentí rabia. Necesitaba verme, quería estar guapa para cuando regresaba Colton. Me desplomé sobre la cama y cerré los ojos pensando en que había tomado la decisión correcta.

No querría pensar que esa voz tenía razón y no quería pensar que Colton me quería matar para regresar al Infierno.

MIEDO

—Ya estoy aquí —susurró Colton y abrí los ojos.

Me aferré a su cuello y besé su mejilla.

—Vaya recibimiento, gracias —sonríó y sus ojos cambiaron de color—. Estás preocupada, puedo escucharte.

—Yo hice algo...

Entrecerró los ojos y después se puso de pie.

—¿Por qué entraste en la biblioteca? —vociferó asustándome—. ¿Qué hiciste? No escucho lo que piensas...

—Solo quería leer... —Sus ojos se agrandaron y sus marcas empezaron a brillar. Pisó con fuerza hacia mí y sus ojos se movieron hasta los míos. Parecía que sus brazos estaban en llamas, y eso me asustó bastante.

—Eso es... deberías tenerme miedo —dijo y su rostro empezó a cambiar de forma.

Su pelo negro se tornó de color rubio y sus ojos dejaron de brillar. Mostraron y ndo oscuro, jaron de brillar. mios él pero seguiacuestrada y sentirme como si estuviera un mundo oscuro y comenzaron a agitarse.das sus fuerzas para que todo volviera a ser como ellos quisieran. ra sin fin. Ese era el verdadero Colton, el que había mostrado el espejo y, aunque era hermoso, no podía ocultar mi temor ante él.

—Colton... no quieres hacerme daño —susurré y agarré con fuerza las sábanas—. No te vayas, vuelve aquí conmigo.

—Deja de llamarlo —rugió—. Ya no te escucha. —Me agarró por las piernas y tiró con fuerza.

Llegué al suelo en un segundo, su fuerza era impresionante y podía hacerme daño con mucha facilidad.

—No te mataré, Evelyn —dijo y se agachó—. Te necesito viva. —Con sus

brazos en llamas, tocó mi mejilla y grité de dolor.

Enseguida me alejé, y él empezó a reír.

—Eres tan hermosa... entiendo porque lo ablandaste. Antes era fuerte, más fuerte que yo, pero apareciste tú y lo jodiste con tu inocencia. Pienso castigarlo a través de ti.

—Déjalo en paz. —Suprimí el pánico y me atreví a enfrentarlo—. Vete de aquí.

—Aquí vivo, no lo olvides... —Levantó los brazos y las llamas se apagaron—. Ve a la biblioteca y abre ese libro.

—No lo haré —dije y me levanté para salir corriendo.

Llegó a la puerta antes que yo y me atrapó en sus brazos. Sentí como su agarre me dejaba sin fuerzas y los pensamientos abandonaron mi cabeza. Miré su hermoso rostro y no sentí nada.

No sentí miedo, pero tampoco tranquilidad. Era algo extraño que me dejó como un muñeco inerte.

—Ahora mismo puedo tomar tu alma; la puedo sentir en el aire —habló mirando mis ojos—. Pero eso sería su perdición y quiero mantenerlo con vida.

—Suéltame —dije apenas susurrando.

—Tan solo tienes que abrir el libro y él volverá aquí contigo.

—¿Qué pasa si abro ese libro? —pregunté y sonríó.

Tenía la misma sonrisa que Colton, pero no quería dejarme engañada por él.

—Escucho todo lo que piensas. —Agachó la cabeza y con sus labios rozó mi mejilla—. Y puedo sentir tu calor: es tan intenso que podría encender cualquier demonio en llamas.

—Aléjate —dije y coloqué mis manos en su pecho.

Su piel ardía, pero aguanté y, por un instante, sentí su corazón. Levanté la mirada y sus ojos cambiaron de color.

—¿Colton? —pregunté esperanzada—. Estoy aquí, vuelve conmigo...

tengo mucho miedo.

—Deja de hablar. —Agarró mis manos y las subió encima de mi cabeza.

—¡Colton, vuelve! —grité asustada, y su pelo cambió de color—. Te necesito, vuelve por favor. —Aflojó su agarré—. Te quiero...

Soltó mis manos y se puso de rodillas. Capté un rastro de tristeza y una emoción se disparó a través de mí. Casi rompí a llorar por la sensación de alivio que había llenado mi corazón.

Enseguida me agaché y lo abracé. Lo acuñé en mi pecho incapaz de sentir su tormento por más tiempo.

—Lo siento, Evelyn... —Me miró en silencio, derrotado—. Es difícil controlarlo; por eso digo que deberías tenerme miedo.

—No es tan malo... —Sonreí—. Sabía que volverías, confío en ti.

—No deberías... puedo matarte —confesó—. Mi amigo dijo que no puede ayudarme. Estoy solo en esto y no sé qué hacer.

—Déjame ayudarte.

—¿Cómo? —Acarició mi mejilla herida—. Lastimarte... mira lo que te hice.

—No importa, siempre volverás, ¿no es así?

—¿Qué pasa si un día no vuelvo? —Dejó caer su mano—. ¿Qué pasa si él toma el pleno control?

—No lo haré, Colton, porque en realidad tú lo controlas a él. —Toqué su pecho—. Este corazón quiere volver a la vida y haré todo lo posible para que así sea.

—No sabes lo que dices. —Se puso de pie—. No es tan sencillo.

—Lo intentaré, no tengo nada que perder. —Me puse de pie y me acerqué a él.

—Perderás tu alma, tu vida... dejarás de existir. —Retrocedió hasta la puerta.

—No te vayas. Necesito respuestas. —Estiré una mano, pero él no la tomó.

—Hoy no. —Abrió la puerta—. Hoy tenemos que guardar bien ese libro para que no intente engañarte otra vez.

—¿De quién es la voz? Cuando toqué el libro aparecieron unas letras y la palabra que formaban no tenía sentido. Parecía un nombre de alguien...

—No digas ese nombre en voz alta —advirtió con dureza—. Así ella te escucha y se pone en contacto contigo.

—¿Ella? —Empecé a caminar, y él levantó una mano en el aire.

—Sí, el demonio que está encerrado en ese libro. Hablamos más tarde, necesito estar a solo —dijo y cerró la puerta.

Me quedé unos largos segundos mirando la puerta por si volvía. En esos momentos sentí su debilidad y su agonía, lo sentí humano, y eso era raro: un demonio era un demonio por más que intentara engañar a mi corazón.

LABIOS FRÍOS

—¿Puedo pasar? —Empujé la puerta de la cocina dudando. Tenía un mal presentimiento y me preguntaba si estábamos en peligro. Una leve sensación de cosquilleo apareció en el centro de mis palmas y se incrementó mi pulso cuando lo vi.

—Sí —respondió mirándome por encima del hombro—. Siéntate, la cena está lista.

Se acercó y dejó un plato encima de la mesa con mucho cuidado. Cuando se alejó vi que sus brazos tenían unos arañosos. Me armé de valor y agarré su camisa para que se diera vuelta.

—¿Qué hiciste? —pregunté con las cejas alzadas.

Puse una mueca de preocupación y se me hizo un nudo en el pecho al pensar las posibilidades.

—Nada, Evelyn. —Se soltó—. Siéntate y come.

—No tengo hambre —espeté.

—No me enfades, estoy débil ahora mismo y no quiero hacerte daño. —Golpeó la mesa con el puño y sobresalté.

—¿Dónde están los empleados? —pregunté bajito mientras me sentaba—. No han vuelto desde ayer.

—Los despedí —soltó sin mirarme—. No cumplieron con sus obligaciones.

—¿Qué obligaciones? —busqué su mirada.

—Tenían que cuidarte y vigilarte para que no te pasara nada. —Pasó las manos por su cabello.

—Estoy bien, no me pasó nada. —Miré el plato y tragué duro.

La comida tenía buena pinta y estaba tan bien presentada que me preguntaba si había tomado clases de cocina.

—No tomé clases de cocina, Evelyn —me miró—. Deja de pensar en tonterías ahora mismo.

—Deja de escuchar lo que pienso. —Me levanté—. Estoy harta, ¿me oyes? Tu silencio me mata.

—Mi verdadero yo es quien intenta matarte. —Colocó las manos en mis hombros—. Después de cenar te llevaré a la biblioteca y te explicaré todo.

—No quiero volver allí —dije asustada.

—Nada pasará, te lo aseguro —suavizó la voz—. No intentarán nada si estoy yo allí.

Empecé a comer en silencio bajo su mirada intensa. Colton miraba con atención mis movimientos y, cada vez que metía el tenedor en la boca, él suspiraba. Se frotaba sin parar las manos contra sus piernas y apretaba la mandíbula con fuerza. En ese momento no sabía qué pensar, su mirada no transmitía nada y sus gestos eran caóticos.

—Deja de intentar averiguar lo que pasa, Evelyn —dijo y se levantó—. Y deja de mirarme así. —Tomó mi plato y lo dejó en el fregadero.

—No terminé de comer —dije y, cuando se dio la vuelta, tragué duro—. Bueno, supongo que se me quitó el hambre. —Me mordí los labios y, en una fracción de segundo, estaba a mi lado intentando separarlos de mis dientes.

—Cada vez que haces esto quiero besarte —separó mis labios—. Cada vez que escucho tus pensamientos quiero cumplirlos.

—Yo también quiero...

—Lo sé, Evelyn... créeme que lo sé y me duele no poder hacerlo —dejó de tocar mis labios.

—¿Por qué? Tienes mi permiso.

—Porque no voy a poder parar. Te consumiré toda la energía y tomaré tu alma. No puedo pararlo, no puedo controlarlo... me tiene a su merced—dijo con dolor.

—Por lo menos inténtalo, Colton. Quiero que me beses, quiero saborear tus labios.

—Mis labios tienen sabor a muerte, a puro Infierno. Te perderás y no encontrarás el camino de vuelta. —Se alejó y lo agarré por la camiseta.

—No abandones tan rápido. Lucha contra él; eres fuerte y puedes vencerlo. —Miré sus labios—. Tan solo bésame.

—Está bien... —Su voz fue tersa.

—¿Lo harás? —pregunté sabiendo la respuesta.

—Cierra los ojos —ordenó.

—¿Por qué? —Solté su camiseta—. Quiero verte.

—Bueno, pues déjalos abiertos —gruñó.

—¿Vas a tardar mucho? —pregunté y estiré mi cuello.

Su mirada empezó a quemar y mostraba un lugar lejano y desconocido.

Me agarró por la cintura y sentí un calor abrasador recorriendo mi cuerpo entero. Cerró los ojos y agachó la cabeza. Se tomaba su tiempo, como si intentara controlarlo todo para que nadie ni nada nos interrumpiera. Cuando sus labios hicieron contacto con los míos, sentí que mis piernas dejaban de sostenerme. Tenía una sensación de estar flotando en el aire y me aferré a su cuello.

Una capa negra apareció de la nada y nos envolvió para mantenernos muy apretados uno contra el otro. Sus marcas empezaron a brillar, y mi cintura estaba rodeada de llamas.

Sus labios parecían serpientes; eran tan fríos que sentí un escalofrío. Imágenes de personas quemadas inundaron mi cabeza. Gritos de dolor se escuchaban, y cuando intenté separarme de él, la capa empezó girar hasta que mi corazón dejó de latir.

Me sentí vacía y supe que en ese instante que él me había quitado el alma. Estaba muerta y perdida en ese lugar tan sepulcral.

Noté una sacudida y sentí como mi corazón daba un pequeño latido.

Otra sacudida y otro latido...

—Vuelve conmigo —gritaba Colton mientras sacudía mi cuerpo—. Vuelve a la vida.

Cuando mi corazón empezó a latir frenéticamente, respiré hondo varias veces y abrí los ojos.

—Yo... lo siento, Colton —empecé a llorar—. No tenía que pedirte eso.

Todo estuvo tan intenso que no podía controlar mis lágrimas.

—Yo también quería besarte, Evelyn. —Me abrazó—. Espero que esta no sea la última vez.

SONRÍE PARA MÍ

—No me sueltes la mano —dije cuando abrió la puerta de la biblioteca—. Tengo miedo.

—Lo sé. —Me dio un apretón de manos—. No te soltaré, pase lo que pase.

Colton cerró la puerta y me llevó hasta las estanterías con los libros. Tan solo estiró la otra mano y el libro que tenía a ese demonio encerrado empezó a dar pequeños saltos.

—Colton...

—No digas nada —susurró y se acercó para agarrar el libro.

Lo dejó encima de la mesa y me estrechó la cintura con las dos manos. Cuando una pequeña luz empezó a descender y caer encima del libro, las marcas de Colton empezaron brillar.

—Hola, hermano... —dijo esa voz de mujer que me había asustado la última vez que entré en la biblioteca—. Sácame de aquí.

—Sabes que no puedo, Cali —contestó él, y sus marcas dejaron de brillar—. Te mereces estar encerrada y lo sabes. Quiero que dejes a Evelyn en paz. No quiero que le hables.

—Pides mucho a alguien que lleva más de tres siglos encerrada. Eres mi hermano y sabes que no haría nada para molestarte.

—Cállate, mentirosa. —Estiró la mano y golpeó el libro con el puño.

Llantos y gritos empezaron a escucharse y tuve que taparme los oídos para no sentir el dolor, para no dejar que me arrastraran hasta ese mundo desconocido y terrorífico.

—Estás encerrada porque intentaste matarme —dijo él, y el libro se levantó en el aire—. Me habéis atado... —El libro se golpeó contra la mesa y empecé a retroceder—. Nunca vas a salir de ese lugar. —Agarró el libro—. Y no molestes más Evelyn. —Apretó con fuerza los dedos y vi como alrededor aparecieron unas pequeñas llamas.

—Tienes que matarla, hermano. Eres un demonio, ese es tu deber...

—Me niego hacerlo. Por eso me fui, no puedo seguir haciéndolo...

—Te estás ablandando, pero no podrás controlarlo y lo sabes. Tarde o temprano la matará —dijo, y me tapé la boca para no gritar.

En ese momento sentí mucho pánico y lo único que quería hacer era abrir la puerta y salir corriendo.

—No te vayas, Evelyn —ordenó Colton y guardó el libro—. Ven aquí. —Estiró una mano y la miré dudando.

Aunque sus marcas dejaron de brillar, el miedo impedía a que me acercara y tocarlo.

—No pasará nada, Evelyn —aseguró él—. Aquí no puede controlarme. Este es el único lugar donde me siento libre.

Me acerqué y tomé su mano. Sentí alivio cuando sus dedos tocaron los míos y agaché la cabeza para mirarlos. Una hermosa unión entre nosotros, una que no tenía futuro.

—Escucho todo lo que piensas. —Tiró con suavidad de mi mano y me abrazó—. Yo tengo una pequeña esperanza y quiero que tú también la tengas. —Me agarró por los hombros y me giró—. ¿Ves ese cuadro?

Encontré su mirada con impaciencia y asentí con la cabeza. Sus ojos tomaron como rehenes a los míos, y el tiempo se detuvo. Me dio una sonrisa confiada, que agitó mi corazón, y aprovechó para girar mi cuerpo.

Me acerqué con cautela e intenté descifrar lo que había escrito abajo.

—Por más que intentes leer lo que está escrito allí, no lo conseguirás —explicó—. Las letras cambian con mucha frecuencia y solo yo puedo leerlo.

—¿Y qué dice? —Giré la cabeza para mirarle.

—No puedo decírtelo, pero te aseguro que esas palabras te protegerán...

—¿Me vas a contar lo que pasa? —Estiré una mano y toqué su mejilla.

Cerró los ojos y empezó a tararear una canción. Era hermosa y, poco a poco, empecé a moverme con él al ritmo de esa melodía.

—De pequeño escuchaba esta canción. —Metió la cabeza en mi cuello y

estrechó suave mi cintura—. Mis padres eran distintos, habían vivido entre los humanos muchos siglos. Los veía bailar, los veía enamorados y siempre quise tener lo mismo: una pareja con quien bailar, una pareja con quien hablar y una pareja que me amara a pesar de todo.

—¿Qué pasó con tus padres? —pregunté bajito.

Bailar con él me hacía sentirme única, y eso era verdad. Era la única que bailaba con él a pesar de todo.

—Sí, Evelyn... eres la única. —Se alejó un poco para mirarme—. Cuando estás en mis brazos puedo sentir a mis padres cerca. Es como si me estuvieran viendo...

—Colton...

—Quien los mató... —Cerró los ojos—. Intentó matarme a mí también. Se trata de Dantalian, un duque de los Infiernos que muchas veces aparece con forma de hombre o de mujer. Es un ser despiadado que puede cambiar la voluntad de cada persona. Mi hermana cayó en su trampa e intentó matarme. La encerré en ese libro para castigarla. Por su culpa murieron nuestros padres. Ella le abrió la puerta a Dantalian, y mis padres no pudieron hacer nada para defenderse —explicó.

—¿Estabas ahí cuando pasó todo?

—Sí, lo vi todo. Dantalian me había atado y obligado a mirar cómo los mataba. No pude hacer nada para salvarlos. Sus gritos de dolor me acompañaron todas las noches durante años.

—¿Él sabe que estás aquí?

—Sí, pero no puedo hacerme nada. En este mundo no tiene poderes. —Sus manos viajaron por mi espalda de forma tan delicada, que un escalofrío los perseguía—. Pero sabe qué tú eres mi debilidad. Por eso no quiero que salgas a la calle sin mí.

—No lo haré. —Levanté la mirada. Sus caricias provocaban pequeños escalofríos y me había excitado.

—Así me siento yo también ahora mismo —susurró cerca de mi oído—.

No sabes cuánto deseo tocar tu piel y sentir tus labios otra vez.

—Bésame, Colton —dije mirando sus ojos negros—. Dijiste que aquí no puede hacerte nada... aquí puedes besarme sin que él intente tomar mi alma.

—Robaste mis pensamientos —sonrió y se inclinó hacia abajo.

Colocó sus labios sobre los míos, y me sacudí ligeramente. Mi corazón se aceleró cuando su lengua salió como una flecha buscando su rumbo. Abrí la boca para él y le entregué las riendas de la situación para que las cosas fueran a donde él quisiera que fueran. No confiaba en mí misma para tocarlo todavía, pero cuando sentí su urgencia y su beso más agresivo, descansé mis manos sobre su pecho.

Rompió el beso y me miró con asombro y vulnerabilidad.

—No quiero hacerte daño...y lo que siento en este momento... —Le costaba hablar—. Sé que voy a hacerte daño.

Me puse de puntillas y le regalé un beso en los labios, casto pero lleno de sentimientos.

—Nunca me harás daño... —susurré—. Confío en ti. —Lo abracé.

Colton empezó a cantar otra vez y cerré los ojos. Me movía con él despacio. Esa canción era muy hermosa y triste. Recordé mi infancia y, cuando sentí los brazos de Colton en mis hombros, supe que él intentaba consolarme.

—Quiero que sonrías siempre —murmuró bajito—. Quiero que seas feliz...

—Si estás conmigo, soy feliz. —Sonreí y grité cuando me levantó en el aire.

—Mañana bailaremos con música...

—Cantas muy bien —dije cuando me dejó en el suelo—. Tu voz es muy tierna. —Estiré una mano y toqué su mejilla—. A mí me gusta así.

—Gracias. —Besó la palma de mi mano—. No dejaré de cantar si te gusta.

—Estoy cansada. —Cerré los ojos y apoyé mi cabeza en su pecho.

—Es normal, cada vez que te tocó... —suspiró—. Te debilitas...

—¿Me llevas a la cama? —pregunté susurrando y él enseguida me tomó en brazos.

—Por supuesto —contestó y besó mi frente.

DANTALIAN

—Despierta...

Abrí los ojos asustada, pero cuando vi a Colton sentado a mi lado, me tranquilicé.

—¿Tú no duermes nunca? —Froté mis ojos.

—Muy poco. —Sonrió y me enseñó una tarjeta—. Tengo una sorpresa para ti.

—¿Qué es? —Miré con intriga la tarjeta.

—Estamos invitados a una gala benéfica...

—Quieres decir que estás invitado. —Me acerqué y tomé la tarjeta.

—Estamos... —insistió y tocó mis labios con las puntas de sus dedos—. Quiero besarte —susurró y levanté la mirada.

Sus ojos eran de un color rojo intenso y sus marcas empezaron a brillar. Los dos sabíamos que no podía besarme y que podría morir si lo hacía.

—Yo también quiero... —Miré sus brazos—. Pero lo que no quiero es volver a ese lugar.

—Tendré que aguantar mis ganas. —Se alejó y lo agarré por las muñecas.

Sentí dolor y sentí calor al mismo tiempo, pero no lo solté. Él agachó la cabeza y miró mis manos con incredulidad.

—Suéltame Evelyn... te hago daño. —Intentó soltarse, pero yo clavé mis uñas en su piel.

—No quiero —susurré desesperada—. Mírame, Colton. Los dos nos hacemos daño, los dos sentimos dolor y los dos deseamos el beso. Prométeme que me salvarás a tiempo...

—No lo haré, Evelyn. —Tiró de sus manos, pero mis uñas se clavaron con más fuerza—. No quiero perderte... —murmuró mirando como la sangre salía de sus muñecas.

—La última vez me salvaste...

—Esta vez puede que no lo consiga. —Negó con la cabeza—. Él es más fuerte que yo y...

—Bésame —ordené mirándolo a los ojos, esos ojos rojos que en ese momento eran puro Infierno.

Agachó la cabeza y rozó mis labios con los suyos temblando, pero decidido. Solté sus muñecas y me aferré a su cuello. Profundizó el beso, pero parecía demasiado cuidadoso, como si esperara lo peor. Me obligué a relajarme y él hizo lo mismo. Sus dedos se deslizaban desde la parte alta de mi espalda, vagando con rumbo seguro y firme hacia mi garganta desnuda para terminar enredándose en mi cabello con ternura.

comenzaron a agitarse. Las sus fuerzas para que todo volviera a ser como ellos quisieran. Profundizó el beso de nuevo, con más hambre, como si fuera el último, y sentí como abandonaba este mundo entre gritos y llantos.

De repente me encontré rodeada de fuego y de criaturas demoníacas que me estaban mirando con hambre. Retrocedí y empecé a correr hasta que vi que no tenía escapatoria: todo estaba en llamas.

—Esta vez te quedarás aquí —dijo una voz gruesa—. Esta vez él no te salvará.

Miré con horror mis pies descalzos, el suelo quemaba y sentía mucho dolor.

—¿Colton? —grité, pero no escuché mi voz.

—Tu alma es mía —dijo la voz, y negué con la cabeza.

—No, no... —Mi voz apenas se escuchaba y cuando sentí una sacudida sonreí, Colton intentaba salvarme.

Cerré los ojos, pero los gritos me hicieron abrirlos de nuevo. Delante de mí había un hombre calvo, vestido de negro que sostenía un libro dorado en su mano derecha.

—¿Quién eres? —pregunté susurrando, y él levantó la mirada.

—Soy tu pesadilla cuando tus sueños se apagan —dijo y abrió el libro.

Empezó a leer algo y las criaturas se tiraron al suelo como si entendieran lo que ese hombre estaba diciendo.

Noté otra sacudida, más fuerte.

De repente los gritos cesaron y el silencio nos rodeó, solo se escuchaban las palabras que ese hombre decía en voz alta. Cuando noté otra sacudida, me tiré al suelo de rodillas. Mi vista se puso borrosa y mi cuerpo se debilitó.

—Vuelve, Evelyn —escuché la voz de Colton.

El hombre levantó una mano en el aire y sus palabras empezaron a tener sentido.

—... renuncio a Dios, renuncio a todo lo que es santo y todo lo que es bueno. Proclamo que Lucifer es Dios de la Tierra. —Me miró intensamente—. Entregaré este cuerpo para Lucifer, abrid las puertas —gritó y un rayo de luz cayó a mi lado.

En ese momento sentí una sacudida fuerte y mis ojos se cerraron.

—Abre los ojos, Evelyn —murmuró Colton—. Lo siento, no debería haber hecho eso... Evelyn, por favor, vuelve.

Abrí los ojos y mis manos se envolvieron alrededor de su cuello. Mis uñas dibujaban el contorno de su espalda y de sus hombros, y sentí sus músculos bloquearse donde lo tocaba. Aspiré su aroma, tratando de tomar todo de él. Por un momento me olvidé de lo que había visto y del hombre que había estado a punto de tomar mi alma.

—Lo siento, Evelyn —susurró.

—No lo sientas —dije, mis manos deslizándose hacia arriba entre su cabello—. No hay nada que lamentar.

Él se apartó hasta que ya no me tocaba para nada; su expresión era atroz, vulnerable y dolida; parecía estar tratando con desesperación no derrumbarse.

—Puse tu vida en peligro, y esta vez fue difícil rescatarte.

—Es porque había un hombre que decía cosas raras —dije, y él levantó la mirada.

—¿Que hombre? —Tomó mis manos, y cuando agaché la mirada vi que

sus muñecas habían sanado.

—Eh, uno calvo. No dijo su nombre —murmuré con agitación—. Tenía un libro dorado y estaba leyendo...

—Dantalian... —Frunció sus cejas—. Esto es más peligroso de lo que pensé. Intenta llegar a mí a través de ti —dijo con cuidado.

—Me salvaste, Colton. Sabía que lo harías...

—Esto se acabó —espetó, echando chispas.

—¿Qué quieres decir? —Lo observé con emociones confusas—. No me dejes ahora...

—Nunca te dejaré, Evelyn. Es hora de hacer algo, de actuar. —Sus marcas empezaron a brillar y de sus dedos salía humo.

Me eché hacia atrás y me tapé con la manta.

—No te asustes, sabes que nunca te haría daño. —Sacudió los brazos y se sentó a mi lado—. No quiero volver allí, Evelyn. No ahora que encontré mi paz. La tengo gracias a ti.

Sus palabras hicieron girar mi corazón, y luché tenaz para no llorar.

—¿Por qué me besaste? —pregunté bajito.

Su expresión se congeló en su lugar, como si estuviera determinado no revelar nada.

—No soy muy bueno con las palabras, y no sé cómo explicarte por qué lo hice. Si no estás a mi lado, me siento solo. Quiero protegerte, pero siento que estoy fallando. —Su mirada cayó lejos.

Se inclinó hacia delante, tocando su mejilla y la mía, haciéndome olvidar por completo lo que había pasado hacía un rato. Cerré los ojos y me apoyé en él mientras su piel rozaba la mía y su mano tocaba mis piernas. Su otra mano ahuecó mi mejilla y su pulgar acarició mis labios.

—Te amo, Evelyn —dijo en voz baja. Sus palabras encendieron mi corazón agitado y mis palmas comenzaron a sudar—. Me enamoré de ti y no tenía que hacerlo. Escucho tu corazón y me gusta cómo suena. Yo no tengo corazón, yo estoy muerto, y tú... —Buscó mis ojos—. No puedes amarme,

Evelyn. Mi deber es destruir vidas, tomar almas...

—No, Colton. —Enmarqué su rostro en mis manos—. Tú no eres así, lo sé porque lo siento, y si tu corazón no late, no significa que estés muerto.

—Hay veces que siento pequeños latidos y eso es desde que te vi por primera vez. A veces sueño con mis padres, los veo bailar y cantar, los veo felices. Quiero lo mismo, Evelyn, pero no puedo tenerte de esta manera.

—Ya me tienes, Colton. —Me miró a los ojos y sonrió.

—Tú también me amas —rio.

—Deja de leer mis pensamientos —gruñí molesta—. Quería decirlo yo, quería sorprenderte.

—Me has sorprendido, créeme. —Me abrazó.

—Me alegro, porque no dejaré de amarte nunca. Pase lo que pase. —Besé su mejilla.

—Mmm... ¿me harías un favor? —Me miró con una sonrisa tímida.

—Lo que sea.

—Quiero que esta noche lles un vestido muy especial.

—¿Especial? —pregunté intrigada—. ¿En qué sentido?

—Es mágico. —Me guiñó un ojo y se levantó de la cama—. Iré a preparar el desayuno.

—¡Que bien! —exclamé alegre—. Tengo mucha hambre.

UN VESTIDO MÁGICO

—¿Por qué no me dejas ver el vestido? —pregunté intentando quitarme el pañuelo que cubría mis ojos.

—Te dije que es mágico —susurró cerca de mi oído y mis temores se desvanecieron—. Quiero que describas como sería el vestido perfecto para ti.

—¿Ahora?

—Mm... —Besó mi cuello y gemí.

—Deja de hacer eso, no me puedo concentrar.

—Lo sé —rio—. Tu imaginación se disparó y eso me encanta. —Me dio otro beso.

—Pues me gustaría que el vestido... a ver... quiero que sea de color rojo porque ahora es mi color favorito. —Sonreí y recibí otro beso en el cuello—. Que sea largo y que tenga un escote muy discreto, nada de espalda descubierta... —Sacudí la cabeza—. Y como algo especial, me gustaría que tenga flores blancas como de cristal y que brillen en la oscuridad. Bueno, no sé... algo así.

—Mm... no está mal. Me gustaría ver cómo te quedaría un vestido así. —Me quitó el pañuelo y grité eufórica.

—¿Cómo lo hiciste? —Me giré para mirarlo—. No podías haber leído mis pensamientos porque esto lo dije ahora. Venga, cuéntamelo —supliqué.

Su rostro se iluminó un poco, y una media sonrisa se curvó en sus labios.

—No puedo, Evelyn porque ya no sería un vestido especial. —Me giró—. Y la otra sorpresa la guardo para el final.

—¿Qué sorpresa? —Me acerqué para tocar el vestido.

Era idéntico al que yo había descrito, y las flores de cristal parecían tener vida propia.

—Ya no sería una sorpresa. —Me abrazó por detrás y sentí su calor

corporal.

Toqué sus brazos y las marcas empezaron a brillar enseguida, como si mis dedos hubieran encendido un botón. Recorrí con las puntas de mis dedos las marcas de cadenas y gemí bajito.

—¿Los humanos te hicieron esto? —pregunté, y él asintió con la cabeza en mi cuello.

—Brillan porque mis brazos han quedado vulnerables y porque esas cadenas provenían de una iglesia católica que se dedicaba a cazar demonios. —Comentó con tristeza—. Estuve atado más de cien años. Las cadenas se clavaron en mi piel y la marcaron para siempre.

—¿Y cómo te salvaste? —pregunté susurrando. Me sentía muy bien en sus brazos y no quería que me soltara nunca.

—Las cadenas perdieron fuerza y se debilitaron. Eso facilitó mi huida.

—¿Puedes hacer magia? Quiero decir... ¿puedes cumplir deseos? —pregunté mirando el vestido.

—Depende del deseo.

—Estoy hablando en serio, Colton.

—Yo también —murmuró con la cabeza apoyada en mi cuello—. Si son deseos que me benefician a mí, puede que sí.

—No lo entiendo.

—Estoy hablando de los pensamientos oscuros de las personas, Evelyn. No me gusta admitirlo, pero son los que me mantienen con vida.

—Entonces, si yo te pido una Ferrari no me lo darías, pero si deseo la muerte de alguien, puedes cumplirlo.

—Lo has entendido muy bien.

—Esto no me gusta. —Negué con la cabeza.

—Te dije que soy un demonio, y bueno... tú sigue pidiendo la Ferrari... quién sabe, puede que un día la encuentres aparcada delante de tu casa —rió.

—¿Por qué tengo la impresión de que te estás burlando de mí?

—Porque tienes razón, Evelyn. —Me giró para mirarme—. Hay cosas que

puedo hacer y no puedo explicarte como las hago, pero no soy un mago y no cumplo deseos.

—Entonces, ¿cómo hiciste que mi visión del vestido se hiciera realidad?

—Es un secreto.

—No me gustan los secretos. —Me crucé de brazos y lo miré mal.

—Lo tendré en cuenta —sonrió—. Ahora mismo quieres pegarme...

—Deja de entrar en mi cabeza, me vuelves loca. —Lo empujé suavemente.

—Está bien. Intentaré no escuchar lo que tu cabeza loca, piensa. —Se alejó riendo.

—No puedo creer que te estés riendo de mí.

—No me río de ti, Evelyn —dijo serio—. Tan solo estoy feliz. Es la primera vez que me río tanto y me gusta porque me siento vivo.

—Colton... lo siento. —Aguanté las lágrimas, no quería llorar—. Hiciste algo muy especial y hermoso para mí. Y yo te estoy regañando.

—No importa, me gusta. —Estiró las manos—. ¿Recibo un abrazo?

—Por supuesto. —Lo abracé con ganas—. Gracias por todo lo que haces por mí, gracias por hacer que me sienta especial.

—Lo eres, Evelyn y por eso quería que llevaras un vestido que estuviera a tus alturas —dijo alegre—. Te dejo sola para que te arregles.

—El espejo no muestra mi reflejo, ¿cómo puedo maquillarme bien? No quiero hacerlo sin verme.

—Cuando ya tengas el vestido puesto, ven a la habitación del espejo. Es el único que muestra tu rostro.

—Pero allí es donde él puede aparecer: el espejo muestra su rostro.

—Me quedaré fuera. —Apretó mis manos—. Date prisa, no quiero llegar tarde.

—Mm...

Cuando se fue, me acerqué y toqué el vestido con mis dedos. Las flores se abrieron aún más y empezaron a brillar. Sonreí y empecé a desnudarme.

MENTIRAS

—Tengo miedo. No quiero entrar sola en la habitación —dije justo cuando Colton abrió la puerta.

—Estaré aquí, no pasará nada. —Acarició mi mejilla—. Eres muy hermosa sin maquillaje.

—Gracias, pero necesito hacerlo. No quiero ser diferente o llamar la atención... el maquillaje es como un complemento.

Entré y él cerró la puerta. Tomé una silla que había a mi lado y la coloqué delante del espejo. Me senté con cuidado para no arrugar el vestido y abrí mi neceser. Miré mi rostro reflejado en el espejo unos largos minutos, llevaba tiempo sin verlo, incluso lo había echado de menos. Recorrí con las puntas de los dedos mi piel y me estremecí, estaban muy fríos.

Agrandé los ojos cuando unas manos grandes me cubrieron la boca, y sentí el aire atrapado entre mis labios y esos dedos finos y rígidos.

Empecé a forcejear, intenté quitar las manos con mis dedos, pero fue sin éxito, eran muy fuertes.

—Tan solo vine para advertirte —dijo una voz—. Si no te vas de esta casa, los dos vais a morir.

Intenté ponerme de pie, pero no lo conseguí. Mis ojos se humedecieron bajo esa mano grande y mi respiración se volvió pesada.

—Ni una palabra a Colton —dijo—. Él no sabe que estoy aquí... ¿entendido? —Las manos dejaron de sostenerme para agarrarme por el cuello—. Podría matarte ahora mismo, pero prefiero verlo sufrir cuando lo abandones.

—¿Quién eres? —conseguí preguntar.

—Sabes quién soy, no es la primera vez que nos encontramos. —Apretó su agarre y el aire abandonó mis pulmones.

—Dantalian... —murmuré y cerré los ojos.

—Veo que sabes mi nombre, supongo que él te contó la historia..., pero ¿confías en él? ¿Estás segura de que sabes toda la verdad?

—Suéltame... por favor, no puedo respirar.

—¿Te has preguntado por qué te eligió a ti? ¿Sabes por qué te mantiene vigilada? —Me soltó—. No sabes nada, deberías huir antes de que te convierta en su...

—¿Te queda mucho, Evelyn? —preguntó Colton, y tragué aire varias veces, intentando calmarme.

Me giré lentamente, no había nadie detrás de mí y las manos habían desaparecido bajo mis ojos húmedos.

—No, ya casi estoy —contesté y me froté los ojos.

—Recuerda Evelyn, tienes que irte si quieres que os deje vivir...

No dije nada, tan solo intenté recobrar la compostura. Sus amenazas consiguieron asustarme y no sabía si hacerle caso o no. No quería irme, Colton me había dicho que a su lado estaría a salvo, que me amaba y...

—Evelyn, voy a entrar —advirtió Colton.

—No, me queda poco. —Me giré para aplicar el maquillaje a toda prisa.

Cuando terminé, me puse de pie y salí pitando de esa habitación.

—¿Todo bien? —preguntó él al verme salir.

—Sí, ¿nos vamos? —dije sin pestañear y evitando su mirada inquisidora.

No quería que él escuchara mis pensamientos. Tenía miedo de lo que podía pasar si lo hacía.

—Espera —dijo y agarró con firmeza mi barbilla—. El maquillaje es muy discreto, me gusta.

—Gracias...

—Bien, dijiste la verdad... —Miró mis ojos con atención—. ¿Estás bien?

—Sí, ¿nos vamos ya?

—Y ahora... mentiste. —Ladeó la cabeza—. ¿Por qué, Evelyn? ¿Qué pasó allí dentro? —Sus ojos cambiaron de color—. Quiero la verdad. —Sus marcas empezaron a brillar—. Ahora —ordenó.

—No pasó nada —dije, y él negó con la cabeza.

—No mientas. —Levantó el tono asustándome.

—Bueno, te lo diré. —Él suavizó la mirada—. Pero...

—Pero ¿qué? —Sacudió los brazos y se acercó—. Cuéntamelo, por favor.

—Dantalian... —Sus ojos se agrandaron—. Él me amenazó. Dijo que, si no me iba de esta casa, nos mataría a los dos.

Colton apartó la mirada y apretó los puños.

—¿Te hizo algo? —preguntó entre dientes.

—No, solo me asustó —contesté y él gruñó.

—No entiendo cómo entró aquí —murmuró pensativo—. Para eso necesita ayuda de alguien que sepa cómo hacerlo.

—¿Y quién lo sabe?

—Solo yo y mi hermana —contestó y empezó a caminar—. ¡No me lo puedo creer! —vociferó—. Después de lo que hizo, sigue intentando destruirme.

—Colton, espera —grité—. ¿A dónde vas?

Miré asustada como él desaparecía de mi vista.

—Vais a morir... —susurró Dantalian y empecé a correr detrás de Colton.

VENGANZA

—¡Colton! —grité por la casa, buscándolo.

Tenía miedo y estaba corriendo como una loca. Sentía una presencia extraña detrás de mí, pero no me atrevía girar la cabeza.

—¿Dónde estás? —Lloriqueé.

—Aquí. —Escuché su voz y dejé de correr.

—¿Aquí dónde? No te veo...

—Detrás de ti —contestó y, cuando me giré, él me estaba mirando fijamente.

Algo era raro, su mirada era vacía y su rostro pálido.

—Ven aquí —dijo serio—. Ven conmigo.

Su voz sonó un poco extraña y, cuando estiró una mano, vi que su brazo no tenía ninguna marca. Empecé a retroceder y sus ojos cambiaron de color.

—Tú no eres Colton —dije, y una sonrisa se apoderó de sus labios.

—Vaya, Evelyn. Me sorprendes —susurró y desapareció.

—Hey, vuelve aquí —grité con valentía—. ¿Qué es lo que quieres?

No recibí respuesta a mi pregunta y tampoco apareció; se había esfumado dejándome con ganas de gritarle más cosas.

Un ruido me hizo girar la cabeza y, cuando me di cuenta de que provenía desde la biblioteca, empecé a correr. Los tacones hacían mucho ruido y me los quitó enseguida.

Cuando llegué delante de la puerta, vi como por debajo salía una luz blanca. Intenté abrirla, pero fue sin éxito; parecía que algo la estaba bloqueando.

—Colton, ábreme. —Mis hombros se tensaron mientras un pensamiento agobió la parte trasera de mi mente, la idea de que algo horrible había pasado —. Por favor...

Se escuchó otro ruido y la luz desapareció. Un silencio descomunal inundó la casa y mi ritmo cardiaco se aceleró.

—¿Colton? —pregunté bajito—. ¿Puedo entrar?

—Pasa —contestó con voz grave.

Entré y su mirada encontró a la mía. Me detuve frente a él y sentí un ligero alivio. Sonreí, recordando los aterradores acontecimientos que parecían distantes. Él estaba bien y ninguna otra cosa importaba.

—Lo siento, Evelyn. —Dejó el libro encima de la mesa—. Pero tenía que hacerlo.

—¿Hacer qué? —Vi como el libro empezó a arder.

Llantos de dolor y un olor fuerte a podrido llenó la habitación. Cuando el libro se levantó en el aire y se golpeó contra la mesa, salí corriendo de allí.

—Espera, Evelyn —gritó Colton, pero no le hice caso y, cuando llegué delante de la puerta principal, dejé de correr.

Necesitaba salir de esa casa; el miedo era una sensación que no me gustaba y necesitaba ver a otras personas para sentirme viva.

Intenté abrir la puerta, pero estaba cerrada. Recordé las palabras de Dantalian y me entró pánico. «¿Confías en él? ¿Sabes porque te tiene vigilada? ¿Te has preguntado porque te eligió a ti?». Todas esas preguntas me hicieron dudar y, cuando sentí unas manos fuertes en mi cintura, giré la cabeza asustada.

—Shhh, soy yo, Evelyn —dijo Colton con voz ronca—. No quise asustarte.

—Pero lo hiciste —grité—. ¿Qué pasa aquí? ¿Qué pasa con esta casa? ¿Por qué no puedo salir a la calle? ¿Que hiciste con el libro?

—Frena un poco, ¿quieres? Estás asustada y es normal. —Me abrazó—. Tienes preguntas y también es normal —murmuró—. Y yo tengo respuestas, Evelyn. Respuestas que no te van a gustar.

—No me importa, quiero saber la verdad. —Lo miré a los ojos—. Dantalian apareció aquí e... intentó engañarme. No lo conseguí...

—¿Estuvo aquí otra vez? —Sentí el calor de sus brazos—. Ya no puedo hacer nada para enviarlo de vuelta. Ahora tenemos que tener cuidado, en cualquier momento puede conseguir lo que tanto busca.

—¿Y qué es?

—Venganza...

—Oh, ¿por qué? —Dejó de sostener mi cintura para tomar mi rostro en sus manos.

—Hablabamos después de la fiesta, Evelyn —susurró mirando mis labios—. Esta noche tenía que ser especial, lo siento.

—Contigo a mi lado me siento especial —dije, y él esbozó una sonrisa.

—Gracias, ¿nos vamos? —preguntó, y asentí con la cabeza.

—Tengo que ir a por los zapatos. —Enseñé mis pies descalzos.

—Voy yo, espérame aquí. —Besó mi mejilla y se fue.

Apoyé la espalda contra la puerta y respiré hondo mientras cerraba los ojos. Mi vida había cambiado tanto desde que lo había conocido que ya no recordaba el mundo exterior. Lo que sentía era nuevo para mí. Me había enamorado por primera vez y, aunque a veces sentía que él era puro peligro, me sentía feliz y afortunada por ser yo la elegida.

—Pronto sabrás porque...

La voz de Dantalian me hizo abrir los ojos, y ver a Colton acercándose con los zapatos en la mano ahuyentó cualquier mal pensamiento.

Lo amaba tanto como él me amaba a mí, y solo nos quedaba luchar contra todos para conseguir ser felices en mi mundo o en el suyo.

LA BELLA Y LA BESTIA

—Esto es impresionante —dije mirando con asombro el edificio—. Lo adornaron por completo de globos.

—Todos los años hacen lo mismo —comentó Colton y me agarró por la cintura.

—¡Espera! —Me giré para mirarle—. ¿Vienes todos los años?

—Sí —contestó firmemente—. Y este año es el primero en que vengo acompañado —susurró y se agachó para besar mi frente.

—Ah...

—Tendré la oportunidad de bailar, Evelyn —sonrió y tomó mi mano—. Estoy feliz...

—Y yo emocionada —reí con nerviosismo—. Esto me parece de cuentos...

—La bella y la bestia... —susurró en mi oído, y un calor abrasante recorrió mi vientre.

A lo largo de los últimos días me había sentido muy excitada, y cada palabra o cada gesto suyo disparaban el deseo. Me gustaba la forma en que me miraba y me maravillaba el hecho de que su voz pudiera hacer que mi cuerpo ardiera de deseo. Era una sensación desconocida para mí y un tanto inquietante.

—Pienso lo mismo, Evelyn. —Mordió mi oreja suavemente—. Cada vez que te miro, deseo tocarte y cada vez que me miras quiero besarte. Eres puro fuego, y creo que podrías quemar hasta al mismísimo Diablo.

Esa última frase me intrigó porque sentí que escondía algo.

—¿Entramos? —Mi voz sonó estrangulada—. Me pones nerviosa y...

—Por supuesto. —Besó mi cuello—. Eso era lo que quería conseguir. Eres preciosa con las mejillas sonrojadas. —Me dio otro beso, más largo y más

tierno—. Me tienes embrujado. —Tomó mi mano y empezó a caminar.

Mientras subía las escaleras, mis ojos vagaron a todos lados. Los detalles y los adornos parecían sacados de un cuento, solo faltaban los príncipes y las princesas para que todo estuviera perfecto.

No sabía que existía un edificio así o que se organizaban este tipo de fiestas.

En la entrada había dos hombres trajeados que tenían las manos cubiertas por unos guantes dorados.

Me preguntaba qué era lo que escondían...

—Pronto lo sabrás —susurró Colton en mi oído.

—Ah...

—La tarjeta, por favor —dijo uno de ellos, y por un instante tuve la impresión de que sus ojos cambiaban de color.

Colton sacó la tarjeta y se la dio.

El hombre la tomó enseguida y, después de leer lo que decía, me miró confundido y dejó escapar una especie de protesta, un largo gruñido que me hizo mirar con atención su boca. Retrocedí de inmediato cuando una especie de humo blanco salió por sus fosas nasales.

—Shhh, no digas nada —susurró Colton y me agarró por la cintura—. Sonríe —ordenó.

Forcé una sonrisa, aunque mi cuerpo temblaba de miedo.

—Este año viene acompañado —dijo el otro hombre y me miró de arriba abajo con mucha atención.

—Sí, este año tengo el placer de ser acompañado por esta preciosa señorita. —Me empujó suavemente, pero mis piernas parecían estar pegadas al suelo.

—Que tengan una agradable noche —dijo entre dientes; algo le molestaba.

—Gracias —contestó Colton y me empujó otra vez.

Dejé que la mano de Colton me guiara hasta el interior del edificio y di un pequeño grito al ver que estaba repleto de personas vestidas de gala. Las

mujeres llevaban vestidos preciosos, pero los hombres tampoco se quedaban atrás, llevaban unos trajes negros parecidos al que tenía puesto Colton.

Me giré para mirarle, y él negó con la cabeza.

—No me mires a los ojos, no aquí —dijo y apartó la mirada—. Tan solo sígueme y sonríe.

—¿Que clase de fiesta es esta? —pregunté intrigada; todo me llamaba la atención de una manera extraña.

Al no recibir respuesta, me mordí los labios para no maldecir y apreté los puños; era frustrante sentirse ignorada.

—No te ignoro, Evelyn. —Giró la cabeza y agarró mi barbilla—. Tan solo quiero protegerte, no quiero llamar la atención.

—Pues... mucha suerte porque hay un grupo de mujeres que nos está mirando con las bocas abiertas—dije, y él cerró los ojos.

—Que la suerte me acompañe —murmuró y abrió los ojos—. Ignóralas por completo. —Soltó mi barbilla—. Y disfruta de mi compañía.

Dejé escapar un suspiro y agaché la mirada. Decidí obedecerle llenando mi cabeza con buenos pensamientos. Ignoré por completo las miradas asesinas de esas mujeres y no le di importancia a lo que pasaba a mi alrededor.

Todos los ojos estaban puestos en nosotros y todos esos ojos tenían un color extraño, un rojo vivo, brillante. Un color que reflejaba el mismísimo Infierno.

—Eso es, Evelyn... —murmuró Colton—. Bienvenida al Infierno de este mundo. —Apretó mi cintura—. Tu mundo...

UNA SONRISA DEMONÍACA

—Colton, todos me miran raro —dije y me aferré a su brazo—. No me gusta esta fiesta.

—Lo siento, pero no podemos irnos —dijo entre dientes—. No puedo faltar.

—¿Por qué? —Tiré de su brazo, pero no me hizo caso—. ¿Quiénes son todas estas personas?

—Deja de hacer preguntas, Evelyn y disfruta de la noche. —Le sonrió a una mujer y sentí celos—. Deja de pensar mal... —gruñó—. Tus pensamientos me vuelven loco.

—Pues, deja de escucharlos. —Giré la cabeza y vi como una chica joven, con el cabello rubio y rizado, me miraba sonriente.

Su sonrisa parecía real, no como las demás mujeres. Algo me hizo soltar el brazo de Colton y acercarme a ella.

—Hola —dije, y ella agrandó los ojos sorprendida—. ¿Cómo te llamas?

—C... Christine —tartamudeó con incredulidad—. No puedo creer que estás hablando conmigo.

—¿Por qué no lo haría? —Sentí las manos de Colton en mi cintura, y la chica agachó la cabeza—. Lo siento... mi señor —se excusó y se frotó las manos con nerviosismo.

—¿Mi señor? —Me volteé para mirarlo—. ¿Qué pasa aquí?

—¿Quieres callarte de una vez? —levantó el tono, y la chica rubia nos dejó solos.

Los ojos de Colton cambiaron de color y, por debajo de su traje, se veían las marcas brillando. Conocía muy bien esa sensación, su otro lado estaba a punto de salir.

—Todo está preparado, señor —avisó una mujer que nos miraba

atentamente—. Todos están esperando a que diga las palabras. Este año hay más fieles... —Sonrió con malicia, y tragué saliva.

No me extrañó cuando sus manos cambiaron de apariencia y tampoco cuando se fue flotando, como un fantasma. Estaba hipnotizada por la mirada de Colton. Sus ojos eran de un rojo intenso y, cuando su cabello se volvió rubio, empecé a retroceder.

—No...

—Sí, Evelyn. —Me agarró por los hombros—. Estoy aquí y no puedes evitarlo.

—No... Colton, vuelve por favor. —Miré petrificada como su rostro cambiaba de aspecto.

—Conseguí engañarlo —rio—. Ahora soy otra vez dueño de su cuerpo y de su mente. —Me agarró por la cintura y sentí sus dedos quemando mi piel—. Y tú... —Olió mi cuello—. Serás mía... mía antes que suya.

Evité mirarlo a los ojos y dejé de pensar. Necesitaba estar tranquila y encontrar una oportunidad de salir corriendo.

—Señor... —Alguien se aclaró la garganta, y él me soltó—. Lo están esperando.

—Ya voy —gruñó.

Tomó mi mano y empezó a caminar bajo las miradas intrigadas y raras de esas personas. Algo me estaba diciendo que nada era real, que era solo una apariencia para ocultar algo, algo malvado y feo.

Las luces se apagaron una por una, y empecé a sentir miedo. La temperatura bajó unos grados y mi vestido empezó a encogerse. Me apretaba, me asfixiaba, me sentía como una presa.

Intenté bajar la cremallera, pero la mano de él me lo impidió.

—No te muevas —dijo y, cuando una luz blanca iluminó su rostro, todos agacharon las cabezas—. Deberías hacer lo mismo —ordenó entre dientes.

—No lo haré. —Levanté la barbilla desafiante y sentí como el vestido apretaba con más fuerza.

—Hazlo si quieres vivir. —Giró la cabeza para mirarme.

—No lo harás porque Colton me salvará.

—¡Maldita! —gritó, y todos levantaron la cabeza sorprendidos.

Agaché la mirada asustada y él sonrió triunfante.

—Perfecto —dijo y los demás hicieron lo mismo.

Se hizo silencio, y lo único que escuchaba era mi corazón. Todos parecían estar en una especie de trance, parecían estar muertos.

—Escuchadme bien, multitud de seres desorientados. —Su voz retumbó en toda la sala—. ¡Congregaos en torno mío, vosotros que desafiáis a la muerte, y la Tierra será vuestra, para ahora y para siempre! Restaurad mi poder y mi dominio infinito que la adversidad me arrebató.

Aproveché que él seguía hablando para levantar la mirada. Todas las puertas estaban cerradas y había guardias delante de ellas.

Cuando terminó de hablar, las luces se encendieron de nuevo.

—Que siga la fiesta —dijo, y tomó mi mano—. Vamos a bailar, Evelyn.

—No... —Intenté soltarme—. No quiero bailar contigo.

—Lo harás. —Apretó con fuerza su agarre—. Todos nos miran.

Ladeé la cabeza y vi que la chica rubia intentaba decirme algo.

—Voy un momento al baño. —Me solté y lo miré a los ojos, unos ojos vacíos y fríos.

—No tardes. —Se alejó.

Llegué al lado de esa chica, y ella tomó mi brazo enseguida.

—Sígueme —dijo y empezó a caminar—. Aquí estás en peligro.

LÁGRIMAS

—¿A dónde vamos? —pregunté después de un rato—. Ya no se escucha la música.

Caminaba detrás de ella por un largo pasillo que parecía no tener fin. Las paredes cambiaban de color a cada paso y las lámparas se movían de un lado a otro como arañas gigantes.

—Cuanto más lejos, mejor —aseguró la chica rubia—. Ellos saben que tú eres la elegida.

—¿La elegida? —Dejé de caminar y miré por encima de mi hombro izquierdo.

Nadie nos seguía, estábamos rodeadas de silencio, inseguridad y miedo. Ese lugar estaba desierto, lleno de tristeza y maldad.

—No hay tiempo para eso ahora. Tenemos que salir de aquí. —Agarró mi mano y una imagen borrosa apareció delante de mis ojos.

En ella reconocí a Colton, él estaba ahogando a una mujer con una especie de cuerda en llamas, y esa cuerda estaba girando alrededor del cuello de esa mujer como una anaconda.

—¡Muévete! —gritó la chica y la visión desapareció.

—Espera, no puedo dejar a Colton. Él tiene que saber...

—Ese no es Colton. —Tiró de mi brazo—. Te matará.

—No entiendo nada. —Empecé a caminar detrás de ella mientras miraba con horror como las cabezas de algunos cuadros se giraban para mirarme.

—Mi tío te explicará todo —aseguró la chica y abrió una puerta de madera—. Él nos espera en el jardín.

Cuando pisé el exterior, todo empezó a moverse, cada piedra, cada árbol y cada planta. Era como si alguien hubiera hecho alguna especie de brujería y todo cobró vida. Las ramas tiraban de mí cabello y las plantas se enredaban

con mi vestido. Sentía la tierra crujiendo bajo mis pies y el viento azotaba mi cara.

Mientras serpenteaba en mi camino, los árboles se movían, desenredando sus raíces de la tierra e intentando alcanzarme. Caí más veces de las que podía contar y me sentía como si estuviera viviendo una pesadilla. El tiempo parecía interminable y me preguntaba si había alguna salida de ese jardín.

Miré hacia delante y vi una luz tenue agitarse entre los árboles. Paré de caminar: estaba casi sin aliento y mi cuerpo temblaba con fuerza.

—Por fin llegas, Christine —dijo la voz de un hombre.

La luz se apagó y mis ojos se adaptaron a la oscuridad. El hombre llevaba una especie de manta en sus manos y, cuando me miró, las piedras que adornaban mi vestido empezaron a susurrar.

—Quítate ese vestido embrujado y tápate con esto. —Me dio la manta—. Y date prisa. Pronto se darán cuenta de que no estás.

—¿Pretendes que me desnude? —Dejé la manta en el suelo.

—Sí, eso dije —contestó secamente.

—No lo haré. —Me crucé de brazos.

—Mira, es de noche y hay poca luz —explicó con exasperación—. No veo nada.

—Tienes que hacerlo —dijo la chica—. Tu vestido tiene los ojos del demonio observándonos. Él puede averiguar a dónde vamos.

—No me desnudaré...

—Hazlo de una vez o te arrancaré yo mismo el vestido —gritó el hombre y se colocó delante de mí.

Se agachó y tomó la manta.

—¡Póntela, ahora! —ordenó con firmeza.

—Deberías cuidar tus modales. —Tomé la manta de mala gana—. No me gusta cuando me gritan.

—Y a mí no me gusta cuando no me hacen caso. —Sus ojos brillaron y me quedé mirándolos fijamente—. Tienes miedo —murmuró—. Y no

deberías tenerlo. No pretendo hacerte daño. Solo quiero ayudarte...

—¿Por qué quieres ayudarme? No me conoces.

—Oh, te conozco muy bien, Evelyn —suspiró—. Y conocí a tus padres.

—¿Mis padres? —pregunté casi gritando—. ¿Cómo es posible?

—Responderé a tus preguntas solo si te quitas el maldito vestido —dijo entre dientes—. Me siento observado.

—Está bien.

Christine me bajó la cremallera y con su ayuda conseguí quitarlo. Cuando tocó el suelo, empezó a brillar y luego se prendió fuego.

Grité asustada y miré horrorizada como las llamas se comían la tela de ese vestido mágico. Se escucharon llantos, y Christine tapó enseguida mi cuerpo con la manta.

—Tenemos que irnos —avisó el hombre y encendió una linterna—. Por aquí.

Christine me agarró de la mano y empezó a correr. La manta hacía imposible mi carrera, pesaba mucho y mis piernas se movían con dificultad.

—Esta manta es incómoda —me quejé—. No puedo correr.

—Tírala al suelo —gritó el hombre, pero no le hice caso.

No quería correr desnuda en un lugar lleno de personas que podían verme.

—¡Evelyn!

Escuché la voz de Colton y dejé de correr.

—Vuelve, Evelyn. No me dejes.

—No le hagas caso —dijo Christine—. Intenta engañarte.

—Es él... —Mis ojos se llenaron de lágrimas—. Puedo sentirlo.

—Muévete. —Christine me agarró por el brazo y empezó a tirar—. No es él.

—¡Evelyn! —Escuché su grito—. Vuelve aquí.

Las últimas palabras que pronunció sonaron tan frías que me hicieron correr sin mirar atrás.

VUELVE CONMIGO

—¿Qué es este lugar? —pregunté susurrando.

No quería que el tío de Christine me escuchara; estuvo todo el camino gritando y protestando. Ese hombre tenía algo que me resultaba familiar, y cada vez que lo miraba, sentía que él podía leer mi mente, tenía unos ojos brillantes y poderosos.

—Es una iglesia católica antigua. Aquí se practicaba magia negra para encerrar a los demonios sueltos —contestó Christine y tomó mi mano—. No tengas miedo. Nadie puede acercarse a este lugar.

—¿Demonios sueltos?

—¿Os queréis callar? —dijo el hombre molesto—. Hay personas durmiendo.

Lo miré mal y tiré de la manta pesada para cubrir mi rostro. Caminé detrás de Christine y cuando se pararon delante de una puerta, descubrí mis ojos para ver mejor.

El hombre abrió la puerta y encendió la luz. Nos dejó pasar y luego cerró la puerta con llave.

—Por la noche no es seguro salir —explicó—. Si sabes rezar, ahora sería el momento de hacerlo.

—Deja de asustarla —dijo Christine y abrió un armario—. Ella es la elegida y no le pasará nada.

—A ella no, pero a nosotros sí. —Se sentó encima de la cama—. Esto es por tu culpa. Fue tu idea, tú querías ayudarla.

—Sí, porque así podemos vivir tranquilos. Seremos libres de demonios.

—Colton es... él es...

—Es un demonio —dijo Christine—. Lo sabemos.

—¿Y esas personas que estaban en la fiesta? —pregunté y tomé la ropa

que ella sacó del armario.

—No todos eran demonios, pero la mayoría, sí. No te das cuenta, pero estamos rodeados de ellos —comentó Christine.

—¿Cómo conseguiste pasar desapercibida? —pregunté y quité la manta pesada—. ¿Ellos no sospecharon nada de ti?

—Yo soy... ¿cómo te lo explico? —Se tocó los labios—. Soy como Colton, no tengo corazón. —Tocó su pecho y suspiró.

—Pero...

—Es tarde, Evelyn —dijo triste—. Mejor descansamos y hablamos mañana.

Lancé un suspiro ahogado y me puse la ropa. Me metí en la cama y me masajé las sienes. Mi cabeza estaba a punto de estallar, y un sudor frío se desató en mi frente. Me obligué a dejar de pensar y calmar mi enloquecido corazón.

Christine se tapó hasta la barbilla y cerró los ojos. El silencio se hizo presente y la oscuridad empezó a bailar a mi alrededor. Cuando su tío apagó la luz y se estiró en el suelo encima de unas mantas, cerré los ojos.

—Evelyn ...

Escuché la voz de Colton y abrí los ojos. Miré a todos lados, pero no había nadie, solo se escuchaba el suave ronquido de ese hombre y la respiración pesada de Christine.

—Evelyn...

Una luz blanca entró por debajo de la puerta y agarré la manta con fuerza; estaba asustada.

—Evelyn...

El rostro de Colton apareció y me sonrió. Había timidez en sus ojos, una vulnerabilidad a la que yo no estaba acostumbrada. Con una mirada por encima de mi hombro me aseguré de que nadie más estaba despierto.

—Evelyn.

Un incómodo pensamiento hizo que los vellos de mi brazo se erizaran, y

sacudí la cabeza confusa. Colton no podía estar allí.

—Mírame —ordenó.

La mirada en sus ojos era extraña. Una feroz mezcla de amor, miedo, orgullo y algo más. Algo que me hacía temblar hasta la médula: posesión.

—Colton —susurré—. ¿Cómo entraste?

—¿Eso te preocupa? Olvidas lo que soy...

—Lo siento, no tenía intención de irme. —Me encontraba sorprendida por una avalancha de sentimientos—. Tenía mucho miedo.

—Te dije que te protegería, que estarás a salvo conmigo.

—Ese no eras tú. —Quitó la manta—. Él tomó posesión de tu cuerpo, Colton. Me abandonaste.

—No, fuiste tú quien me abandonó.

—No es verdad. —Me bajé de la cama. Me engañaste. —Lo miré a los ojos.

—No, Evelyn. —Sus marcas empezaron a brillar—. Yo te amo.

—¿Por qué me ocultaste cosas? —Me acerqué a él—. ¿Por qué me elegiste ese día?

—Evelyn...

—Contéstame —exigí—. ¿Por qué me necesitas? ¿Quién eres?

—Me conoces, Evelyn. Sabes quién soy. —Estiró una mano y tocó mi mejilla.

Miré hacia atrás, no quería que ellos se despertaran.

—Tranquila, están durmiendo —aseguró y acarició mis labios—. Vuelve conmigo —dijo con dolor—. Prometo decirte toda la verdad, prometo cuidarte... por favor. Te necesito.

—¿Para qué?

—Para volver a la vida —susurró y su mano dejó de tocarme, y desapareció.

—Colton... —dije asustada al ver que desaparecía de mi vista—. No te vayas.

—No puedo quedarme más. Vuelve, te estaré esperando. —Desapareció del todo.

El recuerdo de nuestro amor y de nuestros besos se hizo presente. Anhelaba sentirlo otra vez; no podía imaginarme la vida sin él. Tomé una decisión arriesgada y sentí que había encontrado mi propósito. Decidí ayudarlo a recuperar la vida que le habían robado.

MI VERDADERA IDENTIDAD

Mis ojos se abrieron de golpe. Alguien estaba hablando a mi lado, alguien que logró que una emoción se disparase a través de mí.

—¿Qué pasa? —Quitó la manta y miré asustada como Christine intentaba leer algo en voz alta.

—Alguien estuvo aquí anoche —contestó pensativa mientras observaba las hojas de ese libro—. La maldad está presente aquí. Puedo sentirlo.

Tragué saliva y miré hacia otro lado. No sabía qué poderes tenía ella, y algo me decía que mi mente estaba como un libro abierto delante de ellos dos.

—No lo creo. —Me levanté de la cama—. Estuve casi toda la noche despierta y no vi a nadie —mentí y sentí la mano de su tío en mi hombro.

—Tu voz... —Me miró a los ojos—. Estás temblando... ¿qué ocultas?

—Nada. —Le sostuve la mirada—. ¿Qué ocultan vosotros? ¿Qué es este lugar?

—Cálzate y vamos a dar una vuelta —comentó Christine y cerró el libro.

Me puse las botas que habían delante de la cama y me dispuse a seguirla. Su tío se había quedado en la habitación, y eso me tranquilizó un poco; su presencia y su mirada me transmitían mucha inquietud y miedo.

Caminé detrás de ella y me tapé la nariz: el aire tenía un húmedo olor a encierro.

La luz apenas acompañaba mis pasos y la temperatura había bajado varios grados.

Christine abrió una puerta de madera, grande y pesada. Una habitación a oscuras con unas velas encendidas en el suelo apareció, y mis ojos se fijaron en una hermosa y larga figura envuelta en un vestido rojo que hacía juego con su cabello. Sus exquisitas facciones estaban iluminadas por el resplandor de las velas, y sentí atracción y una sensación familiar de nostalgia.

—¿Quién es? —pregunté y señalé la estatua.

Cristine tomó una respiración y se agachó para encender una vela.

—Cuando tus padres se enamoraron y fueron arrojados a la tierra —comenzó—, fue el principio de una gran Tregua. Hubo una paz poco convincente durante mucho tiempo, un equilibrio entre demonios y humanos.

—¿Qué intentas decirme? —Miré asustada la estatua.

—Pero antes de eso estuvimos en guerra. Eso era por qué teníamos tanto miedo de lo que estaba por venir... En aquella época teníamos miedo de lo que pudiera suceder. Si esas criaturas notaban que la balanza se inclinaba hacia el lado opuesto, empleaban todas sus fuerzas para que todo volviera a ser como ellos querían. Y eso pasa desde que los demonios tomaron control de los humanos que viven en la Tierra. —Me miró y luego dejó la vela en el suelo, junto con las demás—. La guerra fue cruel y duró milenios.

No dije nada. No sabía qué decir. Solo seguí mirando la estatua y cada detalle.

—Tus padres lucharon para que ellos regresaran al Infierno y dejaran en paz a los humanos. Pero murieron en el intento. —Su voz se ahogó y se giró para mirarme—. Esa de allí. —Señaló la estatua—. Es tu madre.

—Eso no es verdad. —Negué con la cabeza—. Estás mintiendo.

En mi garganta se formó un nudo. Miraba la estatua sin poder creer lo que había dicho Christine.

—Es verdad, Evelyn. Ellos no te abandonaron...

—Eso significa que yo soy... soy...

—Eres diferente. Por tus venas corre sangre azul, eres hija de dos demonios y eso significa que eres la luz que brilla en la oscuridad. Eres una sombra de lo que fueron ellos y por eso tienes corazón. —Tocó su pecho—. Eres única.

—No, yo soy humana. No tengo ningún poder...

—Ven conmigo. —Empezó a caminar y se paró delante de un espejo grande.

Me acerqué y me quedé mirando mi reflejo. Mis ojos eran de un intenso rojo y parecían dos trozos de carbón incandescente. Parpadee, pero nada cambió. Me miraban fijamente y los latidos de mi corazón comenzaron a agitarse. Mi piel estaba tan pálida que parecía traslúcida.

Retrocedí asustada y Christine me agarró por los hombros.

—Esa eres tú —murmuró—. Un ángel caído, un ángel de verdad.

—Pero... ¿cómo es posible?

—Cuando tus padres murieron, tus abuelos te llevaron a ese orfanato para que nadie te encontrara, hasta ese día...

—¿Qué día? —Me giré para mirarla.

—Cuando bailaste para él. Colton te vio, él se dio cuenta de quién eras y aprovechó la oportunidad. ¿No te preguntaste por qué seguiste con vida después de ese encuentro? Un encuentro entre un demonio y un humano nunca termina bien.

—No, no es verdad —dije rápidamente—. Él me ama.

—Su verdadera identidad te ama, Evelyn, pero el demonio que habita en su cuerpo te odia porque sabe que puedes derrotarlos a todos.

—Quiero volver con él...

—No, Evelyn. No lo hagas, es peligroso. No solo él quiere matarte, también...

—¿Dantalian?

—Sí, es la mano derecha del Diablo. Él quiere matarte a ti y al verdadero Colton.

—¿Y qué puedo hacer? —Levanté las manos en el aire con impotencia.

—Aprender a usar tus poderes y bailar con el Demonio.

Sus palabras atravesaron mi corazón y decidí hacerle caso. Lucharía con todo lo que tenía para derrotarlos y salvar a los humanos.

—Te amo...

La voz de Colton llenó mi pecho de esperanza y me dio fuerzas para seguir con mi plan, salvarlo y devolverle la vida que le habían robado.

SUEÑOS ATORMENTADOS

Semanas más tarde...

—Te echo de menos.

—Yo también, Colton.

Mi piel se puso caliente. Se inclinó más cerca, muy cerca, y respiró.

—Vuelve conmigo —susurró—. Prometo cuidarte y luchar contra los demás.

Mi corazón estuvo a punto de estallar cuando miró hacia mí.

Colton movió la cabeza hacia el lado de mi rostro como para susurrar algo, pero en su lugar, sus suaves labios rozaron mi cuello. Cuando él levantó el rostro hacia el mío, nuestras respiraciones entrecortadas se mezclaron.

Una niebla nos rodeó, y una voz áspera invadió mi mente.

—Que pena que solo podéis estar juntos dentro de tu sueño, Evelyn —dijo Dantalian.

—¡Fuera de mi mente!

Mi grito partió la niebla en dos, y Colton se colocó delante de mí.

—Sabes que puede matarte —dijo Colton, y Dantalian rio.

—No es tu sueño, demonio. Es de ella y no puedes hacer nada. —Esbozó una sonrisa aterradora—. Pero yo puedo hacerle daño.

Unas ramas vivas se arrastraron por mi cuerpo y se enroscaron en mi cuello. Luché para alejarlas de mi piel con los ojos muy abiertos, pero me rendí en mi pelea. Era imposible. Miré a Colton intentando agarrarlo, pero él se estaba alejando.

Sentí la muerte y sentí como mi corazón dejó de latir. Dejé que la oscuridad me envolviera y cerré los ojos.

—Evelyn...

Noté una fuerte sacudida y un golpe en la mejilla.

—Despierta, Evelyn. Vas a morir.

Abrí los ojos de golpe y tomé una bocanada de aire, tosiendo a la vez.

—¿Estás bien? —preguntó Christine preocupada—. ¿Qué fue lo que soñaste?

Miré a mi alrededor asustada, seguía sintiendo esas ramas ahogándome. Toqué mi cuello temblando y sentí algo húmedo.

—¡Dios mío! —exclamó ella y se levantó de la cama—. Estás sangrando.

Tomó una camiseta y la mojó con agua.

—Pueden hacerte daño a través de los sueños y pueden...

—Matarme. —Tomé la camiseta y la presioné en mi cuello—. Fue Dantalian.

—Ese duque de los Infiernos es peligroso, Evelyn. Debes tener cuidado. Lo que has practicado estas semanas no fue suficiente.

—Pensé que no podía acercarse aquí.

—En tus sueños veo que sí. Aquí estamos a salvo, pero nada es seguro.

Se abrió la puerta y el tío de Christine entró jadeando y lleno de barro.

—Tenemos que irnos. —Nos miró con preocupación—. El muro... fue destruido y la estatua de tu madre, se partió en dos.

—Oh, no.

Christine se puso de pie y empezó a guardar algunas cosas en su mochila.

Se agachó y metió la mano debajo de la cama. Sacó dos espadas y me miró fijamente.

—Estas espadas eran de tus padres. Pueden matar a los demonios, pero es preferible que no lo hagas. Una vez que uno muere, nacen dos más poderosos. Tus poderes son invencibles, pero Dantalian puede matarte.

—Tengo miedo —admití.

—Yo también, pero es un honor luchar a tu lado. Para mí, tus padres fueron unos héroes. Y tenemos que continuar lo que empezaron.

—¿Qué pasará contigo cuando todo esto acabe? —Tomé una de las espadas.

—No te preocupes por mí. Puedo quedarme en la tierra. Si ellos vuelven al Infierno, mi corazón empezará a latir de nuevo en mi pecho —confesó.

—Lo mismo pasará con Colton, ¿verdad? —Miré la espada y suspiré—.

—Sí, pero tienes que mantenerte lejos de él ahora. Su demonio lo controla.

—Tenemos que ir hacia los túneles, Christine. No podemos perder más tiempo —gruñó su tío—. Podéis hablar por el camino. Los demonios están cerca.

—Tienes razón, en las cuevas podemos escondernos mejor. —Colocó la mochila a sus espaldas.

—Tenéis que seguirme —dijo su tío y abrió la puerta.

OLOR A MUERTE

Estaba tan asustada que agarraba la espada con fuerza mientras seguía a Christine y a su tío por un sendero que había detrás de esa iglesia.

El pánico quemaba mis venas y contuve mi respiración con destreza. Mi respiración se atoró, olía a muerte y a un silencio macabro. Mis sentidos se habían afilado esas semanas y podía sentir el mal rodeándonos. Christine abrió una puerta escondida detrás de una manta de hierbas.

—Vamos, Evelyn —dijo ella.

Pisé dentro y miré con detenimiento el túnel. Era más como una serie de pequeñas cuevas, que formaban un laberinto. Sus salones negros como el carbón parecían esconder una oscura leyenda. Todo era muy poco iluminado y las paredes húmedas y llenas de huesos de los muertos evocaban una gran violencia.

El tío de Christine parecía conocer el sitio muy bien, porque caminaba a gran velocidad. Una colonia de murciélagos voló por encima de mi cabeza y chillé. Eso hizo que la cabeza de Christine se girara hacia mí.

—¿Pasa algo?

Miró los murciélagos y empezó a sonreír.

—Parece que te dan la bienvenida. —Agarró mi brazo—. En esta cueva vivieron tus verdaderos padres durante siglos.

—Ah —murmuré y torcí los labios—, me hubiese gustado conocerlos...

—Te amaron mucho, te lo aseguro. —Apretó mi brazo ligeramente.

Sonreí y me aferré a su brazo.

Miré como su tío cruzaba la caverna de piedra y saltaba sobre un muro construido con forma de la letra “u”.

—¿Qué hace? —pregunté susurrando.

—Tenemos varios artilugios escondidos y un libro de magia antiguo.

Pueden servirnos para defendernos —explicó.

Mientras su tío bajaba con una mochila en sus manos, mis ojos viajaron a mi derecha. Una luz brillante se movía de un lado a otro, y eso llamó mi atención.

Me alejé despacio mirando la luz, cuando intenté tocarla, el suelo se sacudió bajo mis pies y se abrió.

Perdí la postura y caí de rodillas al suelo. Presioné mis dedos en el polvo caliente que rodeaba el agujero y cerré los ojos con fuerza. Gritos horribles y llantos de angustia se escucharon, pero yo intenté sacar todo lo bueno de mi corazón para hacerlos parar.

Los chillidos helaron mi sangre, y abrí los ojos asustada. Me alejé enseguida del agujero, las llamas salían del hueco y golpeaban mi rostro.

Miré asustada por encima de mi hombro y vi que Christine y su tío estaban quietos. Tragué saliva mientras levantaba la espada y me armé de valor.

Mis ojos recorrieron el espacio mientras tomaba una respiración profunda intentando asimilar lo que sucedía a mi alrededor. Un calor ardiente cosquilleó mi cuerpo, y encendió mis venas. Mis ojos quemaban y mi pecho ardía, pero sabía que era la sangre demoníaca quien provocaba todo eso.

Alrededor de mis muñecas se cerraron dos pulseras doradas y brillantes. Una agonía parecía golpear dentro de mí, y cerré los ojos deseando que desapareciera.

De repente mi cuerpo se relajó y abrí los ojos. Retrocedí cuando vi a Dantalian mirándome fijamente.

—Ese es tu lugar. —Señaló el hueco—. Deberías dejar de luchar para estos pobres humanos. Nadie puede vencer a los demonios.

—Yo puedo —aseguré y levanté la espada.

—Lo mismo dijo tu madre y murió —sonrió—. Murió gritando tu nombre.

—¿Tú la mataste?

Un escalofrío recorrió mi cuerpo al ver su sonrisa malvada.

—Te voy a matar —grité y me abalancé sobre él.

Desapareció y apareció detrás de mí.

—Olvidas que tengo poderes, ángel —dijo riendo—. Te dije que te vayas de esa casa y que lo dejes solo, pero no me imaginaba que ibas a ponerte del lado equivocado. Tú... —Me señaló con el dedo. No eres humana.

—Lo soy. —Toqué mi pecho—. Tengo un corazón...

—Que no sirve para nada, ángel. Eres hija de dos demonios superiores, tu sangre es pura y destinada a reinar el otro mundo.

—¿El Infierno?

—Claro, todos lo saben. Tan solo tienes que venir conmigo. —Su mirada cambió.

—No, no quiero ir allí...

—Si no lo haces, morirás. Igual que tus padres. —Levantó las manos en el aire—. Estoy saboreando tu miedo, ángel.

Mis manos empezaron a temblar mientras intentaba recordar todo lo que había aprendido durante las duras semanas de entrenamiento.

Dantalian se movió en torno a mí con rapidez y agarró mis hombros. Me arrastró hacia el borde del agujero y sus ojos perversos repararon en los míos. No quería mirar lo que había dentro; temía lo peor.

El aire caliente dobló mis piernas, lo que hizo que mi alma se lanzara hacia delante como un animal hambriento. Enderecé mis piernas, pero caí al suelo, de rodillas.

—Suéltala ahora mismo.

Escuché la voz de Colton y, cuando intenté levantarme, sentí algo afilado cortando mi brazo izquierdo.

INVENCIBLES

—Suéltala, brujo —gritó Colton y se acercó con los ojos vidriosos—. Estoy aquí, puedes matarme si quieres.

Las marcas de sus brazos brillaban, y empezó a decir palabras que no entendía. Con la mandíbula tensa y con los ojos de color rojo sangre, me devolvió la mirada. No sentí miedo, y eso hizo que su rostro se iluminara y sonriera para tranquilizarme.

—No te necesito a ti, demonio—dijo Dantalian y me agarró por los pelos—. Ella es más poderosa que tú y, si ella muere...

—¡Suéltala! —vociferó Colton, y el túnel se sacudió.

Piedras empezaron a caer, y mis ojos vagaron hasta donde estaban Christine y su tío. Seguían sin moverse y sospechaba que estaban bajo un conjuro poderoso. No quería que les pasara algo e intenté levantarme.

Sentí un dolor punzante en mi brazo derecho y miré con horror como la sangre salía a mares. Las lágrimas empezaron a mojar mis mejillas y traté de ignorar el dolor abrasador.

—Evelyn...

La voz de Colton me hizo contener las lágrimas y mirarlo.

El dolor que retorció mi cuerpo desapareció y un destello de energía convulsionó mi pecho.

—Confía en mí —susurró antes de desaparecer de mi vista.

—¡No! —le grité con desesperación—. Vuelve...

Sentí una leve caricia recorriendo mi espalda, y los latidos frenéticos de mi corazón se ralentizaron.

Cerré los ojos, dejando que una fuerza extraña me levantara del suelo. Las manos de Dantalian dejaron de sostener mi cabello y aproveché para alejarme.

Con los ojos abiertos, me puse a la defensiva.

La herida de mi brazo sanó, y las pulseras doradas que rodeaban mis muñecas se iluminaron. Mi visión cambió, veía cosas extrañas, veía espíritus volando a mi alrededor y me sentía con fuerza para luchar contra todos.

De pronto, alguien me agarró por la cintura y, cuando giré la cabeza, sonreí.

—Te dije que confiaras en mí. —Sus manos rodearon mi cintura y sus ojos empezaron a arder con mi energía—. Juntos somos invencibles, Evelyn. Ahora lo sabes. —Besó mi mejilla.

—Esto no se queda así —gritó Dantalian, y su voz enojada hizo que Colton agarrara mis muñecas—. Aléjate de ella, demonio. Vas a desatar una guerra. Deja que la mate.

—Por si no lo sabías, la guerra existe desde hace siglos. Y es hora de ponerle fin. —Colton apretó los dedos y las pulseras cambiaron de color—. Los demonios tendrán que volver al Infierno.

La ira de Dantalian estaba de manera evidente escrita en su rostro y, mientras nos miraba salvajemente, Colton apretó con fuerza las pulseras.

—No lo hagas, demonio. —Dantalian nos miró asustado—. Puedes morir y tu corazón quedará destruido.

—Pero queda mi alma, y es más fuerte que todo.

Una luz brillante salió de las pulseras, y Colton levantó mis brazos. Sentí un calor abrasante mientras decía palabras sin sentido. Todo el ruido a mi alrededor se desvaneció, succionado mientras sentía una fuerza extraña atravesando mis venas.

—Puedes hacerlo, hija.

La voz de una mujer tranquilizó los latidos de mi corazón y, sin pestañear, hice que una bola vibrante de luz saliera de mis pulseras y estallara en el pecho de Dantalian.

Todo a su alrededor explotó en llamas.

En un abrir y cerrar de ojos, Colton tomó mi espada y la empujó en el

estómago de Dantalian, luego lo lanzó en el agujero.

Una gran explosión ocurrió, y las llamas saltaron hacia arriba hambrientas. La muerte se lo llevó al Infierno y desintegró poco a poco su espíritu malvado. El agujero se cerró y el aire se volvió helado. Una neblina blanca se disparó hacia nosotros, y sentí paz.

—Escuché... creo que fue mi madre —susurré con miedo.

—Tu madre fue una gran guerrera. —Tiró la espada al suelo—. Luchó para que esta guerra dejara de existir.

—¿La conociste? —Miré como las pulseras volvieron a su color original.

—No, pero la vi pelear y sabía que esas pulseras que llevas tenían poderes. —Se acercó—. Pueden matar a cualquier duque del Infierno o demonio.

—¿Era hermosa? —Levanté la mirada y dejé caer mis brazos.

—Sí, igual que tú. —Colocó un mechón de cabello detrás de mi oreja—. Os parecéis mucho.

—¿Y mi padre? —Cerré los ojos cuando sentí su respiración en mi cuello.

—Tu padre era fuerte, Evelyn. Nadie podía contra él. Los dos juntos eran invencibles. Como nosotros ahora. —Acarició mis labios con su dedo pulgar—. Ahora puedo besarte, Evelyn —sonrió.

—Hazlo...

Presionó sus labios contra los míos, y una sensación cálida llenó mi cuerpo entero con cosquilleos. Mis manos se entrelazaron con su cabello oscuro y deslicé mi lengua en su boca buscando la suya. Lo besé más profundo y me relajé contra él mientras sus manos bajaban hacia mis caderas.

Sus dedos se deslizaron debajo de mi camiseta y jadeé en busca de aire.

Mordisqueó con dulzura mis labios, y sus ojos chocaron con los míos, sin reservas. El cosquilleo se detuvo y me aparté lentamente.

—Te quiero, Evelyn —sonrió—. Déjame cuidarte cómo te lo mereces. Los dos podemos ser felices...

—¿Igual que mis padres? —Lo miré con una expresión de absoluto enamoramiento.

—Sí, igual que ellos. —Me dio un beso corto y giró la cabeza—. Es hora de despertar a tus amigos. Espero que se tomen bien la noticia.

—¿Qué noticia?

—Que me quedaré con vosotros.

JUNTOS DE NUEVO

—¿Como hiciste para que ellos se quedaran así? —Me aferré a su brazo mientras miraba como Christine y su tío empezaban a moverse.

—Es un secreto —susurró—. Puedo hacer muchas cosas, Evelyn.

—¿Me enseñaras algún truco? —Me solté para mirarlo.

—No son trucos. Ser un demonio...

—Está bien. —Coloqué las manos en su pecho—. No tienes que decirme nada. Aprendí mucho estas semanas y...

—Aléjate de ella, demonio—gritó el tío de Christine, y giré la cabeza enseguida.

—No pasa nada —dije y dejé que Colton rodeara mi cintura con sus brazos—. Él está aquí para ayudarnos.

—No confío en él, Evelyn —dijo Christine y se acercó—. Su demonio lo controla...

—Y yo también a él —intervino Colton—. Estoy más fuerte que él y ahora puedo vencerlo. Tengo todo lo que necesito aquí. —Besó mi mejilla—. Juntos somos invencibles.

—No lo dudo —dijo ella con cuidado—. Pero Dantalian...

—Está muerto. —Ella me miró atentamente.

—¿Qué?

—Sí, Christine. —Me acerqué para mirarla a los ojos—. Él está muerto. Colton lo mató.

Recordé el momento y sentí mi piel erizarse al instante.

—Ah, eso es bueno. —Parpadeé lento cuando sentí su mano en mi hombro.

—Solo nos queda enviar a los demonios que están sueltos al Infierno —dije y sentí pasos acercándose.

—No lo vais a conseguir —dijo el tío de Christine muy seguro de sí mismo—. Ellos son muchos y más fuertes que nosotros.

—Tengo un plan —comentó Colton, y ellos giraron las cabezas para mirarlo—. En mi casa tengo el espejo mágico.

—Pensé que ese espejo había sido destruido por Abaddon —murmuró Christine—. Ese Demonio acabó con todo.

—El espejo fue escondido por mis padres. Y es el único que puede llevarnos al Infierno —aseguró él y lo miré extrañada.

—¿Al Infierno? —pregunté bajito y sentí un ligero sudor cubriendo mi frente—. ¿Para qué?

Mi estómago se hundió.

—Para que los demonios vuelvan al Infierno tenemos que ir a por Abaddon. —Él me miró rápidamente. —La piedra demoníaca está en su poder. Sé dónde la tiene escondida.

—¿Qué piedra? —pregunté mirándolos impaciente—. No entiendo nada.

—Luego te lo explico, Evelyn. Ahora tenemos que ir a mi casa. —Besó mi frente.

—Colton tiene razón —dijo Christine—. Tus padres intentaron destruir la piedra hace siglos, pero no lo consiguieron. Abaddon tiene un ejército de ogros a su mando y es difícil entrar.

—Lo vamos a conseguir —intervino Colton—. Evelyn tiene en su poder las pulseras...

—¿Las utilizaste? —Ella tomó mis manos para examinarlas—. ¿Cómo lo conseguiste?

—Con la ayuda de Colton —comenté y miré con atención como pasaba un dedo por el metal dorado.

—Estas pulseras pueden ser utilizadas por dos demonios...

—Que se aman. —Terminó la frase Christine y levantó la mirada—. Solo un amor verdadero las puede activar.

—Es verdad —susurró Colton y me abrazó por detrás—. La amo, y ella es

la que marca mi camino, es mi corazón. Me siento vivo a su lado. Hay veces que siento pequeños latidos, aunque sé que eso es imposible. —Su voz tembló—. Ella me hace sentir libre.

Me giré para mirarlo. Mis ojos estaban húmedos por las hermosas palabras que había dicho y estaba deseando hacerle sentir lo mismo que sentía yo.

—Siento lo mismo que tú, Evelyn. —Curvó una sonrisa.

—Odio cuando te metes en mi cabeza —reí.

—Me encanta escuchar tus locuras, me siento vivo. —Rodeó mi cintura con sus brazos, y escuché pasos alejándose.

—¿Dejarás de hacerlo algún día? —Lo miré sonriendo.

—Solo cuando deje de ser un demonio —aseguró y miró mis labios fijamente.

—Me debes un baile. —Subí las manos por su espalda.

—Un baile con el demonio... —murmuró.

—Mm...

Sus labios se posaron con delicadeza sobre los míos y lo abracé con fuerza. Mi cuerpo se arqueó en respuesta. El deseo se disparó dentro de Colton y, cuando profundizó el beso, escuché un silbido que nos hizo separar enseguida.

—¡Moveos! —gritó Christine—. Tenemos cosas más importantes que hacer —ríe y nos guiñó un ojo.

—¿Puedo matarla? —preguntó él riendo y tiró de mi brazo.

—Aún no —contesté sonriendo.

UN ANILLO MÁGICO

—Os enseñaré la habitación libre —comentó Colton, y Christine lo siguió—. Podéis descansar un poco antes del viaje y, mientras tanto, mis empleados se encargarán de la comida

—Gracias —contestó ella y se alejaron.

Alguien tiró de mi brazo y, cuando giré la cabeza, el tío de Christine me miraba con el ceño fruncido.

—Hay algo que no entiendo, y tú puedes ayudarme.

—¿Yo? —Sus palabras me confundieron.

—En esta casa puedo sentir espíritus malos. —Su voz temblaba—. ¿Sabes si alguien malvado o algún otro demonio vive aquí?

—No, yo creo que no...

—¿Notaste algo extraño cuando vivías aquí?

Su pregunta me recordó a la hermana de Colton.

—Colton tiene una hermana, pero estaba encerrada en un libro...

—Eso debe ser. Llévame hasta allí, nadie tiene que saber que vamos a ir al Infierno, Evelyn. Nadie.

—Él destruyó el libro, la mató —dije recordando con claridad ese momento.

—Creo que sigue viva. —Tomó mi mano—. Vosotros no lo sabéis, pero cuando un libro justiciero es destruido, los demonios que están encerrados pueden sobrevivir.

—¿Cómo es posible?

—Pueden entrar en cualquier libro y esconderse.

—Tengo que avisar a Colton. —Empecé a caminar, pero él me agarró por el brazo.

—No lo hagas, Evelyn. Él no puedo hacer nada. —Sacó un anillo plateado

que llevaba una piedra roja brillante—. Este anillo perteneció a tu madre. — Me lo colocó rápidamente.

Sentí una cálida presencia detrás de mí y, cuando giré la cabeza, vi una mujer hermosa mirándome con ternura.

Una onda de paz pasó a través de mí, y me sentí mareada.

—Mi pequeña...

Su voz era un bálsamo para mi alma, y su mirada, una suave caricia para mi corazón.

—¿Mamá?

—Sí, pequeña. Soy yo. —Su cuerpo empezó a desvanecerse.

—No, no te vayas. —Estiré la mano con el anillo puesto y vi que la piedra empezaba a brillar.

—No puedo quedarme, pero si me necesitas tan solo tienes que girar el anillo en tu dedo. Estamos orgullosos de ti.

Ella desapareció por completo, y miré mi mano estirada con tristeza.

—¿La viste tú también?

—Sí, Evelyn. —Tocó mi hombro—. Vamos, tenemos que matar a ese demonio.

—Mm...

—¿Sabes cuál es su nombre? Lo necesitamos.

—Ella se llama Cali.

—Perfecto. —Se apartó—. Detrás de ti.

Caminé por la casa como si fuera la primera vez. Nada me resultaba familiar, ni siquiera las alfombras que pisaba con mucho empeño.

Colton había cambiado todo, y eso me extrañó.

Ya no había ese color rojo intenso rodeándonos, las paredes estaban pintadas de negro y, en lugar de los cuadros que adornaban la casa, había unas farolas grandes y grotescas.

Acerqué mi rostro para ver mejor. La luz se apagó, y me asusté.

—Vamos, Evelyn. Colton puede aparecer.

Asentí y, mientras caminaba, miraba con atención el anillo. En la parte lateral, había unas letras grabadas. Cuando acerqué la mano hasta mis ojos, di un grito ahogado.

—¿Qué pasa ahora? —El hombre dejó de caminar para mirarme.

—Las letras... ellas...

—Habla, Evelyn. No tenemos tiempo —dijo impaciente.

—Son las mismas que vi en un cuadro que hay en una habitación de aquí. Son idénticas y cambian de lugar a cada segundo. No puedo leer lo que dice.

—Solo un hijo del mismísimo Diablo puede leerlo —comentó él—. Solo alguien como Colton.

—Es verdad. Él me dijo que podía leerlo, y eso significa que puede leer lo que dice aquí. —Miré el anillo.

—Sí, Evelyn. Vamos, eso no es importante. —Su voz impaciente hizo mover mis piernas.

—Tengo miedo... la última vez que entré allí...

—No te dejaré sola —aseguró—. Encontraremos el libro y lo destruiremos rápidamente. Te ayudaré.

—Espero conseguirlo. Ese demonio sabe cómo engañar. —Respiré profundo y abrí la puerta de la biblioteca—. Oh, no...

—¿Evelyn? —preguntó susurrando y miró por encima de mi hombro.

—¿Dónde están los libros?

La habitación estaba vacía por completo.

—¿Qué estáis buscando?

Lo voz de Colton me dejó sin aliento y mis manos empezaron a sudar.

ESPÍRITU INQUIETO

—Colton... estábamos...

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó molesto.

Por debajo de su camisa vi las marcas brillando y, cuando intentó ocultarlas, me acerqué despacio y lo miré a los ojos.

—¿Dónde están los libros? —pregunté bajito.

El tío de Christine intentó acercarse, pero Colton lo fulminó con la mirada.

—Eso a ti no te importa, Evelyn.

Sus ojos cambiaron de color y la camisa empezó a arder.

—Tu... tu hermana...

Sus ojos se agrandaron y el color rojo sangre traspasó mi cuerpo. Me estremecí de arriba abajo, eran terribles.

Sus músculos se tensaron y su mandíbula estaba apretada con fuerza. Sin pestañear, clavó sus ojos en mi anillo.

—¿Por qué lo tienes tú?

—Se lo di yo —intervino el tío de Christine—. En esta casa hay espíritus demoníacos y...

—¡Y tú te callas! —vociferó Colton—. Déjanos solos.

El hombre me miró inquieto y, cuando asentí con la cabeza, se alejó cabizbajo.

—¿Has olvidado que puedo escuchar tus pensamientos, Evelyn? —preguntó mirando el anillo.

—Lo siento, pero él me dijo que...

—Ese anillo puede matarme. ¿Eso es lo que quieres?

—¿Qué? —Levanté la mano y la piedra empezó a brillar—. No...

—Sí, Evelyn —dijo y tomó mi mano.

El anillo empezó a quemar mi dedo y me asusté. Quise retirar la mano,

pero él me lo impidió. Tocó el anillo con la otra mano y de sus ojos empezó a salir sangre.

—¡Colton! —grité al borde del pánico—. ¡Para!

Retiró la mano y la sangre desapareció.

—Este anillo perteneció al mismísimo Diablo —explicó, abrazándome—. Ese anillo solo puede matar demonios.

—El tío de Christine dijo que hay alguien más en esta casa y pensé que tu hermana...

—Lo sé. Escuché tus pensamientos. —Frotó mi espalda con sus manos—. Y él tiene razón, pero si la matas a ella... —Se alejó para mirarme a los ojos—. Me matas a mí también.

—No..., no quiero eso, no...

—Shhh, tranquila. Buscaremos una solución a esto —dijo en voz baja.

—Siento interrumpirlos.

Giré la cabeza y vi a Christine mirándonos apenada.

—No pasa nada —aseguré—. ¿Qué ocurre?

—¿Has visto a mi tío? —Me miró preocupada.

—Sí, se fue hace un rato —dijo Colton—. ¿Pasa algo, Christine?

—Creo que sí. Me dijo que se iba a buscar al espíritu que vive en esta casa —contestó—. Yo no entiendo... ¿qué espíritu?

—Mi hermana...

—¿Dijo algo más? —pregunté, y ella negó con la cabeza.

—Hay que encontrarlo —dijo Colton—. Yo iré al sótano y vosotras...

—Al resto de la casa —dije, y agarré a Christine por el brazo.

—El anillo —dijo asustada—. ¿Te lo dio? Si no sabes usarlo, puede ser peligroso... Ese anillo puede matarme a mí también. —Se alejó enseguida.

—No lo sabía. Él me dijo que había pertenecido a mi madre y...

—Así es, pero no deberías tenerlo tú. Te consume poco a poco. Él se alimenta de tu energía. Tú lo mantienes vivo ahora mismo —explicó.

—Me lo voy a quitar...

—No lo hagas —gritó—. No puedes hacerlo. Ya es parte de ti. Tu corazón dejará de latir.

—Pero ¿por qué hizo eso? ¿Por qué me dio este maldito anillo?

—Porque nos quiere a todos muertos...

—¿Qué?

Mi visión se puso borrosa, y apoyé la espalda contra la pared. No entendía nada, solo quería que todo acabara.

—Mi tío es medio humano. De nuestra familia, solo queda él, y eso lo hace sentirse inferior. Él nos odia. Odia a los demonios superiores.

—¿Y por qué estás con él?

—Porque sabe muchas cosas y hasta ahora me ha ayudado bastante.

—Lo entiendo. —Me alejé y ella me agarró por la cintura—. ¿Podemos confiar en él?

—Creo que no —dijo apenada y empezó a caminar.

—Tenemos que encontrarlo. Si consigue matar a la hermana de Colton...

—Él también morirá —concluyó la frase.

ESCALOFRÍOS

—No me sueltes, Evelyn. —Christine agarró mi mano y caminó pegada a mi espalda—. Esta casa me provoca escalofríos.

—Hace unas semanas estaba distinta... —murmuré y me paré delante de una puerta—. Colton cambió todo.

—¡Ay! ¿Qué fue eso? —gritó y me abrazó.

—¿Dónde? —Miré por encima de su hombro—. No veo nada.

—Eso. —Señaló una luz que bailaba detrás de nosotras.

—Eh... no lo sé. Será mejor que entremos... —Intenté abrir la puerta, pero no lo conseguí.

Mi corazón, martilleó a medida que el pánico se apoderaba de mí. Un ligero sudor cubrió mi frente acompañando la sensación de que algo malo estaba a punto de pasar.

—¡Abre la puerta! —gritó ella y me sacudió.

—No puedo, no puedo... —Me quedé quieta cuando la luz se paró delante de nosotras.

—Usa tus pulseras —sugirió ella.

—Sin Colton no puedo —susurré.

La luz se hizo más grande y cerré los ojos porque me molestaba.

—¡El anillo! —exclamó Christine asustándome—. Usa el anillo.

—No sé cómo hacerlo. Tu tío no dijo nada...

—No te muevas, Evelyn —dijo Colton con voz grave.

El resto de sus palabras se desvanecieron y una luz nos cubrió por completo. Delante de nosotros apareció una hermosa mujer que se acercaba despacio. Tenía el pelo largo y rubio, y cuando miré sus ojos, tragué saliva. Ella era la hermana de Colton porque se parecían mucho.

Se hizo un silencio sepulcral y me miró con detenimiento.

—Eso es, Evelyn... —habló ella—. Soy Cali, la hermana de Colton. — Giró la cabeza para mirarlo—. Hermano...

Mis ojos buscaron los de Colton, pidiendo respuestas.

—¡Vete de aquí, Evelyn! —ordenó Colton—. ¡Ahora mismo!

Christine me agarró por el brazo para tirar de mí, pero yo seguía sin moverme.

—No...

Me sorprendí cuando esas palabras salieron de mi boca y me asusté cuando los ojos de Colton se clavaron en mi rostro.

Sus marcas empezaron a brillar, y sentí que mi deber era estar a su lado, no huir.

—Déjanos solos, Christine —dije mientras miraba como mis pulseras cambiaban de color—. Encuentra a tu tío.

Ella nos miró durante largos segundos y luego empezó a retroceder.

—Tú también, Evelyn —dijo Colton y negué con la cabeza.

—Vaya, hermano —dijo Cali riendo—. Nadie hasta ahora se había atrevido a desobedecer tus órdenes.

Colton gruñó y apretó con fuerza los puños. La luz de sus marcas empezó a girar alrededor de sus puños rápidamente. De repente vi llamas, sus puños estaban en llamas.

—No puedes vencerme, hermano —dijo ella.

Unas pequeñas luces azules rodearon el cuerpo de su hermana. Ella estiró una mano, las luces se fundieron en una sola y formaron una daga dorada.

—Debería haberte matado —susurró Colton y levantó los puños.

Dos bolas de fuego salieron a gran velocidad de sus manos, pero Cali se movió con rapidez y las esquivó. Flotó en el aire, apareciendo y desapareciendo, hasta que vi una daga cerca de mi garganta. Intenté resistirme a la sensación de retroceder, tenía que mostrar mi valentía. Mis ojos se precipitaron en busca de una salida, mientras intentaba mantener la calma. Mi mente encontró dos opciones: luchar contra ella o quedarme quieta

y ceder.

—¡No la toques! —gritó Colton.

—Ya es tarde, hermano.

El metal frío de la daga tocó mi piel y algo se rompió dentro de mí. Una oscuridad nos envolvió, y mi piel experimentó una sensación de hormigueo. Las lágrimas se acumularon en mis ojos, pero no cayeron. Usando mi control de voluntad, traté de permanecer inmóvil.

Los ojos de Colton encontraron los míos, y él enloqueció. Su tamaño se agrandó y su sombra me cubrió por completo.

Los puños parecían en llamas y cada movimiento suyo agitaba mi corazón.

Cerré los ojos con fuerza intentando alejar esa sensación de ahogo y, en ese momento, escuché el sonido de algún metal arañando el suelo.

Abrí los ojos y los vi peleando. Me arrastré sobre el suelo para alcanzar la daga pero, en cuanto la toqué, desapareció.

Cali agarró a Colton por el cuello y empezó a dar vueltas en el aire. Estaba asustada, no sabía qué hacer para salvarlo pero, cuando vi a mi madre acercándose, toqué el anillo.

Miré el rostro hermoso de mi madre, tratando de imitar sus movimientos. Toqué el anillo varias veces hasta que empezó a brillar con una fuerte luz roja. Levanté la mano en el aire y un remolino se formó encima de la luz.

Sabía que esa fuerza también podía matar a Colton, pero tenía que hacerlo. Cali lo tenía a su merced.

El remolino se hizo más grande y empezó a rodearlos. Cali agrandó los ojos sorprendida y empezó a retorcerse. Colton la agarró por los hombros y la mantuvo firme. El remolino empezó a tragárselos y mis ojos se fijaron en los de Colton, pidiendo disculpas.

—¡Colton! —grité, pero él cerró los ojos—. Te amo...

—Yo también, Evelyn.

El remolino empezó a moverse, y de mis ojos resbalaron pequeñas lágrimas.

—No...

En ese momento, sentí unos brazos rodeando mi cintura y tirando hacia atrás.

Esos brazos llegaron luego hasta mis muñecas para presionar las manos en mis pulseras.

—Recuerda los entrenamientos, Evelyn —dijo Christine—. Úsalos para obtener lo que deseas.

Lo único que deseaba era salvar a Colton, y cerré los ojos, imaginándome que ese remolino tragaba solo a Cali. Sentía mis muñecas ardiendo, pero no abrí los ojos, tenía miedo de perder a Colton.

—Eso es, Evelyn —susurró Christine—. Lo estás consiguiendo.

Cuando ella tiró de mis brazos hacia atrás, abrí los ojos. Colton estaba estirado en el suelo y Cali había desaparecido.

—Lo conseguiste, Evelyn —murmuró ella—. Ese demonio fue enviado al Infierno para siempre.

Me arrastré por el suelo hasta llegar al lado de Colton y toqué sus brazos quemados. No se movía y su piel estaba fría.

—Colton... —susurré—. Abre los ojos, por favor.

Mis manos recorrieron su pecho y cuando llegaron al lado de su corazón, sentí un pequeño latido.

—¿Colton?

Él abrió los ojos y me miró durante largos segundos.

—¿Evelyn? —Levantó la cabeza—. ¿Qué pasó? —Miró mi cuello—. Oh, no... —Estiró una mano y tocó mi herida.

Di un respingo por el dolor y él dejó caer la mano enseguida.

—Lo siento...

—No, Colton. —Lo abracé—. No duele tanto. —Empecé a llorar—. Estás vivo...

—Vivo... —susurró—. Si se puede decir así. —Me estreché con fuerza—. Gracias por salvarme.

MARCAS

—Necesito hablar con vosotros —dijo Christine suavemente.

—¿Qué pasa? —preguntó Colton mientras intentaba sanar la herida que tenía en mi cuello—. Ay, deja de moverte, Evelyn —gruñó.

—Me duele... —Me quejé.

—Lo sé, pero si dejas de moverte, terminaré más rápido—. Terminó de limpiar la herida y colocó un vendaje.

—Yo... —Empezó a hablar Christine—. Mi tío... él fue quien liberó a Cali. Lo admitió.

—Mm... ¿qué más? —preguntó Colton—. Eso ya lo sé, Christine.

—Desapareció. No lo encuentro.

—¿Dijo algo antes de irse? —La miró con el ceño fruncido intentando averiguar si decía la verdad.

—No intentes leer mi mente, Colton. Digo la verdad... soy un demonio igual que tú.

—Lo sé, por eso confío en ti —comentó él.

—Gracias. Mi tío dijo que el Infierno temblaría y que él estaría allí para verlo destruido.

—Tu tío se fue sin nosotros. Encontró el espejo, Christine.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté mientras intentaba ponerme de pie.

—No te muevas, por favor. —Se sentó a mi lado—. Cada vez que alguien atraviesa el espejo, una marca aparece en mi pecho.

Apartó la camisa y dejó al descubierto tres marcas en forma de rayo. Eran pequeñas y de color rojo sangre.

—¿Tres? —pregunté mirando esas marcas.

Estiré una mano y las toqué. Él dio un respingo y luego atrapó mi mano.

—No me duele, Evelyn. Solo que tienes las manos frías. —Empezó a

frotar mi mano suavemente—. Dos fueron un accidente —suspiró y cerró los ojos.

—¿Colton?

—Tuve a una criada hace más de cien años que vivía en mi casa con su hijo. Un día el chico consiguió entrar en la habitación de espejo y lo atravesó. Su madre estaba allí y no dudó en ir detrás de su hijo...

—¿Qué pasó?

—Murieron los dos, Evelyn. —Abrió los ojos y me miró tristemente—. Eran humanos...

—Los humanos no pueden ir al Infierno. El corazón tiene que estar muerto si quieres sobrevivir allí —explicó Christine—. Mi tío es medio humano, pero su corazón no late, está parado como el mío y el de Colton. Él piensa que el Diablo lo convertirá en un demonio superior si consigue llegar hasta allí. Solo quería encontrar el espejo, ahora me doy cuenta de eso.

—Pero yo... Mi corazón está vivo. ¿Voy a morir? —pregunté asustada.

—No, Evelyn...

Miré demonios superiores cuando consiguió llegar hasta allí y sentí como Christine salía de la habitación cabizbaja y suspiré. Estaba triste por lo que había pasado con su tío, se sentía culpable.

—No vas a morir —aseguró él y se estiró a mi lado—. Tú eres distinta. Tus padres fueron demonios superiores y tienes el poder de matar a todos. Aún no sabes controlar tu fuerza, pero yo te enseñaré. Eres la única que puede destruir el Infierno.

—Tengo miedo —admití y me acurrugué a su lado.

—Estaré a tu lado, Evelyn. Nunca te dejaré sola... eres mi ángel de fuego. Con esas palabras me quedé dormida y soñé con mi madre.

—Hija...eres preciosa.

—¿Mamá?

—Estaremos a tu lado...

Sentí como mi piel se erizaba al instante y abrí los ojos. Los labios de

Colton descansaban en mi cuello, y era la primera vez que lo veía con los ojos cerrados.

—No te muevas —susurró—. Me gusta escuchar tu corazón, me gusta sentir tu piel, me gusta tenerte tan cerca.

—A mí también, Colton. —Pasé las manos por su cabello oscuro—. ¿Me amas?

Él levantó la cabeza para mirarme y frunció el ceño.

—¿Si te amo? ¿Lo dudas? —Estiró una mano y acarició mis labios secos—. Eres mi vida, Evelyn... eres mi corazón y, sí, te amo.

—Yo también te amo. Quiero... quiero...

—Por supuesto. —Sonrió y agachó la cabeza para besar mis labios—. Siento tu corazón acelerándose y es maravilloso —susurró—. Quiero tocarte, besarte... probarte.

Mariposas revolotearon mi estómago, y lo miré a los ojos, incapaz de hablar.

—Serás mía para siempre, tu alma y la mía se fundirán en una sola... ¿quieres esto?

—Sí.

Me besó de nuevo, tierno al principio y luego más profundo, más exigente. Sentía un hormigueo en la piel. Sus caricias torturaban mis sentidos y me aceleraban el pulso de una manera insoportable. Me esforcé para ahogar mis gemidos en el medio de ese beso interminable, pero el deseo comenzó a correr como un torrente por mis venas.

De vez en cuando absorbía mi lengua y aplicaba un poco de presión sobre mi boca. Él me hizo sentirme vulnerable y no podía pensar en nada más que sentir más.

La tensión en mis hombros se disolvió poco a poco, y la suavidad de sus labios contra los míos me tranquilizó. El beso sació nuestra hambre y me estremecí cuando sus labios rozaron mi cuello con cuidado para no hacerme daño en la herida.

Me desnudó entre besos y, cuando estuvo él también desnudo, se estiró a mi lado. Miré sus ojos color carmesí y percibi un destello de necesidad casi salvaje.

Las marcas que tenía en los brazos empezaron a brillar y me alejé.

—No te hará daño... ya no —susurró y me atrapó en sus brazos—. Nada de lo que sucederá a continuación puede hacerte daño —aseguró.

Era un ser magnífico; sus hombros eran anchos, al igual que su pecho, y su estómago plano y duro. Era un cuerpo de un guerrero, de un demonio sobreviviente a los horrores del Infierno y marcado por las cicatrices de sus batallas.

Se acercó y mordisqueó la curva de mi mandíbula. Su cálido aliento cálido envió chispas a través de mis entrañas y me deleité con la sensación.

Pasé mis dedos a través de su cabello con fuerza y me retorcí, buscando alivio para el dolor entre mis muslos. Estaba tan excitada, que mi cuerpo me dolía. Lo deseaba y lo necesitaba.

Colton no perdió tiempo y sus dedos hicieron contacto con mi cuerpo, prendiendo llamas a cada paso. Sus movimientos eran pausados pero intensos y me llevaron a lo más alto. Todo aquello era maravilloso. Era como si la sangre de demonio que corría por nuestras venas cantara un a canción de amor y calentara nuestros cuerpos con sus notas mágicas.

Nuestros besos eran precipitados y las manos febriles. El lento y ondulante movimiento de sus caderas me estaba volviendo loca.

Cerré los ojos y me perdí en las sensaciones. Mis puños agarraron con fuerza las sábanas cuando el placer se intensificó y me rendí por completo a él. El orgasmo se hizo presente y nos sacudió a los dos.

Fue hermoso, sensual, y nuestros corazones volvieron a nacer con cada empuje, gemido y jadeo. Él me enseñó un mundo diferente y perfecto, un amor puro y sincero.

—Eres mía para la eternidad. Nada nos puede separar. Te amo...

—Mi demonio sexi... me debes un baile —murmuré—. Te amo.

UN DIBUJO Y UNA VERDAD

—Despierta, Evelyn —susurró Colton.

—No quiero, estoy muy a gusto así. —Giré la cabeza y atrapé sus ojos color sangre puestos en mí—. Quiero quedarme así para siempre.

—Y yo también. —Abrazó mi cuerpo desnudo y sentí sus brazos quemando mi piel, marcándola.

Me alejé enseguida, y él sonrió.

—No te asustes, solo que cada vez que me enciendes... —Sonríó traviesamente—. Lo haces de verdad. —Levantó los brazos ardiendo—. Ya te dije que no te haré daño. —Señaló mi cintura—. Mira atentamente.

Bajé la vista y observé, con ojos grandes, como las pequeñas marcas rojas que habían dejado sus brazos desaparecían.

—Cuando te vi bailar, Evelyn, tu dedicación, tus movimientos... supe que tenías los ingredientes para salvarme. —Besó mi frente—. Pero cuando te tuve en mis brazos y cuando escuché tus pensamientos, supe que eras lo que todos estábamos esperando. —Besó mis labios—. Eres la salvación.

—No sé qué decir. —Miré su cuerpo desnudo y me estremecí.

—Escucho tus pensamientos, Evelyn y créeme que deseo lo mismo, pero quiero decirte que eres especial y que no lo olvides nunca. Tienes poderes increíbles y la inmortalidad es uno de ellos, pero cuando vayas a cruzar al otro lado, cambiarás. Te quedarás vulnerable, indefensa...

—¿Quieres decir que puedo morir? —levanté la vista.

—Cuando vayamos al Infierno, los otros demonios intentarán atraparte e incluso matarte. —Rozó mis labios con los nudillos de sus dedos—. No quiero perderte, Evelyn. Eres el centro de mi vida.

—Nada malo pasará. Estarás a mi lado para protegerme. —Atrapé su mano y la besé—. Juntos somos invencibles, ¿lo recuerdas? —dije con lágrimas en los ojos.

—No llores, hermosa. —Secó mis mejillas y besó mis labios con ternura, como si quisiera grabar ese momento para siempre, como si se estuviera despidiendo.

—Son lágrimas de felicidad, Colton.

Me hundí en su beso, en su abrazo y en sus caricias. Cada vez que me tocaba, despertaba en mí un deseo intenso. Deseaba más, lo quería todo.

—¿Evelyn? —Escuché la voz de Christine y me quedé quieta.

—Tenemos que salir de la cama —comentó Colton—. Christine tiene razón.

—Es frustrante eso. —Apreté los labios—. Deja de leer las mentes.

—No puedo —sonrió y se bajó de la cama—. Tendría que ser un sordo para no escucharlos. —Empezó a vestirse.

—¿Evelyn, estás despierta? —preguntó Christine y miré la puerta fijamente.

—Sí, ahora salgo —grité para que me escuche.

—Iré a por algo —dijo Colton y tiró hacia abajo de su camiseta—. Prepara algo de ropa mientras.

—¿A dónde vas? —Me levanté de la cama arrastrando las sabanas conmigo.

—Oh, Evelyn... eres pura tentación ahora mismo. —Paseó su mirada por mi cuerpo desnudo.

—Eh...gracias. —Me sonrojé—. Oye... contesta a mi pregunta. —Me acerqué y rodeé su cuello con mis brazos.

—Oh, no... —rio—. No conseguirás tentarme para que te conteste a tu pregunta.

—Argh... —Me mordí los labios—. Solo ve con cuidado.

—Te amo.

—Yo también. —Lo abracé—. Tengo ganas de que todo esto termine para disfrutar de ti, de nosotros...

—Tendremos toda una vida para amarnos, hermosa.

—Y toda una vida para bailar juntos —sonreí.

—Te veo esta noche. —Me dio un beso casto y se alejó—. Si algo pasa mientras, usa sin miedo el anillo.

—Lo haré. —Busqué con la mirada mi ropa.

Colton salió y me vestí a toda prisa. Necesitaba hablar con Christine, tenía la sensación de que ella y Colton me ocultaban cosas.

Salí al pasillo y miré a todos lados. En la casa reinaba el silencio y las luces parpadeaban. Sentí un escalofrío y froté mis brazos para entrar en calor.

Me sentí observada y, cuando giré la cabeza, una pequeña estrella azul iluminaba un cuadro que había en la pared.

Me acerqué despacio y, cuando vi el dibujo, retrocedí hasta chocar contra alguien.

—No puede ser...

—¿Evelyn? —preguntó Christine, y di un grito al escuchar su voz.

—Me asustaste. —Toqué mi pecho—. Mira este cuadro. —Lo señalé—. Y la estrella...

—Hay algo que deberías saber —dijo con voz grave—. Pero tienes que prometerme que no te vas a molestar.

—Habla Cristina. —La miré con intriga—. No me molestaré.

Mi boca se aplanó en una línea delgada.

—Pues, Colton... él se fue sin nosotros. —Se mordió los labios y cerró los ojos.

—¿Qué? —grité y la estrella brillante desapareció—. Dime que no es verdad. No lo hizo...

—Es peligroso para ti, Evelyn. Todos intentarán matarte —explicó, pero no podía asimilar palabras.

—Entonces, el dibujo... —levanté la mirada.

—El dibujo se hizo hace siglos, Evelyn —dijo y se acercó—. Colton reinó el Infierno durante décadas.

—Pero, yo tenía la esperanza de que él fuera como yo o como tú —dije

bajito.

—Pues no, él es un príncipe del Infierno. Y por eso tuvo que irse solo. Si vas a usar tus poderes, él también morirá junto con los demás.

—No... —Empecé a llorar—. Me habéis mentido, me has mentido...—Mis manos empezaron a temblar—. Necesito estar sola.

Empecé a correr por el pasillo y cuando llegué delante de la puerta que escondía el espejo mágico, me tiré al suelo de rodillas.

—Colton... —Mi garganta se apretó mientras pronunciaba su nombre.

El corazón gritó porque sentía cómo el vínculo se estaba rompiendo. Tenía la sensación de que lo estaba perdiendo y podía sentirlo muy adentro de mí. Tenía que salvarlo, tenía que ir detrás de él... tenía que romper esa puerta para atravesar el espejo.

AL OTRO LADO DEL ESPEJO

Miré mis pulseras, y mi corazón se aceleró con el miedo. Colton fue capturado con la posibilidad de morir, y solo yo podía salvarlo. Mis venas empezaron a arder con una estridente intensidad y noté el cambio. Mi cuerpo se había vuelto más fuerte y el calor que corría por mis venas hizo que las pulseras empezaran a brillar. Luché por mantener mis ojos fijos en la puerta a pesar de las miles de sensaciones que golpeaban mi alma.

—¡No! —gritó Christine y me agarró por los hombros—. No lo hagas.

—Es tarde ya —dije mientras observaba como un rayo atravesaba la puerta, partiéndola en dos.

Un fuego inundó mi alma, y el tiempo se ralentizó.

—Vaya... lo conseguiste sola —dijo Christine bajito.

—Mm... —Me acerqué despacio y miré hacia dentro—. Voy a cruzar al otro lado, tú quédate aquí.

—No te dejaré sola. —Agarró mi mano—. Es peligroso, Evelyn. Mejor no lo hagas, puedes morir.

—Y Colton también. —La miré a los ojos—. No pienso quedarme con los brazos cruzados. El anillo y las pulseras me ayudarán a salvarle si hace falta.

—Voy contigo. Para mí no sería la primera vez en ir a ese lugar —comentó—. Me es bastante familiar.

—Ah, vale.

Llegué delante del espejo y observé mi rostro con detenimiento. No podía creer que había cambiado tanto: mis ojos mostraban un brillo extraño y mi piel se había aclarado.

—¿Qué tengo que hacer? —pregunté y giré la cabeza para mirarla.

—Nada, solo visualizar ese lugar y creer que el espejo no existe.

Pasó por mi lado y me guiñó un ojo.

—Sígueme y no te alejes de mí.

Cruzó hacia el otro lado atravesando el espejo con facilidad. Desapareció y me quedé mirando otra vez mi rostro. Di un fuerte grito cuando vi la mano de Christine saliendo del espejo. Me agarró por el brazo y tiró de mí hacia dentro.

Una luz hizo cosquillas en todo mi cuerpo y, cuando traté de usar mis piernas para caminar, noté que mi cuerpo se había quedado paralizado.

Me enderecé, y mi cabeza explotó en un millón de fragmentos de dolor. Traté de luchar contra el dolor agonizante, pero cada movimiento mío se sentía pesado.

Tiré de mi cuerpo mientras los latidos de mi débil corazón se esforzaron por pasar la sangre por mis venas y tomé una profunda respiración cuando delante de mí aparecieron dos criaturas enormes mirándome con hambre. A mi alrededor, nada. No había árboles, edificios o vida. Todo estaba muerto y triste.

Necesitaba pensar y encontrar una manera de huir. Las bestias se acercaron despacio y pude observarlas mejor. De sus fosas nasales salía humo mezclado con fuego y sus ojos eran enormes. Me miraban con hambre, y no podía pensar con claridad.

Mientras las ideas se formaban en mi mente, miré mis muñecas y observé las pulseras. Una extraña energía empezó a fluir por mis brazos y me sentí fuerte.

—No te muevas —advirtió Christine—. Deja que se acerquen. Son difíciles de matar.

—¿Qué son? —Apreté los puños y las pulseras empezaron a brillar.

—Son Tifones: bestias legendarias consideradas como los padres de todos los monstruos —explicó ella susurrando.

Miré esas criaturas gigantescas, tenían la mitad superior de forma humana, con una larga cola que se movía en círculos. Las alas de fuego que tenían en sus espaldas ocultaban los alrededores.

Sin duda, serían difícil de matar.

Levanté los brazos, y cuando liberé la fuerza a través de las pulseras, fui lanzada hacia atrás.

—¡Evelyn!

En respuesta, liberé de nuevo la fuerza, pero nada pasó. Apreté los dientes con fuerza mientras la energía se acumulaba dentro de mí. Sentí un crujido del suelo y, con un áspero grito, la liberé. Todo a mi alrededor quedó destrozado, pero las criaturas seguían acercándose.

No había tiempo para huir. Chispas de fuego salían de sus bocas, y una sombra se cernió sobre mí. Estiré el cuello hacia atrás y tragué saliva. Un pájaro gigante se acercaba a gran velocidad, quemando y arrasando todo con sus ojos de ópalo de fuego.

La ira corrió a través de mí. Quería matarlos a todos, pero no podía usar el poder del anillo.

El pájaro se dejó caer sobre mí con sus garras extendidas y me tiré al suelo. Dio la vuelta y sus garras rasparon mi hombro, dejando mi piel ensangrientada.

—No olvides que eres inmortal —gritó Christine—. Ahora sientes el dolor, pero dentro de unos segundos, nada.

Asentí y centré toda mi energía en mis brazos. Mis venas cambiaron de color y las pulseras empezaron a brillar de nuevo. Dejé escapar un grito y mis dedos se crisparon. Una esfera de luz azul salió de mis pulseras y congeló el pájaro justo cuando estaba a punto de abalanzarse de nuevo sobre mí. Cayó al suelo y se rompió en pedazos. Nunca había visto nada igual y no sabía que las pulseras escondieran tanto poder.

Me concentré de nuevo. Las criaturas estaban cerca. Cuando la cola de uno de los Tifones intentó golpearme, la fuerza salió disparada de mis pulseras e impactó en los pechos de esas bestias. Las pulseras quemaban, pero no quería parar. Tenían que morir, eran ellos o yo.

Una sensación de quemazón poderosa me hizo gritar, y los cuerpos de esas bestias explotaron. Trozos de carne mezclada con fuego cayeron a mi lado y

respiré con alivio.

—Lo conseguiste. —Sentí los brazos de Christine rodeándome.

—Sí... ¿hay más criaturas así? —pregunté jadeando.

—El Infierno está lleno de ellas, pero no deberíamos preocuparnos por eso, sino por los Siete Príncipes del Infierno.

—¿Siete? —La miré a los ojos.

—Sí y ...

—¿Y qué? —La sacudí—. Habla, estoy harta de mentiras. No me ocultes más cosas, Christine.

—Colton es uno de ellos, eso ya lo sabes. Es el más fuerte de todos y por eso decidió irse solo. Él piensa que puede vencer a todos solo —dijo mirando a su alrededor—. El otro demonio que lo controla es hijo del mismísimo Diablo.

—Oh... por eso no puede vencerlo. Es más fuerte que él. Lo vi, lo conocí, es aterrador.

—Así es, Evelyn. Si matas al otro Demonio, matas al Príncipe también.

—¿Y qué hacemos? —pregunté suspirando.

—Encontraremos una solución. No te preocupes. —Me ayudó a levantarme—. Vamos a buscar un escondite. Ya saben que estamos aquí.

EL INFIERNO

—Me duelen los pies. —Me quejé, pero Christine no me hizo caso. Parecía perdida en sus pensamientos. Algo la estaba preocupando, lo podía leer en su mirada.

Siempre me había imaginado que el Infierno estaba en llamas y qué hacía mucho calor, pero me había equivocado. Lo que veía eran pasillos infinitos, oscuros...

Un lugar sombrío, un lugar donde se podía oler las almas cocinadas, donde se escuchaban solo gritos sin cesar.

Sentía frío y me sentía sin vida, como si me hubieran arrancado el alma.

—Estamos cerca... —avisó ella susurrando—. ¿Ves esas cuevas?

Levanté la mirada y asentí con la cabeza.

—Esconde tus pulseras y el anillo —aconsejó—. Saben que estamos aquí, pero es mejor que no nos descubran tan pronto. Tenemos que encontrar a Colton antes...

—Sí. —Tiré de las mangas hacia abajo para tapar las pulseras y el anillo.

—¿Qué es este lugar? —susurré y me limpié la cara con el dorso de mi mano.

Había mucho polvo en el aire, parecía ceniza...

—Aquí se esconden los siete príncipes del Infierno.

—Quieres decir seis. Colton...

—Está aquí, Evelyn. Esta fue su casa durante siglos.

—No lo entiendo. —Fruncí el ceño—. Colton tiene solo una hermana.

—Sí, es verdad. Él tiene solo una hermana, y el Demonio que lo controla tiene seis hermanos. Lucifer se encargó de robarlos de sus hogares, pero no sabía que Colton era distinto, y cuando lo averiguó, decidió enviar a su verdadero hijo para robar su alma. Si Colton consigue recuperarla...

—Si no lo consigue él, lo haré yo —dije decidida—. Su corazón volverá a latir.

—Solo intenta recordar que te ama mucho.

—¿Por qué dices eso? —Mis ojos expresaban confusión.

—Él... aquí es otra persona. Por eso pensó que sería mejor que no lo vieras así... no olvides que es un demonio, Evelyn. Es un príncipe del Infierno, un ser malvado y cruel.

—Tú no eres mala.

—No soy como ellos. Soy solo un demonio, y aunque mi corazón no late, no significa que no esté viva. El alma de un ser malvado tiene el poder de parar un corazón vivo, pero no matarlo.

—Tengo miedo... —suspiré.

—Hey, ven aquí. —Me abrazó—. Todo saldrá bien. Tú y Colton sois invencibles.

Sonreí y recordé con mucho amor las palabras de Colton.

Somos invencibles, Evelyn

—Tienes razón.

El aire frío me golpeó la cara mientras Christine abría una puerta de hierro.

—¿Cómo lo conseguiste?

—Solo un corazón parado puede abrir estas puertas —dijo tristemente—. Solo alguien muerto...

Aspiré el aire frío y dejé que un escalofrío inundara mi cuerpo. Una ráfaga de viento alborotó mi cabello y miré hacia dentro.

Cuando los vi parados delante de nosotras, mi pulso se aceleró. Mi corazón saltó a mi garganta.

—Un corazón vivo... —murmuró uno de ellos mirándome fijamente—. Tenías razón, hermano.

Ese monstruo golpeó a otro y entrecerré los ojos. Me resultaba familiar... bajé la vista a sus poderosos brazos y empecé a retroceder.

Era Colton... Esa criatura horrible era Colton. Me moví despacio. Mis

manos temblaban. Ellos podían sentir mi miedo. Mi aliento quedó atrapado en la garganta cuando los ojos de Colton se posaron en mí.

Ojos fríos, vacíos...

Christine me agarró la mano y tiró rápidamente.

—Vamos, corre —gritó—. Nos estaban esperando.

Ella consiguió cerrar la puerta justo cuando uno de ellos había empezado a volar. Corrí detrás de Christine, mis pies golpeando el suelo seco en rápidos saltos. En el momento en que mis pies chocaron contra el suelo, algo me golpeó desde el costado.

Mis entrañas se contraían con rapidez, y dejé escapar un grito. El dolor me consumía por dentro, filtrándose por mis huesos como un veneno. Mi cuerpo empezó a temblar y caí de rodillas al suelo.

—¡Evelyn! —gritó Christine mientras daba la vuelta. —No mires atrás. — Llegó a mi lado y me agarró por la cintura—. Levántate...

—¿Por qué? —pregunté y giré la cabeza.

—Tu miedo alimenta sus fuerzas. —Le costaba encontrar las palabras, ella también tenía miedo.

Jadeando mantuve la mirada fija en sus ojos brillantes y ardientes, viendo su confianza en mí. Luché por ponerme de pie y un calor se disparó a través de mi pecho, liberando un ataque masivo por mis venas.

Mi demonio se había despertado y la sensación me heló hasta los huesos.

Mi sangre se encendió y cubrió mi corazón. Adormeció el dolor y dejó un cálido rastro. La sangre demoníaca estaba despierta y nada podía detenerme.

TUDO TERMINÓ

La parte oscura de mí liberó un ataque masivo en mi sangre y mantuve estable mi enfoque mientras concentraba toda mi energía en las pulseras.

Mi mirada se lanzó hacia esas feas criaturas. Él horror se vertió en mí y entendí lo que estaba sucediendo, lo que la sangre de demonio había despertado. El pulso latió en mis oídos, y me sentí mal.

Tomé una bocanada de aire y mi cuerpo se desvaneció. La mirada de Colton encontró la mía y la tristeza cubrió mi rostro.

Su mirada se suavizó y su boca se abrió, pero no entendía lo que me estaba diciendo.

Rayos cubiertos de llamas cayeron a mi lado y el suelo se sacudió. Grité mientras todo se reproducía en cámara lenta.

Christine estaba a mi lado estirada en el suelo, un rayo la había alcanzado.

El cuerpo de Colton pasó a través de los rayos y se abalanzó sobre mí rápidamente, cubriendo mi cuerpo entero con el suyo.

Las otras criaturas saltaron encima de Colton, acorralándolo y golpeándolo con una fuerza feroz.

Con dificultad agarré los brazos de Colton y envíe toda mi fuerza a las pulseras. Unas pequeñas cuchillas de fuego salieron y atravesaron a dos de ellos. Se desplomaron sobre el suelo. Los había herido lo suficiente como para aminorar su velocidad. Miré el anillo, y un deseo extraño me pujaba usarlo para matarlos a todos.

—No lo hagas, Evelyn —susurró Colton y cubrió mi cuerpo otra vez—. Moriremos todos...

—Christine...

—Está viva, no te preocupes por ella. —Atrapó mis manos—. Cierra los ojos y quédate aquí. Nada puede matarte, el anillo te protegerá.

—No me dejes sola.

Una ráfaga de rayos cayeron en la espalda de Colton y se retorció de dolor. Otro rayo cayó al lado de nosotros, haciendo que el suelo se sacudiera con violencia y aterrizara con mi costado contra una roca. Un dolor indescriptible se disparó en mi cintura y bajó por mis piernas, pero la sangre de demonio lo suprimió con eficiencia.

Giré la cabeza y observé a Colton sin poder acercarme. Centré toda mi energía hasta allí y conseguí rodearlo con un muro invisible para protegerlo de los rayos que caían a su lado.

Una orbe brillante centelló en mi visión y cayó encima del cuerpo de Colton. El muro quedó destruido y él se retorció de dolor.

—No, Colton... —Mi garganta se apretó mientras pronunciaba las palabras.

Temblando me acerqué y lo abracé.

Los rayos caían sin cesar y, cuando giré la cabeza, esos monstruos estaban detrás de nosotros. Uno de ellos me agarró por el pelo y tiró con fuerza hasta que consiguió levantarme del suelo.

—¡Suéltame! —grité mientras intentaba golpearle.

—Ahora eres nuestra. Tu alma nos pertenece... ahora podemos viajar hacia el otro mundo sin problemas.

Su voz penetró mi pecho y sentía como mi corazón dejaba de latir.

—No la mates aún, Belfegor —dijo uno de ellos y tiró de él.

—Tú no te metas, Leviatán. Con su muerte conseguiremos la libertad.

—Lucifer la quiere viva —rugió otro—. Quiere usar su poder para controlar el otro mundo.

—Prefiero matarla, Asmodeo —vociferó y tiró con fuerza de mi cabello—. Consiguió robarnos a nuestro hermano.

—¿Qué hacemos con él? —preguntó el tal Asmodeo con un inesperado aire gélido mientras miraba el cuerpo de Colton—. Si él muere, el hijo de Lucifer también morirá.

—Lo llevamos con nosotros —dijo y me soltó de golpe.

Apreté con fuerza las pulseras y me tiré al lado de Colton. No se movía, su cuerpo estaba frío y lleno de quemaduras. Cerré los ojos y pensé en mi madre, necesitaba su fuerza para revivirlo.

—Mamá... —susurré—. No quiero que muera.

—¡Cállate! —gritó uno de ellos y me empujó.

Sentí una ligera sensación de hormigueo en mis brazos, y mi pánico cambió con rapidez hacia un miedo racional. Cuando vi que las pulseras empezaban a brillar, agarré los brazos de Colton e intenté hacer que la sangre de demonio que corría por mis venas se encendiera. Mis movimientos eran pesados y trataba de suprimir mi histeria creciente. Una sensación de ardor cubrió mis muñecas y recorrió mis antebrazos. Se en la curvatura de mis codos.

Las marcas de Colton brillaron y sabía que ese era el momento perfecto para usar el anillo.

Levanté la mano en el aire, y cuando sentí los brazos de Colton agarrándome fuerte, grité con todas mis fuerzas para liberar la onda de maldad que se había apoderado de mí. Solté todo el poder que escondía el anillo y una luz hizo cosquillas en mi cuerpo, lo que me sacó de ese trance agobiante.

Esa luz cegadora nos cubrió, destrozando todo lo que se movía a mi alrededor. En cuanto la luz se apagó, una neblina espesa se dejó caer y nos cubrió como una manta. A medida que la sensación de paz llenaba mi corazón, mi respiración fue un poco más fácil y fui capaz de pensar con más claridad.

—Dejé de ser un esclavo —murmuró Colton—. Soy libre.

—¿Y Lucifer? —Me giré y busqué su mirada.

—Sin sus hijos no puede reinar. Es portador de la luz, una luz que ahora mismo dejó de brillar. Fue el favorito de Dios, pero su arrogancia lo llevó a rebelarse contra el Supremo y en su lucha fue derribado por el arcángel Miguel. Ahora fue derribado por ti... Sus hijos eran los únicos que mantenían

su fuerza viva.

—Entonces... —Atrapé su rostro en mis manos—. ¿Todo terminó?

—Sí, Evelyn. Todo terminó. —Me dio un beso en los labios—. Soy libre, somos libres para amarnos.

—¿Puedo? —pregunté mirando su pecho—. Quiero escuchar tu corazón, quiero escuchar el primer latido.

—Por supuesto. —Colocó mi cabeza en su pecho—. Este corazón está vivo de nuevo, gracias a ti. Te amo...

—Yo también. —Me quedé callada.

—Sabes, estoy un poco molesto contigo. Viniste a buscarme y arriesgaste tu vida.

—No quería perderte...

—Ay mi niña —susurró—. Soy un demonio, Evelyn. Uno que no muere tan fácilmente.

—Yo también soy uno.

—Tú eres especial, eres única en este mundo y en el otro. —Besó mi cabeza.

—¡Ay! —grité eufórica y alegre—. Un latido. —Presioné mi oreja contra su pecho—. Tu corazón late.

Empecé a llorar de felicidad, y él me abrazó.

—Gracias por haberte preocupado por mí.

Levanté la cabeza y sonreí con timidez al ver a Christine parada delante de nosotros.

—Lo siento... —Me levanté enseguida y la abracé—. Es que...

—No pasa nada, Evelyn. Conseguiste devolvernos la vida —Sus ojos se arrugaron mientras sonreía.

—Tenemos que volver antes de que sea muy tarde. El portal no tardará en cerrarse —dijo Colton y se acercó para abrazarnos—. Vamos a volver a la vida.

UNA CANCIÓN ESPECIAL

Una semana más tarde...

—No quiero que te vayas, Christine.

—Volveré dentro de unas semanas, Evelyn. Necesito encontrar a mi tío.

—Me abrazó.

—Te echaré de menos —sonrió y tocó su pecho—. Estoy viva gracias a ti.

—Puedes coger mi coche —dijo Colton y giré la cabeza.

—¡Has vuelto! —exclamé y me tiré a sus brazos.

—Veo que me echaste de menos —rió mientras me abrazaba—. Solo he faltado un día, amor.

—Demasiado.

—Ejem...

—Lo siento Christine.

Salí de los brazos de Colton y la miré apenada.

—No importa. Yo me tengo que ir y ... gracias por el coche Colton. Nos veremos...

Christine se fue, y Colton me abrazó enseguida. Cerré los ojos y disfruté de ese cálido abrazo y esos maravillosos latidos de corazón.

Nos habíamos mudado a una casa más pequeña y alejada de la ciudad. Los dos éramos especiales y no queríamos levantar sospechas entre los humanos.

—¿Cómo te fue? —pregunté en un suspiro.

—Bastante bien. Han aceptado mi proposición.

—¿En serio? —grité con alegría y me alejé un poco para mirarlo—. ¿Eso significa que puedo empezar las clases?

—Podemos empezar las clases, Evelyn. Yo también quiero hacer parte de esto. Nos conocimos en un escenario y quiero estar a tu lado. —Me besó y me agarró por la cintura—. La Academia nos aceptó a los dos.

—¡Qué bien! Iremos juntos a las clases.

—Te debo un baile, Evelyn. —Empezó a girar conmigo—. Y tengo todo preparado para esta noche. —Me dejó en el suelo.

—¿Esta noche? —Lo miré sorprendida.

—Sí. Esta noche cumpliré mi palabra.

—Pero... pero...

—¿Qué? —Frunció el ceño.

—No tengo vestido. —Torcí los labios.

—Ven conmigo. —Estiró una mano—. Tengo una sorpresa para ti.

Caminé junto a él y, cuando se paró delante del salón, agarré su mano. Él sonrió y luego me rodeó la cintura. Cubrió mis ojos y colocó la cabeza en mi cuello.

—Dime el color que te gustaría para el vestido —susurró—. Y como lo quieres...

—Me gustaría llevar un vestido azul y que sea largo y pegado a mi cuerpo. Sin mangas y poco escote.

—Ya lo tienes. —Besó mi cuello—. Te quedará perfecto.

—¿A dónde vamos? —Tiré hacia abajo de la venda que cubría mis ojos y él gruñó.

—Deja de hacer preguntas, Evelyn. Vas a estropear la sorpresa. —Colocó mejor la venda.

—Odio las sorpresas.

—Lo sé, aguanta un poquito. Por cierto, el vestido te queda de maravilla. Eres tan hermosa... —Acaricié mis labios.

—Bésame...

—Luego. —Se alejó, y suspiré.

Llevábamos más de media hora viajando en el coche y empezaba a impacientarme. Me sentía muy feliz a su lado, me cuidaba muchísimo, pero me exasperaban las sorpresas.

—Ya lo sé, mi amor. Sé que te exasperas...

—Deja de leer mi mente. —Levanté la barbilla—. Me siento invadida.

—Pobre. —Rio y besó mi mejilla—. Yo también te amo.

—Hemos llegado, señores —avisó el chofer y enseguida intenté quitarme la venda.

—Aún no. —Atrapó mis manos—. Paciencia, amor.

Me ayudó a bajar del coche y me agarró por la cintura. Sus brazos empezaron a desprender mucho calor y supuse que las marcas estaban brillando.

Apreté el puño porque el anillo quemaba y respiré hondo varias veces.

—¿Qué pasa, Colton? —Me dejé caer contra su pecho.

—Nada, Evelyn. Es nuestro amor haciéndose notar... —Sentí como sus manos subían hasta mi cuello.

Me quitó la venda y se alejó para mirarme. Parpadeé varias veces hasta que mis ojos se acostumbraron a la luz. Dejé de respirar cuando vi mi nombre en un cartel luminoso.

Estábamos fuera de la ciudad, en una zona muy selecta de varios comercios, y delante de mis ojos había un edificio grande de dos plantas. Mi nombre lo cubría por la mitad. En el cartel decía: «Aprender a bailar con Evelyn». Debajo del cartel había otro más pequeño donde especificaba que nos encontrábamos delante de una academia de baile.

—Voy a llorar... —susurré y me giré—. Gracias.

Su mirada se encontró con la mía, esos ojos hermosos llenos de ternura y amor. Extendiendo mi mano, tomé la suya y la acuné en la mía. Sus dedos estaban calientes y, cuando liberó su mano para pasar los dedos a la deriva a lo largo de la longitud de los míos, escalofríos pasaron sobre mí en sutil contacto.

—Gracias... —susurré otra vez.

Una sonrisa trémula se curvó en sus labios.

—Evelyn... —Su voz era un suave susurro mientras se inclinaba y me daba un beso en los labios—. Te amo.

Deslicé una mano por su espalda y la metí debajo de su camisa, acariciando su piel cálida y suave. Tembló bajo mis caricias mientras sus labios flotaban sobre los míos.

—Estoy hambriento de ti —admitió, pero se alejó—. Quiero que veas el interior. Hay mucho espacio y podemos inaugurarlo con un baile.

Me llevó hasta la puerta y, cuando la abrió, una música suave empezó a sonar en todo el edificio.

—Esta canción es especial. —Cerró la puerta y me agarró por la cintura—. Esta canción sonaba todos los fines de semana en mi casa... —Empezó a moverse—. Me gustaba ver a mis padres bailar.

Sus manos apretaron mi cintura y empezó a girar conmigo. Vi pequeñas chispas en el aire y sonreí. Ese momento era mágico para los dos.

Ese baile era el fruto de un amor eterno entre dos demonios. Era el lenguaje secreto de nuestras almas. Sentí un trance infinito, donde los dos estábamos soñando con los pies y hacíamos poesía con los pasos.

Ese baile inspiró nuestras almas y nos hizo sentir la vida.

EPÍLOGO

Seis años más tarde...

—¡Mami! —Sentí un fuerte tirón de brazo—. Despierta, mamá.

Abrí los ojos con pereza, y los ojos verdes de mi hijo Chad brillaron al encontrarse con los míos. Había una conexión muy fuerte entre nosotros y, cada vez que le pasaba algo, mis pulseras brillaban.

Mi hijo había nacido prematuro pero, con cada día que pasaba, mostraba una fuerza extraordinaria.

A los dos años empezó a levantar cosas pesadas y, a los tres años, leía mis pensamientos. Era igualito a su padre.

—¿Ahora que pasa? —Froté mis ojos y miré a mi alrededor.

Me encontraba sola en la cama y la habitación estaba a oscuras.

—Papá quiere que veas algo. —Tiró con fuerza de mi brazo y consiguió sacarme de la cama.

Ese niño con tan solo cinco años tenía una fuerza increíble.

—¿Qué habéis hecho hoy? —Lo miré intrigada—. Espero que no hayas destrozado la casa como la última vez.

—No sabía que mis manos hacían magia. —Se excusó y puso un puchero.

—No pasa nada, Chad.

Me puse una bata y lo seguí por la casa hasta llegar al patio trasero.

—Ahhh... —gritó Chad antes de caer al suelo inconsciente.

—Ay, no otra vez —dije asustada y me tiré a su lado.

Tomé su rostro pálido en mis manos y empecé a darle suaves caricias. Cuando empezó a decir palabras sin sentido, sentí una mano cálida en mi hombro.

—Esto empieza a preocuparme —dijo con voz grave Colton—. Cada semana pasa lo mismo y con más frecuencia.

Se dejó caer a mi lado y tomó las manos de nuestro hijo. Cerró los ojos y empezó a decir un conjuro mágico, el mismo que decía cada vez que nuestro hijo perdía el conocimiento.

En menos de cinco minutos, sentí la respiración entrecortada de Chad. Cuando abrió los ojos, lo abracé enseguida.

—Mi niño... ¿estás bien?

—Sí, mamá. No te preocupes y no llores, por favor.

—Dime qué fue lo que viste esta vez —dijo Colton preocupado.

—Vi lo mismo, papá. Una mujer rubia de ojos morados que lloraba al lado de un cuerpo sin vida —contestó Chad, y escuché a Colton gruñir.

—Deberíamos hablarlo con alguien.

El timbre de la puerta sonó, y levanté la mirada.

—Iré a ver quién es y guarda la sorpresa para más tarde —dije mientras me levantaba.

Colton abrazó a Chad y asintió con la cabeza.

Mientras caminaba por la casa para abrir la puerta, intenté calmar mis nervios. Estaba muy preocupada por mi hijo y temía por su vida.

Abrí la puerta bastante distraída y, cuando vi a Christine delante de mis ojos, sonreí.

—¡Amiga! —exclamé contenta y la abracé—. Volviste.

—Sí, Evelyn. Volví el mes pasado —contestó y se alejó para mirarme—. Quiero presentarte a alguien.

Se apartó y dejó a la vista a una niña rubia muy hermosa.

—Esta es Vivian, mi hija.

Agrandé los ojos y parpadeé varias veces.

—¿Tu hija? ¿Pero... cuándo ... cómo...

—Hace tres años me quedé embarazada de mi amigo Andrew —explicó—. Estuvimos bien, hasta hace medio año. Tuvo un accidente de coche bastante sospechoso y murió... —Su voz se ahogó—. Y desde entonces mi hija no para de tener pesadillas. —Colocó las manos en los hombros de la

niña y suspiró—. Y hay algo más...

—¿Qué pasa Christine? —La dejé pasar.

—A lo largo de los últimos meses, mi hija empezó a perder el conocimiento y dice que sueña con un hombre de ojos verdes y pelo negro.

Me tensé al instante y miré con atención los rasgos que caracterizaban a su hija.

—Ese hombre muere en sus sueños, y se asusta...

—Mira, Christine...

—¡Conozco a esa niña! —gritó Chad y las tres giramos las cabezas sorprendidas—. Esa niña me habla en los sueños.

Detrás de mi hijo apareció Colton y posó la mirada en el rostro de la hija de Christine. Al instante, los ojos de la niña cambiaron de color y las marcas de los brazos de Colton empezaron a brillar.

—Tu anillo —dijo la niña—. Brilla muy hermoso.

Agaché la cabeza enseguida y levanté la mano.

—Eso es mala señal —murmuró Christine.

—El Infierno se despertó —aseguró Colton, golpeando su barbilla con suavidad.

Algo me decía que tenía que usar de nuevo mi anillo y que tenía que usar la magia de las pulseras.

Giré el rostro hacia Colton, desesperada por encontrar sus ojos, y cuando lo hice, supe que estaba tan preocupado como yo. Siglos de recuerdos de su rostro cruzaron por mi mente, de toda la sangre que había sido derramada y de todo el sufrimiento que había soportado.

Una brisa fría corrió a través de mi cabello y tomé una respiración lenta.

—Estaremos preparados para lo que venga —dije con un doloroso respiro.

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer a las personas que participaron en la materialización de este libro, leyendo el manuscrito, corrigiendo errores, haciendo sugerencias y dándole forma. Agradezco a todo el equipo de selección BdB por hacer posible este sueño y en especial a Lola Gude por su honradez personal y profesional.

Se puede decir que vivo en mi imaginación, buscando y creando un mundo perfecto para mis lectores. No tengo límites para soñar... me siento viva cuando río y lloro con los personajes que manejo con la magia de mis dedos.

Tardé en escribir este libro pero, con la ayuda de mi familia y mis amigos, el camino se hizo más corto.

Muchas fueron las personas que, en forma directa o indirecta y aún sin saberlo, me ayudaron a desarrollar esta hermosa historia paranormal.

Y por último agradezco a todos ustedes que invierten su tiempo en leer esta novela.

Si te ha gustado

Bailando con el demonio

te recomendamos comenzar a leer

La maldición del Lago

de Jairo P. Fernández

JAIRO P. FERNÁNDEZ

La Maldición del Lago



SELECCIÓN

Fantasia Juvenil

Todo comenzó un día en el trabajo. Estaba sentado delante del ordenador en mi cubículo de una gran oficina de Madrid. Recuerdo que al lado de mi teclado tenía una figurita del Capitán América; me gustaban los comics y todo lo relacionado con los superhéroes y me pasaba horas imaginando que viajaba en el tiempo o que me ponía una capa mágica con la que desaparecía e iba a donde yo quería...; pero a lo que voy, que me desvíó de lo que quiero contaros. Como os decía, ese día estaba en la oficina trabajando, cuando me llegó un mensaje al móvil de mi amiga Mamen.

¡Holaaaaaa! Ya te has olvidado de tu mejor amiga???? Yo siempre me acuerdo de ti. Espero que estés muy bien. Un abrazo!!! :-)

Hacía mucho tiempo que no sabía nada de ella, pero su mensaje en ese momento fue como un salvavidas para mí. Desde que entré a trabajar en la multinacional, apenas tenía tiempo para nada que no fueran negocios. Mi vida giraba en torno al trabajo, trabajo y más trabajo. Abrí el chat y le escribí:

¡¡¡AUXILIOOOOOOOOOOOOOOOOO!!!

Necesitaba desahogarme y salí al pasillo para hablar con ella.

—¿Qué te pasa? —me preguntó.

—¡¡¡Estoy quemado!!!

—Tranquiiii... Respiiiiiira...

—Disculpa por no haber dado señales de vida antes, pero... jo... no puedo más...

—Jajaja, tienes el típico síndrome de Burnout, ¿por qué no te vienes este fin de semana al pueblo y desconectas?... Es la romería de la Alcobilla...

Le dije que era una buena idea y el viernes por la tarde me fui al pueblo.

Era finales de junio y Sanabria se preparaba para dos meses de calor, arena y turistas con los bolsillos llenos. Había quedado con Mamen a las once en un santuario celta conocido como "la Alcobilla". Podían verse decenas de casetas de lona con todo tipo de aperitivos: revueltos de setas, calderas cociendo pulpos y pucheros dejados a las brasas con agua hirviendo. Familias enteras y grupos de jóvenes habían reservado sitio ese día en la explanada. La gente estaba alegre; había abrazos, apretones de mano, reencuentros. Algunas personas chateaban en los chiringuitos, mientras que otras se pasaban de mano a mano la bota de vino que se desinflaba con cada trago.

Los cohetes estallaron en el cielo y dibujaron pequeñas nubes; algunos niños salieron corriendo a través del monte para buscar unas varillas. Recuerdo que unos jóvenes tiraron un petardo al lado de un abuelo; fue tal el susto que se llevó, que se le cayó la boina al suelo y salió cojeando con la garrota detrás de los chavales. El gaitero rompió el murmullo con el ronco de la gaita y algunas parejas se pusieron a bailar en una extraña mezcolanza; como muchas familias tenían parientes en Sevilla y en otras ciudades andaluzas, era normal escuchar las guitarras con las gaitas y ver zapatear a las sevillanas al lado de las jotas sanabresas.

Ahí fue donde la vi por primera vez...

Una de las bailarinas captó por completo mi atención. Era morena, de mediana estatura, pero esbelta y con una encantadora y brillante sonrisa que me atrajo como un faro atrae a un barco en una tormenta. Relumbraba, de algún modo, sobre el resto. Nuestras miradas se cruzaron y sentí un extraño hormigueo en mi pecho. Todo se detuvo. Solo ella y su danza mágica. Me quedé embobado mirándola en medio de la gente, hasta que apareció mi amiga Mamen entonando una melodía de Indiana Jones de los años ochenta, y salí del hechizo.

—Tatarataaaa... tataraaaaaaa... tatarataaaa... tataratataaaaa...

—Jo, tía... estás igual... —dije mirándola de arriba abajo, emocionado.

—Tú, en cambio, has envejecido... —por un momento su comentario me

derrumbó, pues era verdad lo que decía, con tanto trabajo me encontraba agotado y ya me habían empezado a salir algunas arrugas y canas— ¡Que nooo, que es bromaaa! —dijo abrazándome. Lo hizo con tanta fuerza que sentí su corazón palpitante en mis costillas—

—Te echaba mucho de menos, tio... —dijo, susurrándome al oído—. ¡Ven! Te voy a presentar a una amiga.

Mamen se acercó al grupo de bailarinas y sacó a una de las mozas de la mano para presentármela. Me quedé perplejo. Era la chica que me había hipnotizado con su baile.

—Abel, Diana. Diana, Abel —dijo Mamen presentándonos. Diana me miró fijamente, escrutándome con unos intensos y misteriosos ojos oscuros. Se presentó.

—¡Hola!

—Ho-hola... —le dije nervioso.

—Imagino que eres el valiente superhéroe del que me ha hablado Mamen...

Su voz tenía cierto tono de ingenuidad e inocencia, y un marcado acento gallego.

—Bueno, sí..., pero ahora estoy disfrazado de mi *alter ego*; je, je.

—Ya veo; ji, ji.

—Es cierto, soy un superhéroe de esos que despiertan princesas; je, je.

—Pues lo siento, Superman, ¡pero yo ya estoy despierta!

—Si quieres probamos, por si acaso —comenté, guiñándole el ojo.

—¡No hace falta!, además, ¿cómo puedo estar segura de que eres un príncipe azul y no un ogro? —dijo devolviéndome el guiño.

Mamen se desternilló de la risa y yo me sentí un estúpido integral. A continuación, fuimos a tomar algo a un chiringuito. Mamen y Diana estuvieron hablando de diversidad de temas, mientras yo las escuchaba atentamente con la bebida en mi mano como si fuese un maniquí sacado de un escaparate. Cada vez que Diana me miraba, sentía que sus ojos me daban

una descarga eléctrica que estremecía todo mi cuerpo. Era una sensación parecida a la que experimentas al tirarte por una montaña rusa o cuando vas a más de trescientos kilómetros por hora por una carretera. Su alegría y vitalidad despertaron en mí una sensación vaga e indefinida: por un lado, tuve la sensación de abandonar mi monótono desierto interior pero, por otro lado, tenía la impresión de que yo había perdido algo importante y esencial de la vida que ella poseía. Era como si hasta ese momento mi mundo hubiese estado a oscuras y de repente ella hubiese encendido una luz y colmado todo de colores.

Recuerdo que su última mirada removi6 algo en mi interior. Pero no fue una mirada de esas que dan lo justo para ser una simple limosna. Venía de lo más profundo de ella; estaba cargada de luz, de perlas y flores del bosque, que me inundaron por dentro. Tuve la convicción de que algo mágico había comenzado y de que volveríamos a vernos. Y así fue.